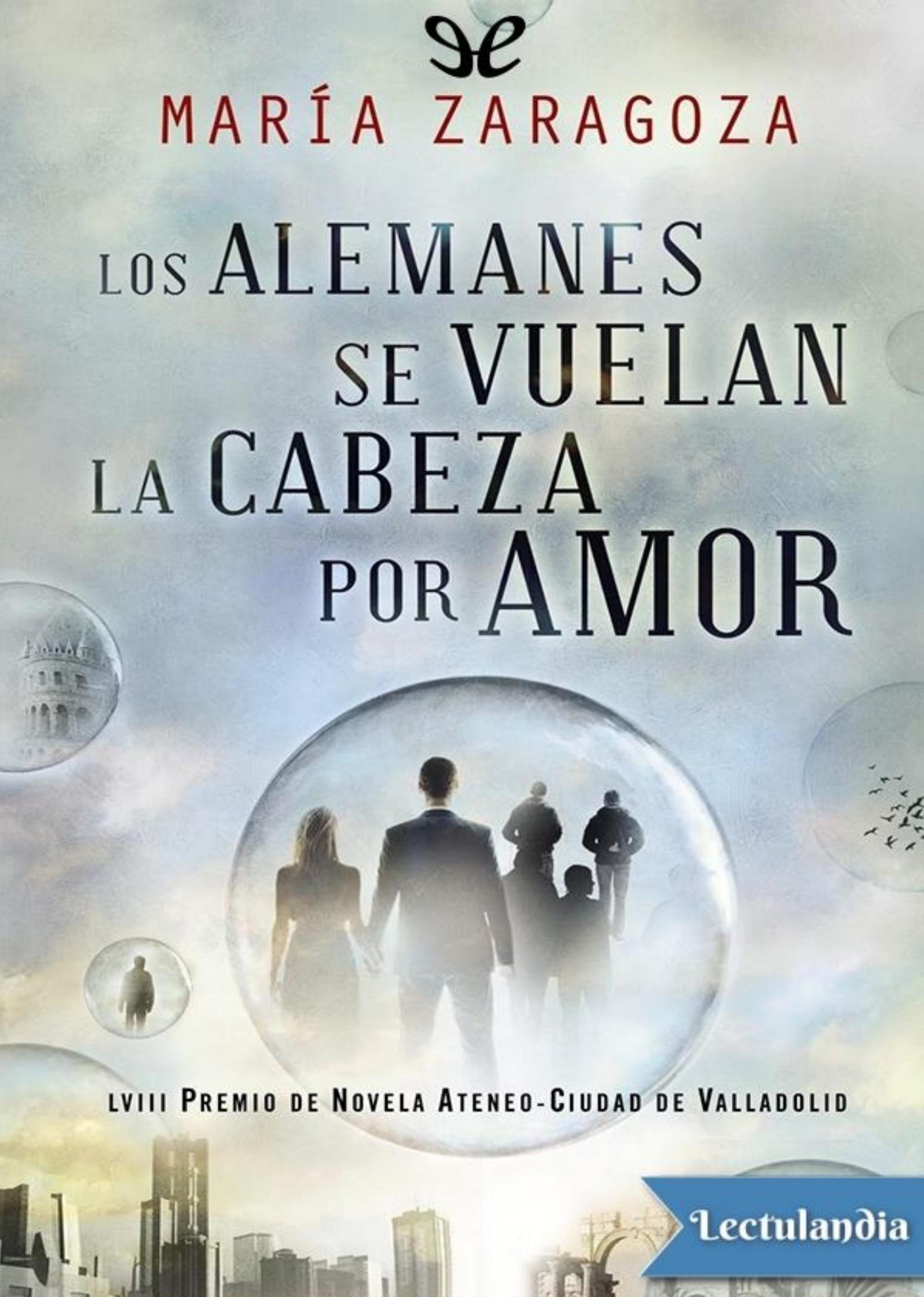




MARÍA ZARAGOZA

LOS ALEMANES
SE VUELAN
LA CABEZA
POR AMOR



LVIII PREMIO DE NOVELA ATENEO-CIUDAD DE VALLADOLID

Lectulandia

Cuando Goethe publica *Las desventuras del joven Werther*, la llamada fiebre de Werther se extiende por Alemania, y casi dos mil lectores acaban suicidándose por amor. Goethe no dejaría de preguntarse por su responsabilidad en estas muertes, consciente de que toda decisión tiene consecuencias —muchas veces imprevisibles—, y de que a menudo el dilema se reduce a morir o matar. Algo semejante descubrirán los protagonistas de esta novela: viven en diferentes países, pero se reúnen en la Plaza, un espacio virtual de arquitectura imposible y edificios cambiantes donde se hace y deshace cualquier conflicto. Y tratarán de jugar a un juego que les permita reencontrarse en el mundo real.

Lectulandia

María Zaragoza

Los alemanes se vuelan la cabeza por amor

ePub r1.0

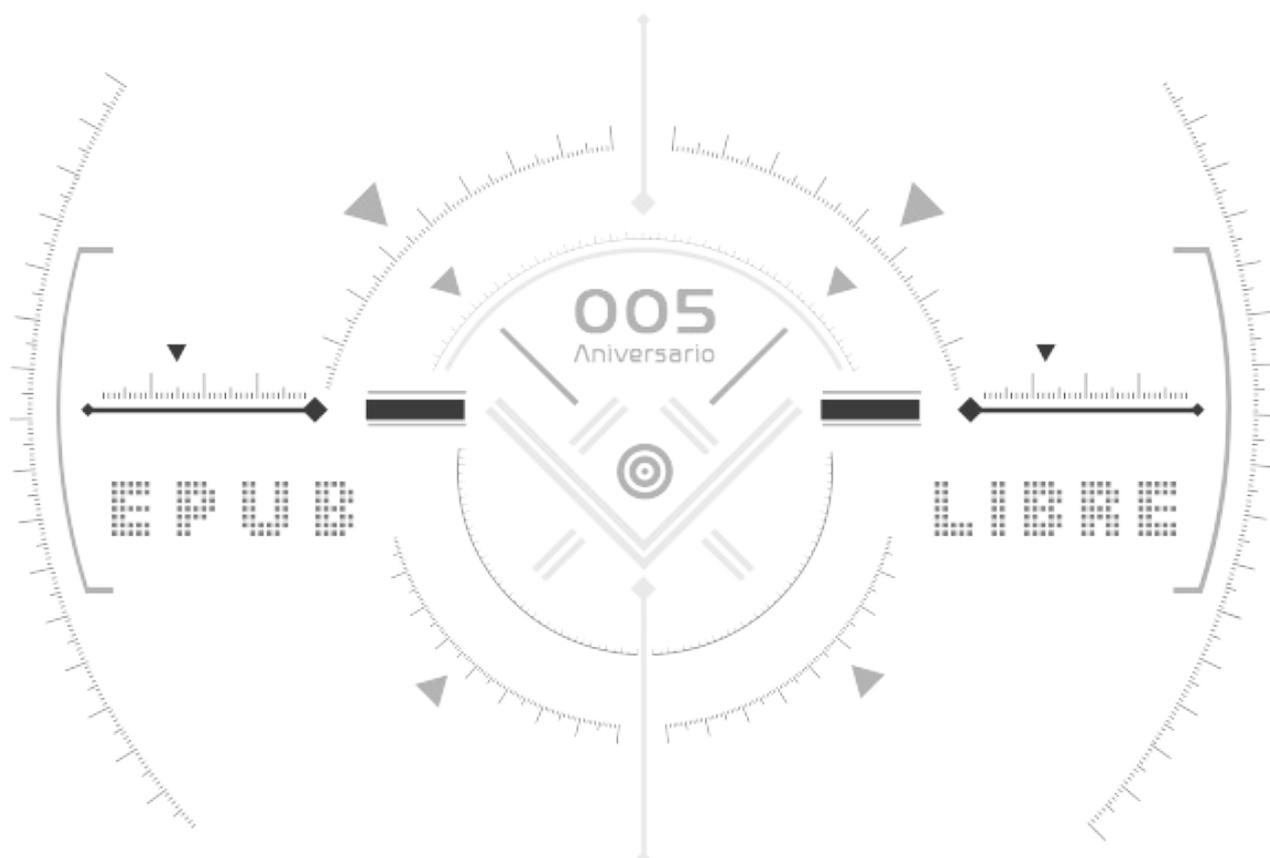
Titivillus 06.02.18

María Zaragoza, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN
COMMEMORATIVA



PROYECTO



SCRIPTORIUM

"MÁS LIBROS, MÁS LIBRES"

La única responsabilidad del escritor es con su arte. Si es bueno será completamente despiadado. Tiene un sueño. Le angustia tanto que debe liberarse de él. Y no logrará la paz hasta entonces. Hay que desecharlo todo: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, para conseguir escribir el libro.

WILLIAM FAULKNER

All those moments will be lost in time like tears in rain.

Nexus-6 Roy Batty
Ridley Scott's *Blade Runner*

ESTUDIO DEL TERRENO Y ELECCIÓN DE LA TÁCTICA

Nos reuníamos en la plaza para comentar las últimas novedades de política y masturbación desde que teníamos memoria, y con el paso de los años el dominio de la segunda había ido dejando paso a la primera como por arte de magia. Al principio éramos muchos, aunque las bodas, novias y demás catástrofes naturales habían ido dejando huecos irresolubles. Los más se fueron perdiendo por el camino de los niños y las hipotecas y no fueron capaces de volver a encontrar la Plaza. Era curioso ver cómo las bajas se multiplicaban de año a año. Nunca se sabía si uno iba a ser el siguiente en desaparecer. No siempre se encontraba la Plaza. Podías estar en un país en la otra punta del océano y de pronto dar la vuelta a la esquina y encontrarla. O estar al lado de donde solías verla y no lograr entrar a sentarte en la terraza de las sillas metálicas a esperar a que uno, o todos los demás, llegasen a tu altura desde Colonia, Londres o Tokio. El mecanismo que la hacía aparecer siempre nos resultó misterioso, quizá por eso nos resultó tan complicado comprender cómo Basil pudo venir aquella tarde con Violeta. Aunque ninguno de nosotros logró dejar de mirarla mientras bebíamos y hablábamos. Nadie preguntó, y eso convierte la aparición de Violeta en otro de los huecos en el dibujo, uno de esos huecos con formas raras que no se pueden rellenar con nada, ni siquiera con su voz suave que olía a lima.

Si la mirábamos demasiado, y esto lo sé, era porque tenía el peligro de arrastrarnos fuera de la Plaza. Era la primera mujer que llegaba hasta allí, hasta sentarse con nosotros y hablar de arte y literatura y sexo con un desparpajo absolutamente desprovisto de prejuicios. De política no entendía demasiado, aunque le gustaba la historia, de eso me di cuenta en seguida. También de que parecía fuerte, pero que era a la vez frágil y a la vez fuerte. Pensé que era inocente, inocente y hermosa, y sentí que sería fácil destruirla, como los animales sienten los terremotos antes de que ocurran. Instinto de supervivencia que no escuché. Teníamos demasiado miedo a que ella nos hiciese olvidar el camino.

Cuando por un día o dos no podíamos encontrar la Plaza, siempre teníamos miedo a estarnos perdiendo algo. Cuando su ausencia se extendía una semana, el miedo se transformaba en pavor. El terror nos hacía perder los nervios, dejábamos de comer y de dormir por su causa y de nuevo un día, cuando estábamos al borde del colapso, caminábamos con despreocupación por una calle de cualquier ciudad y esta de golpe se transformaba en la Ciudad, en la Plaza en concreto. Eso hacía que respirásemos hondo. Seguíamos pudiendo volver. Si Violeta me resultó una amenaza, también la amé con demasiado ardor. Disfruté torturándola, lo admito. Su sumisión absoluta, su resignación a lo inevitable de mis golpes de efecto, me excitaba aún más, llegando a su máximo esplendor con el episodio de la muñeca que tú has presenciado. No me siento demasiado orgulloso, no he sido justo. Pero también es cierto que la justicia es boba.

Hay en todos nosotros, los humanos, un cierto regusto sádico. En el fondo somos todos sadomasoquistas. Eso, en gente tan sensible como Violeta o tan apasionada como yo, es algo que se agudiza. ¿Quién no ha experimentado un escabroso placer al

despellejarse los dedos con nerviosismo, al provocarse cortes en la circulación enrollando hilos alrededor de la carne hasta que queda morada, al escuchar la música que más daño te hace cuando has sufrido un desengaño? Y luego las otras cosas. Cuando eres peatón disfrutas de los atascos de la ciudad y los semáforos que tardan una eternidad en cambiar de color; cuando vas en coche se te hace la boca agua al ver correr a una ancianita que se ha quedado a mitad del paso de cebra cuando el semáforo te ha dado el verde. Esos pequeños deleites cotidianos nos hacen sentir vivos y, a veces, nos acercan con excitación a una idea de muerte tan difusa que nos la pone tan dura como el misterio, como el saber que estoy tan nervioso que la mano que te pertenece me parece estar cercana y luego no, cuando voy a agarrarme a ella para no caer, para no desfallecer en este lugar que debería ser mágico, se aleja indefinidamente sin moverse del lugar donde ya estaba antes, aunque mi juicio me engañe ya, aunque no quede más remedio que esperar que pase la tormenta y salir a aceptar lo que ha pasado.

—Antonio...

—¿Sí?

—No deberías culparte por esto. Tú no tienes la culpa, ella...

—¿Ella qué, Agneta? Ella podría estar en este restaurante en tu lugar y no está. Todo, la Plaza, el mezcal, todo se la ha terminado por comer. Y no me mires con esa cara. Tú deberías saber mejor que nadie lo que ha pasado con la muñeca. Tú la encontraste. Tú también has colaborado, aunque seas más inocente que yo.

Difícil es la descripción de este atardecer que parece una grulla abriendo sus alas sobre los edificios, rozándolos con sus plumas doradas, este atardecer maldito en el que tú y yo cenamos, las copas de vino entrechocando de cuando en cuando, la gente del restaurante cruzándose y charlando, en este lugar tan estrecho que a veces un descuido puede provocar ese pequeño accidente del roce y las miradas que se cruzan, una acusatoria y la otra avergonzada, este pequeño restaurante en mitad de una inmensidad no mucho mayor, pero sí más ruidosa y caótica: la Ciudad que nos mira desde todos los frentes, supongo que incluso a ti y a mí en esta mesa que parece a salvo, que aparentemente resulta aislada del desconocimiento que la Ciudad provoca, astuta, ladina e inocente. La Ciudad se nos insinúa, con esa sutileza que la hace diferente. Nosotros, tú y yo, aquí, parecemos estar a salvo de los roces ajenos, e incluso a salvo de evitarlos como hace la gente que camina apresurada allí fuera, si es que hay alguien que camina y las calles no siguen tan desiertas como las dejamos. Este parece el último reducto, el último fuerte en el que hay algo de calor en las manos que se encuentran. Debes de encontrar algo irónico lo que te estoy diciendo. Calor aquí, tan cerca de ti, eso sería imposible. Pero es lo único que encuentro auténtico, esta última isla en la que tus dedos golpetean con nerviosismo el mantel. Hace un momento intenté rozar tu mano, pero como siempre se deshizo antes de que

pudiese encontrarla. Se evaporó ante mis ojos, entre mis dedos, para luego reaparecer un poco más lejos, al lado del tenedor, jugando con los anillos de la otra, como si siempre hubiese estado allí y los que se hubieran engañado hubiesen sido mis ojos al creer que podrían alcanzarla. Aun así estamos a salvo del atardecer del mundo de los vivos, donde la gente corre hacia la boca de metro más cercana a resguardarse de la grulla negra y dorada que se cierne sobre su universo conocido, a volver a sus casas y sus noticiarios que en vez de una ventana al mundo parecen una ventana tapiada. Porque ellos están allí, sentados en su sofá verde de Ikea, viendo cómo los monjes de Birmania salen a la calle sin miedo a dejar esta ilusión de vida que es nuestra y masticando con tranquilidad una *pizza* tres quesos con salsa carbonara. No me extraño del lugar, de este restaurante. Es muy tú, incluso hubiera sido muy Violeta. Qué difícil describir la grulla, su vuelo desequilibrado y triste sobre los cielos sin cielo de la Ciudad. Y quizá es culpa mía por estar demasiado acostumbrado a mis ojos, a confiar en lo que ellos me muestran, tan confiado que no sé describir algo que no puedo ver por estar aquí dentro, pero que puedo sentir, como sentí tantas otras cosas antes, los acontecimientos que desembocan en otros acontecimientos que van formando piezas que a veces encajan y otras... otras, pues no. Pero supongo que tanto la vida como la muerte son así de absurdas, y uno se va acostumbrando a encogerse de hombros cuando te viene una de estas, como lo de la muñeca en la caja de madera; era una señal de algo que a mí se me ocurriese eso, pero ese algo no se tradujo en el vuelco del estómago y esa especie de presión que se extiende hasta la cara de Violeta, sus ojos tan abiertos. Incluso ella era como una señal, ella entera, una señal tan como la muñeca que pienso en ella y se me quita el hambre y el sueño. Todo eran señales, esas cosas absurdas que uno hace sin saber muy bien el porqué ni si van a llevar a algo: señales.

El jersey a rayas de Pelayo, la rata de Israel, la muñeca, Violeta, todo señales, el entierro, el disco que apareció de súbito, el universo entero se confabulaba para decirnos algo y luego... el silencio. ¿Hay algo más terrible que el silencio del universo? Que de pronto te vuelva la espalda cuando te ha estado hablando sin cesar. Pero claro, uno nunca se da cuenta de que el universo le habla hasta que se queda callado.

El silencio sí se hace sentir.

Nunca he sido un hombre justo y eso es algo que es difícil de admitir. Pero ¿qué es la justicia? La justicia no es ciega, es estúpida, despistada. Siempre llega tarde porque no es capaz de llevar reloj, las correas le dan alergia. Tiene sentimientos, no es abstracta ni objetiva, caza desprevenidos a unos y evade a otros porque le resultan despreciables. Desmerece a los que no soporta y se porta demasiado bien con los que lo tienen todo. En fin, te estoy hablando de tonterías, supongo. Muchas veces digo tonterías desde que apareció la muñeca. Pero tú siempre me escuchas. Eres buena conmigo, eso está bien, incluso eres buena conmigo aunque nunca te haya mentado para que lo fueras.

Supongo que te cuento todo esto porque también formas parte, porque te he arrastrado del brazo por callejones estrechos del casco antiguo mientras empezaba a atardecer y no es casualidad que haya tenido miedo, que haya acelerado el paso ante la incipiente llegada de la grulla; tampoco es casualidad lo del restaurante, aunque no creo que ninguno de los dos tenga hambre ya nunca. Yo al menos no comería, pero ya que estamos aquí qué remedio nos queda, aparte, claro está, de mirarnos las caras y contarnos una y otra vez lo que hemos visto, lo que hemos vivido juntos y por separado.

De nuevo intento rozarte la mano por encima de la mesa y ya ves que tus dedos se diluyen humedeciendo el mantel blanco de hilo. No es casualidad que aquel tipo, el de detrás de ti, no, no mires, haya pedido después de terminar una botella de mezcal. Quizá también nosotros deberíamos beberlo una vez más, el mezcal no es gratuito aquí, es una pieza fundamental en todo esto. La pieza, diría yo, el mezcal, la muñeca, el jersey, todo, hasta la rata descoyuntada. Ni la justicia ni los restaurantes son gratuitos.

Basil se había enamorado de Violeta en algún punto indefinido del mapa londinense, en una cafetería donde servían biblioteca además de café al ritmo frenético de un piano de *jazz* tocado por un negro que parecía James Woods con exceso de bronceado. Los detalles del encuentro son más bien un misterio, aunque ambos venían de lugares del mundo donde los misterios eran cotidianos y no les extrañó lo más mínimo verse y reconocerse el uno en el otro como si ya se hubieran visto antes. Sin querer, a la media hora, Basil ya le estaba hablando de la Plaza y su teoría sobre ella, no muy descabellada desde el punto de vista de Violeta, que en seguida quiso verla por creer tener derecho.

La Plaza, desde los ojos de Basil, era un lugar que pertenecía a una cuarta dimensión desconocida por la ciencia. Cualquier persona podía tener acceso a ella si se lo proponía lo bastante, aunque hasta ahora solo lo habían conseguido hombres, al menos que él supiera, por eso de que la mujer ya tenía bastantes problemas con intentar liberarse de la opresión como para estar además buscando lugares que escapan al sentido común. La gente se encontraba en la Plaza y elegía su parte de la terraza. Los grupos solían mantenerse inamovibles a través del tiempo, aunque no siempre estaban los mismos y a veces dejaban de ir sin más. Basil tenía la teoría de que la gente que lograba llegar a la Plaza se agrupaba con las personas que había conocido en otras vidas.

—¿Crees en la transmigración del alma?

—La verdad es que no sé qué creer al respecto. Nunca había tenido la absoluta certeza de conocer a alguien tan bien como te conozco a ti en tan corto espacio de tiempo. No me había formado una idea, la verdad.

De los de siempre solo quedaban Antonio, el español; Pelayo, de Andorra; Israel,

mitad judío hijo de joyero, mitad mexicano de madre excatólica, y Basil, el inglés.

—Nunca se sabe dónde va a estar la entrada, ni en qué punto el espacio y el tiempo se van a plegar para dar a luz la Plaza. Porque cuando volvemos, cuando de nuevo me hallo en Londres, descubro que el tiempo aquí no ha transcurrido. Aunque haya estado horas en la Plaza, al regresar, estoy de nuevo en el mismo punto espaciotemporal. Y si vuelvo a doblar la esquina donde antes se encontraba esa cuarta dimensión, puedo encontrar una boca de metro, un café, una parada de autobús, pero nunca la Plaza de nuevo.

En los ojos de Violeta la Plaza se dibujaba como un sueño difícil de recordar cuando uno se despierta, como ese instante mágico en el que la realidad aún no es realidad, sino todavía sueño, y el sueño se confunde con las paredes del baño y el quemarse al intentar poner la cafetera.

Su verdadero nombre era Violet Moore, aunque para todos fue Violeta desde el principio; los idiomas se solapaban en la Plaza hasta dar uno común, comprensible por todos, hablable por todos sin haber sido aprendido, como si todos los lenguajes se convirtiesen en uno solo.

Solamente tuvimos a alguien mal codificado. Se llamaba Takeshi y era mitad chino, mitad japonés. De su boca salían sílabas sin sentido, como si hablase en otra frecuencia. Sin embargo, nuestro cerebro procesaba perfectamente el mensaje. Siempre comprendimos sus palabras absurdas y su absoluto desaliento cuando por su boca salían esos sonidos que querían transformarse en palabras sin llegar a lograrlo.

—*Deshimiro baskuenzuelos pir minatre desnueso, comu leo bheu. Symirthk. Pikuteru, tnuies.*

—Tienes razón, Takeshi, es una vergüenza.

—¿De qué habláis?

—De la situación en Birmania, Violeta. Que los monjes budistas que apenas están en esta realidad salgan a la calle a protestar es como para plantearse muchas cosas.

—*Blibli muysui.*

—Nunca admitirán a sus propios muertos.

Violet Moore. Su nombre estaba bordado en el bolsillo de una blusa de rayas rosas y azules que a veces llevaba. Supuse que sería parte de algún uniforme. En realidad me costó saber a qué se dedicaba, y no sabes cuánto me pesa. Violet Moore, de ojos violetas y redondos, blancas manos y pelo con melena francesa de color negro azulado. Su brevedad era como un regalo. Un regalo de Basil. Un regalo que Basil me hacía a mí, su mejor amigo, para que yo pudiese acabar con toda su hermosura, un regalo al sadismo del mundo. Violeta era la mujer-víctima. Hermosa, frágil, escueta, perfecta. Su voz tenía sabor, ¿te diste cuenta alguna vez? Sabía a esas tartas americanas de lima. No puedo negar que el hecho de que Basil y ella pudieran verse en la otra dimensión que representaba la realidad cotidiana me ponía tremendamente

celoso. Pero la araña espera. Es paciente. Suyas eran las horas de Londres, húmedas y enmohecidas, unas horas frágiles de café humeante en Starbucks y largas conversaciones. Pero la Plaza me pertenecía a mí. Mía era la magia del encuentro en ella. Y Basil se dio cuenta al mismo tiempo que yo.

—*Saunaiku. Koiuhl* —decía Takeshi.

Y todos asentíamos a sus afirmaciones condescendientes.

Pero ¿por qué habría que ser justo en ese sentido? Claire nunca había conseguido llegar a la Plaza. Nunca había logrado escapar del espacio-tiempo hacia esa otra realidad del mezcal en pequeños vasos estrechos y largos servidos por un camarero que parecía muerto. ¿Por qué habría que ser justos entonces ahora, precisamente ahora? Hasta el momento en el que Violeta llegó a nosotros del brazo de Basil, no había tenido importancia. Pero ahora... ahora que una mujer había roto la vieja tradición masculina de la Plaza, se ponía de manifiesto que esta relación no iba a ninguna parte. En fin, Claire, lo siento, no sé qué quieres que te explique.

—Las razones, Pelayo. Llevamos viviendo juntos casi tres años. No comprendo qué ha podido pasar. Qué he podido hacer para que quieras que me marche.

Pelayo casi se echa a reír. No hubiese podido explicárselo. Nunca le había hablado de la Plaza, con lo que las argumentaciones, por más que fueran completamente razonables, le resultarían absurdas. ¿Qué iba a ganar con explicarle lo de las reuniones, lo de que ahora Violeta lograra entrar del brazo de Basil prácticamente siempre, sin lugar al error? Claire lo tomaría por loco, nunca había destacado precisamente por su imaginación. Casi la podía ver tomándole la temperatura, preocupándose por su salud, tan deteriorada por la guerra. El periódico le había enviado por ser el único que hablaba árabe y lo único que habían conseguido era quitarle el apetito en lo que él creía sería un largo para siempre. Tener que mentir sobre la barbarie le había cambiado el carácter y ahora apenas se reía de lo que antes le hubiese hecho gracia. Ver, oír, para luego mentir bajo la falsa etiqueta de informar, había descuadrado su sentido del humor. Ahora reía por las cosas tristes, amargas, dolorosas. Y lo que a los demás hacía sonreír, a él le daba unas terribles ganas de vomitar. Inevitable, Claire, el estómago se levanta por sí mismo, ¿qué quieres que haga yo? Bastante es que he pedido la baja por mi salud, para ver si me recupero de ese infinito ir y venir de lamentos. El corazón se enfría, ya ves. La vez número diez que ves a una madre con su hijo muerto en brazos, ya no sientes nada, sencillamente apuntas en tu libreta lo que hay que apuntar, pides a tu fotógrafo que haga su trabajo y luego te marchas por dónde has venido. Dejan de ser humanos, Claire, por eso es tan grave que luego, sin saberlo, me pueda estar tomando un mezcal con su hermano en la Plaza, apreciándolo como a otra persona, escuchando lo que tiene que decir cuando soy un cómplice más, uno de los que mantienen al mundo en la ignorancia más perfecta. Pero para qué te voy a decir cualquier cosa, tú no lo entenderías, te

preguntarías qué tiene todo esto que ver contigo. Y quizá tengas razón. Yo ya no sé nada. Nos engañan demasiado a menudo.

Cuando Claire se marcha llorando, Pelayo prorrumpe en una carcajada nerviosa. Sus ojos se dirigen con una melancolía incierta a ese jersey demasiado grande que Claire se compró y nunca se puso. Ha quedado abandonado en un sillón como la piel cambiada de una serpiente rayada. Como el último peldaño de una escalera superviviente tras el terremoto.

Cuando nos desprendemos de una primera piel de prejuicios, encontramos claro que la Plaza es como un ser viviente que piensa, siente, palpita. Y a pesar de todo nos elige. En un principio era sencillo comprender que aquellos que estábamos tomando juntos mezcal teníamos en común el no pertenecer a un sitio definido. Takeshi era hijo ilegítimo de las disputas chino-niponas, Pelayo vivía en Andorra, pero provenía de amores entre españoles y franceses, que históricamente tampoco es que se lleven como hermanos. Y así todos. Cuando traducía del ruso aquel libro me di cuenta.

El curso de las nubes en mi ventana me estaba hipnotizando seriamente. Las miraba, pero no las veía. Todo aquel dolor expuesto en palabras, toda aquella denuncia social y política... y la autora nunca veía esas palabras traducidas al castellano. Por un momento sentí, y esto te parecerá absurdo, que yo era una pieza clave en el legado de aquella mujer, casualmente asesinada después de aquella denuncia que yo tenía delante. Las nubes blancas dejaron paso a la grulla negra y mi piel se erizaba cuando las frases envalentonadas de lo que era un canto de cisne de la libertad se iban mimetizando en mí, formando parte de mi organismo. Casualmente asesinada. No paraba de pensar eso. Las guerras, en su mayoría, ya no son lo que eran. Las guerras clásicas, de destrozo de todo un pueblo, son inventadas por unos pocos que hacen daño a muchos, las víctimas inocentes del miedo. Sin miedo, sin ambición, no hay guerras. Ahora, las guerras modernas están protagonizadas por unos pocos valientes que levantan el dedo y señalan. No hay nada más incómodo para los inventores de guerras que tener un dedo delante, acusatorio, mordaz, sin miedo. Que la capacidad para crear miedo desaparezca hace que los poderosos se pongan a temblar. Oí una vez que los gobernantes deberían temer al pueblo y no a la inversa. Y a veces, un primer dedo es secundado, no por uno, sino por muchos, que ven en el ejemplo un mártir. Miré el libro de aquella mujer casualmente asesinada. Su dedo estaba oprimiendo mi corazón desde la primera página. Quizá la Plaza nos elegía en función de nuestra capacidad para secundar dedos acusatorios, pero en mí no veía el menor rastro de ese valor. El mero hecho de estar traduciendo ese libro me daba miedo. Todavía me daba miedo. Escribí mi nombre distraído, Antonio, al lado del suyo cuando ya era noche cerrada y no había nubes con las que distraerse de esa obligación, ya moral, que suponían el dedo y la palabra. Qué estúpido el inventor de guerras que no es capaz de ver que puede ser la víctima del pueblo si crea un mártir

de aquel que lo ha señalado. Imaginé a aquella mujer. Debía de haber temido algo, debía de haberse sentido sola. Me hubiese gustado estrecharla entre mis brazos, sentir el tacto de su pelo entre mis dedos. Me hubiese gustado consolarla, decirle que su voz sería oída por un montón de personas furiosas de todo el mundo civilizado, un montón de gente que no pudiese creer que estas cosas siguieran sucediendo. Pero que para eso tendría que morir. Morir casualmente asesinada. Y luego, ¿qué? ¿Echarle la culpa a un grupo de radicales? ¿A unos ladrones que no sabían quién era ella y la acusación que había hecho? Miraba a diario las noticias desde que el libro llegó a mis manos. A diario. Buscaba la respuesta. Esperaba una cara, quizá dos. Esas caras de cabeza de turco, desorientadas, juzgadas sin pruebas, condenadas por los que querían seguir estando ciegos, sordos. Estar sordo y ciego, creer a pies juntillas, es de lo más tranquilizador. Porque cuando alguien grita de dolor por todo un pueblo, cuando alguien se convierte en símbolo y te hace dudar, esa duda se convierte en un monstruo que te devora por dentro, un gusano que se alimenta de lo que tú comes, que crece a tus expensas hasta que se convierte en ti y también gritas por una causa que, con toda probabilidad, ni te iba ni te venía antes de ese otro grito, de ese gusano, de esa duda. Benditos sean los que desconfían de los medios de comunicación que nos informan de esas pequeñas guerras que parecen carecer de importancia, porque ellos serán llamados a traducir del ruso un grito de angustia, un dedo en la cara del inventor de la guerra.

Mi nombre, Antonio, al lado del suyo.

No paraba de mirar su fotografía en el dorso del original en ruso. Parecía haber encontrado la paz dentro de su miedo. «No se le puede arrancar a la gente lo poco que tenga que perder porque se volverán peligrosos, una turba furiosa que solo grita y destroza, que no tiene miedo a morir porque la muerte no es más que el descanso», eso decía ella. Pero ella sí vivía bien, tenía varios pisos, uno en los Estados Unidos, uno en Rusia, trabajaba para comer, era una periodista más. Y sin embargo algo en ella se rebeló, se apoderó de su voz para gritar alto, muy alto. Me preguntaba qué. Me preguntaba qué le había hecho resignarse a morir a cambio de preservar sus principios. Nadie es tan fuerte. Nadie se convierte en mártir, en símbolo, gratis. Probablemente un Nobel de la Paz estaría bien. Nos dejaría dormir tranquilos por las noches a nosotros, pobres mortales, que tememos también su dedo por poderse hacer extensivo a nuestras plácidas vidas de sofá y noticias. No importa mucho, no tengamos pesadillas, eso pasa en el otro lado del mundo, no nos importa, no nos afecta.

Lambrakis tiene la piel blanca, la cola blanca, el pelo blanco y un par de ojos despistados y redondos de color rojo. Es la favorita de Israel porque empieza a resolver problemas sencillos que había olvidado hacer.

La memoria de Lambrakis está muy deteriorada. Ha sido deteriorada en

laboratorio por una buena causa, y esto puede convertir a la pequeña rata blanca en una heroína para el mundo. Lástima que las ratas no sepan de esas cosas. Ella con reaprender lo olvidado tiene bastante.

Israel piensa que un hombre sin memoria no es un hombre, es menos que un mueble, un desecho de sí mismo para sí mismo. Es, y ha sido siempre, una de esas personas que creen en la superación personal, en el esfuerzo para conseguir un triunfo, en que nada es imposible si consigues desearlo lo suficiente. Porque si lo deseas con fuerza, tu esfuerzo por conseguirlo lo conseguirá sin más. Es hijo de un joyero judío de la Quinta Avenida y de una emigrante mexicana que renunció a su cristiandad por amor. De su padre aprendió la rectitud moral del esfuerzo, el sentido del humor ácido y el temor literal de Dios. Hace mucho tiempo que no cree en Él, pero aún lo teme. Dos veces por semana va a la sinagoga a ver a su rabino, a pesar de pensar que es un impresentable, y sigue orando con su madre, que ya domina bastante bien el hebreo. De ella heredó la fuerza del amor y de la entrega, el poder que da hacer las cosas desde la más absoluta disposición amorosa, la dulzura de los rasgos y un español bastante bueno. Pero Israel tiene una persona favorita: su abuelo Isaac. Hace años que está muerto y enterrado, pero Israel sigue pensando en él como si estuviera vivo, en su día a día, cada vez que mira los ojillos rojos y brillantes de Lambrakis. Isaac sobrevivió al Holocausto en Alemania con una sencillez loable. Si le preguntabas por ello contaba los horrores encogiéndose de hombros y poniendo la voluntad de Dios como excusa. Los había perdonado a todos cuando empezó a perder la memoria. Al final Israel se angustiaba al ver que su abuelo no era capaz de recordar que había sobrevivido a la pesadilla, que ni siquiera sabía qué significaba aquel número tatuado en su brazo que frotaba con inquietud, como intentándolo borrar con los dedos. A veces ni siquiera recordaba que el día anterior ya lo había visto y ya lo había intentado eliminar. Poco a poco perdió el inglés que había perfeccionado al viajar a América huyendo de la memoria del desastre; ironía perfecta que al final la memoria le huyese a él, que solo hablaba en el alemán natal, el alemán de cuando niño que la madre de Israel no comprendía. Un hombre sin memoria, un hombre que no puede recordar que es un superviviente, no es un hombre, es menos que un niño que juega dentro de la protección del gueto. Por eso Lambrakis, y ese brillo en los ojos de Israel al comprobar que era la única rata del experimento que respondía al tratamiento. La única que lograba reaprender o memorizar o recordar, aún quedaba por definir qué era exactamente lo que Lambrakis lograba. Pero el caso es que volvía a hacer, poco a poco, aquellas cosas que había olvidado cuando le dañaron la memoria. Es por eso por lo que Israel, que había numerado a todas sus ratas, a esta le puso nombre de héroe moderno griego, de luchador. Le hubiese gustado ponerle un nombre de superviviente judío, de patada en el culo al régimen nazi, pero temió que eso ofendiese a su abuelo enterrado. Y se preguntó, después de haberle puesto nombre de diputado asesinado a su rata, si Isaac, allí donde se hallase, tendría memoria o seguiría rascándose el número de serie con

nerviosismo.

Pero, las víctimas y supervivientes de campos de concentración desde que ese concepto se creó, ¿irían a un paraíso especial? ¿Estarían también apartados de los demás en esa otra parte? A veces era fácil pensar que sí, pero no se le podía preguntar al rabino. Siempre contestaba con evasivas. Para él solo se salvaban los judíos, claro. Para Israel todo el que se salvaba estaría en el paraíso al contrario de como había estado en la tierra. De tal forma que los campos de refugiados, los guetos y los campos de concentración estarían llenos de gente libre. La libertad sería estar encerrado y a la inversa. Si es que el cielo existía y no era una milonga de su madre, que no había dejado del todo de ser cristiana, a fin de cuentas.

Basil iba una vez por semana a acompañar a su nueva novia, Violet, al teatro. A veces veía la representación. A veces era solo un ensayo. Ella entraba de su brazo con uno de esos abrigos impermeables de color azul que se cerraba alrededor de su diminuta cintura y salía a escena con un traje de tul y lentejuelas. A Basil le emocionaba verla bailar. Nunca antes le había llamado la atención el *ballet*, él era más de libros incomprensibles de filosofía, pero ella... ella era como una muñeca de azul y gasa, un sueño deslizándose por la escena, muriendo como Julieta, envolviéndose en blanco como la *Sílfide*, volando con sus invisibles alas de cisne negro usurpador de príncipes ante los ojos transparentes de una Odette que apenas lograba hacerle sombra. Mirar a Violet en escena era como volver a unos tiempos que él no había vivido, luchando sin hacer preguntas a las órdenes de cualquiera, haciendo arder pueblos enteros con los dientes podridos de placer. La espada pesaba en sus manos cuando ella se dejaba mecer en los brazos del primer bailarín, ligera como un ángel, y sentíase tocado por la gracia divina en esas guerras de Dios y para Dios. Cuando era niño escuchó en su colegio católico de niño irlandés que uno de los mandamientos era no utilizar el nombre de Dios en vano, y un escalofrío le recorría ahora que era un hombre inglés al pensar que entonces, en un entonces que apenas se recuerda como un borrón, como un sueño, lo utilizó para matar. Mataba en su nombre. Cuántas guerras se han desatado a lo largo de los siglos utilizando como estandarte el nombre de un dios, de cualquiera de ellos. A saber. Pero Basil tenía la certeza absoluta de haber participado en alguna solo porque cuando Violeta se inclinaba con los brazos por encima de su cabeza, sus manos blancas, pequeñas e infinitas a la vez, parecían estar manchadas de sangre, de su propia sangre, parecían pedir piedad o ayuda, crispándose con elegancia en una muerte que casi siempre se repetía. Era la bailarina elegida para morir eternamente en escena. Los papeles que sobrevivían, que acababan triunfando sobre la adversidad y casándose con su príncipe o sucedáneo, no parecían agrardarle, le quedaban anchos de todas partes y terminaban por hacerle llorar a solas en su

vestuario, doblada por un dolor que no comprendía pero que llegaba desde dentro, una necesidad violenta de morir en escena para seguir respirando.

—Como si mi destino estuviese marcado por la imposición del dolor y solo sufriendolo mientras bailo lo consiguiese poco a poco postergar.

A Basil no podían parecerle extrañas esas palabras. Las comprendía tan bien que apenas podía separarse la cota de malla del pecho para contestar que no se preocupase, que estaba tan metida en el papel que era comprensible, en vez de explicarle la espada, el temor a un dios invisible, el fuego ardiendo en los poblados, esa sensación de excitación al ejercer el derecho de pernada, la mirada azul y resignada de la esposa que no sería del marido hasta el día siguiente y un temblor de manos al abrazar a Violeta, consolarla de esa muerte que de alguna manera sentía y que él temía haber perpetrado en alguna otra vida que se le escapaba entre los ojos cuando ella dejaba de bailar.

Casi al principio de llegar, Violeta nos habló del *things crossing*, un juego que había inventado en el mundo real de Londres y lluvia para traerlo a la Plaza y unir de alguna manera los dos mundos, cosa que le obsesionaba desde que Basil le hablase por primera vez de la terraza y el mezcal. Era sencillo de comprender y a todos nos pareció una buena idea. El concepto era que cada uno de nosotros, desde nuestras respectivas ubicaciones reales, eligiésemos un objeto que representase algo de nuestra vida, algo importante para nosotros, pero sin ningún valor económico que pudiese echar a perder el juego. Le pondríamos una nota, refiriendo el nombre del juego y unas sencillas instrucciones que nos dictó y que todos apuntamos. Luego abandonaríamos el objeto en algún sitio público. Las instrucciones eran las siguientes:

Querido desconocido:

Este es un objeto cruzado que debe llegar a manos de una persona que está en alguna parte del mundo, probablemente lejana. Te ruego que, tras disfrutar de mi objeto unos días, lo pongas en circulación de nuevo con la finalidad de que alcance su objetivo. Es importante que llegue a las manos que ha de llegar. Si esas manos son las tuyas, lo sabrás de inmediato y habrá finalizado el juego. Si no lo son, has de dejar el objeto en algún lugar donde pueda ser de nuevo encontrado y reenviado. Atentamente,

VIOLET MOORE

Por supuesto, en el lugar en el que aparecía su nombre debíamos poner el nuestro. Ni que decir tiene que Violeta esperaba que cada objeto llegase a las manos de alguien que iba a la Plaza, para unir de ese modo los dos universos en uno solo.

—*Jdehwy vkuu? Oehfjoiqui nunu* —dijo Takeshi.

—Por supuesto que los encontraremos tarde o temprano nosotros. ¿No crees en el destino?

—*Biu yui estrui*.

Pero Takeshi estaba siendo irónico. Por supuesto que creía. Todos creíamos en mayor o menor medida. La Plaza era la mayor prueba de ello. Que lográsemos sentarnos allí, beber mezcal, compartir sueños e ideas, no era algo que le pasase a todo el mundo. Pelayo llevaba un jersey de rayas que parecía de mujer y estaba muy callado para sus costumbres.

—¿Qué tal va la guerra? —pregunté encendiéndome un cigarro.

—La otra ya la dejé. La mía va como la otra, degenerando poco a poco. Es curioso cómo se puede mantener una guerra porque da dinero, incluso cuando ya no queda nadie peligroso que quiera pelear, cuando ya está todo hundido. ¿De verdad seguís alguno creyendo que la guerra de Vietnam la perdieron los americanos? Por el amor de Dios, solo la mantuvieron ardiendo hasta que fue demasiado obvio que las pérdidas humanas estaban dando el cante. Era una guerra mediática, que daba pasta y prestigio, el superhombre americano que salva del diablo comunista a los pobres amarillitos. ¿Alguno de ellos pidió ser salvado? La política de *salvación humanitaria* de los States es peor que la limpieza de sangre de Hitler, pero políticamente más correcta.

Bebió un trago largo de mezcal y el gusano se deslizó por su garganta. No pareció darse cuenta. Israel había respondido a sus palabras con un estremecimiento provocado sin duda por su nacionalidad norteamericana; sin embargo lo que dijo poco tuvo que ver.

—¿Por qué siempre se recurre al Holocausto *como* punto de referencia?

—¿Qué?

—Que por qué, Pelayo, siempre se recurre al Holocausto como punto de referencia para declarar que algo es horrible. Nada es tan horrible como hacinar a miles de personas en campos de trabajo sin apenas darles alimento, con un pánico siempre vigente a perder sus vidas, o las vidas de aquellos que amaban y que ahora no saben dónde están. Nada se puede comparar a los experimentos médicos que se hacían con ellos, terribles, crueles, al tratamiento de animales que se les daba, a la ironía cruel de ser utilizados para hacer jabón o botones porque los alemanes siempre son prácticos, metódicos, perfectos, y no se pueden permitir desperdiciar nada, ni siquiera la muerte ajena. No hay comparación posible, no existe mayor horror que el de los supervivientes, muchos de los cuales pensaban que mejor hubiera sido morir a haber sufrido lo que sufrieron, a sufrir lo que todavía les quedaba, sin capacidad para asimilar el alimento, sin fuerza, cubiertos de llagas, de enfermedades que los pudrían, de infecciones que los matarían, quizá después de haber visto la salvación.

Pelayo empezó a reírse con una sorna que parecía herir profundamente a Israel.

—Valoras mucho al pueblo americano por el puto desembarco de Normandía,

¿verdad? ¿Qué te has creído que son las guerras? ¿Hasta qué punto crees que la crueldad humana está desarrollada? Hitler no fue peor que otros muchos, pero nos lo han vendido así porque lo venció el Ejército aliado. El hombre, desde que es hombre, ha desarrollado métodos inverosímiles para hacer sufrir al hombre. Los libros de historia, o la publicidad de los medios, son los que le dan al horror su natural envergadura o los que le restan importancia. Siempre se pone por ejemplo al Holocausto porque es el peor publicitado de la historia pseudoactual, pero la Conquista de América, la Inquisición española, los romanos y sus circos varios, las Cruzadas, la Primera Gran Guerra, cualquier dictadura de mayor o menor calado, los *Estados-Unidos-primera-potencia-luchando-a-base-de-inestabilidad-mental-para-mantener-su-estatus*, también tienen sus víctimas olvidadas. Los judíos os agarráis demasiado a vuestro papel de víctimas en la gran Segunda para excusar cualquier movimiento erróneo, para liarla a la primera de cambio cuando los palestinos solo quieren un trozo del pastel, y luego os quejáis de que el Holocausto se utilice como punto de referencia. Vosotros sois los que siempre lo tenéis presente. Pero vais a llorarle a mamáita cuando no se utiliza a vuestro favor. ¿Sabes? Estuve destinado una época en la zona judío-palestina donde se construyó el segundo gran Muro de la Vergüenza de nuestra historia contemporánea. Los niños judíos escribían mensajes a los niños palestinos en los proyectiles que les iban a ser lanzados.

Me gustaría que vieses las fotografías que hice a los niños que recibieron esos regalos. Nunca pude publicarlas. A nadie le convenía saber que el Estado de Israel había dejado de ser víctima para ser verdugo.

Israel se empezó a morder el labio con nerviosismo. Fue entonces cuando nos contó la historia de su abuelo y cómo se encontraba cuando salió del campo de concentración. Dijo que durante años le habían intentado ocultar cómo estaba Isaac realmente, cómo su salud se había deteriorado hasta que el cuerpo milagrosamente empezó a luchar sin contar con el consentimiento de su dueño.

—Y entonces comenzaron las pesadillas.

En el sueño, Israel bien podría haber sido el abuelo, pero no, era aquella mujer francesa que lo cuidó en su convalecencia. Israel se convertía en Blanche, en sus manos fuertes, blancas y grandes para ser mujer, en su voz grave y arrastrada que daba órdenes en francés a aquellos dos hombres para que levantaran a Isaac, al abuelo que entonces era joven, un chico moreno de ojos oscuros y nariz levemente curvada hacia abajo, una nariz que ahora parecía un gancho, una masa transparente por la que se entreveían las venas verdosas. Se notaba el pulso en aquella nariz de moribundo. La mirada se había hundido hasta lo más profundo de un pozo y el abuelo parecía no sentir, no ver nada de lo que pasaba. Sus brazos eran pellejos, las articulaciones de los codos daban miedo mezclado con un leve y confuso asco del que Blanche se desentendía pensando que era un superviviente, que aquel hombre lo había pasado

todo y que por eso había que cuidarlo. Pero es que el hueso asomaba sin más por algunas zonas que quedaban blancuzcas, como si la piel hubiese decidido no resistir más y ceder. También aquello sucedía en las rodillas, observó al desnudarlo, y el muchacho aullaba de dolor como si en vez de los pantalones le estuviesen arrancando la piel a tiras. Lavarlo fue un tormento necesario. Aquel cuerpo vencido olía tan a cloaca que Israel solía despertarse después de soñar con náuseas, pero es que el esfínter no funcionaba como debía (de esto se dieron cuenta al tratar de alimentarlo con aquellas cremas humeantes que la solícita Blanche preparaba en su pequeña cocina), pues todo lo que entraba salía exactamente de la misma forma y casi al mismo tiempo, como si todo el sistema se hubiese parado y por dentro solo quedase un largo tubo medio podrido, a juzgar por el olor, y un corazón luchador que se negaba a parar. La larga fiebre se cernía sobre el muchacho, y para Blanche ya era una cuestión de principios que sobreviviera. Curaba las pupas que parecían multiplicarse de noche a noche con despreocupado mimo, espesaba las cremas al mismo ritmo que el cuerpo empezó a retenerlas, lo lavaba con ayuda de los dos hombres (que eran sus hermanos), le bajaba la fiebre abrazándolo con todo su enorme cuerpo blanco, con un cuidado que no parecía corresponder al tamaño de aquella mujer alta y de manos grandes. El abuelo, a su lado, parecía un trapo mojado, apestoso, abandonado a su suerte en aquella cama en la que deliraba sobre compañeros muertos de hambre. Y era raro escucharlo hablar sobre lo que deseó no morir entonces y lo rendido que estaba ahora que ya todo había pasado y solo había que recuperarse. Le costó casi un mes dejar de delirar y mes y medio lograr masticar algo sólido, un algo sólido con el que comenzó el legendario apetito del abuelo, que a sus ochenta años era capaz de comer más que su hijo y su nieto juntos. Su hijo, hijo también de aquella mujer blanca y desproporcionada que se murió de parto sin que él pudiese hacer nada para devolverle todo aquel amor con el que ella lo cuidó entonces, mientras su piel palidecía aún más vaciándose de sangre.

Fue más o menos entonces, en mitad del disparate que suponía que Israel soñase ser su abuela en algún momento que ni él presenció ni conocía por boca de nadie, cuando Pelayo lo abrazó profundamente en un gesto que para nada correspondía al Pelayo en el que la guerra y la visión de la mentira lo habían convertido. Supongo que la comprensión es eso, Agneta, un segundo en el que dos personas se iluminan con una especie de luz que hace que todo resulte natural, la caricia en la nuca, el beso en la mejilla y ese asentimiento en el que los dos estaban en ese lugar intermedio en el que ves con claridad el punto de vista del otro, aunque segundos antes estuvieses rebatiéndoselo con ardor. Y en el momento que precedió el abrazo, el cielo pareció abrirse, dejó de ser naranja como es el cielo de la Plaza, para ser azul, el color que Basil decía que era el del amor, porque cada vez que el cielo se ponía de ese tono cian, alguien nuevo llegaba a sentarse con nosotros y a enamorarnos con su forma de

pensar. Típico de Basil el encontrar el amor en todas partes, el convertir en amor todo.

—La creación es un acto de amor. Incluso la destrucción lo es. Sin demasiado esfuerzo podemos hallar reductos de amor en cualquier cosa.

Para mi gusto, bastante más pragmático, Basil hablaba de restos de amor como si el amor fuese una mancha de sangre o de esperma. Un pensamiento muy romántico aquel, sobre todo viniendo del hijo de un terrorista.

Pero quizá aquella vez, de alguna forma, tuvo razón. Llegaste tú, Agneta, la segunda mujer que cruzaba con paso decidido la Plaza para sentarse en nuestra mesa. Mirabas con una curiosidad que jamás comprenderé tu mano izquierda, y avanzabas hacia nuestro silencio como si fueses un desastre natural imparable. Aquella sensación, no me cansaré de contártelo, fue la de un miedo paralizante, un miedo hipnotizador; tenías el encanto de un incendio, una inundación, un huracán, caminando sobre aquellas botas de cuero altísimas, con aquellos pantalones vaqueros que marcaban un culo inabarcable, glorioso, enorme, perfecto, antinatural, y aquella blusa de rejilla negra por la que se transparentaba con toda claridad un sujetador negro con puntilla roja. Tu cuerpo parecía, ahora puedo decírtelo, corresponder a dos mujeres diferentes que hubiesen sido cosidas a la altura de la cintura. La de arriba, dorada, rubia, delgada, con unos pechos pequeños y perfectos, parecía desafiar a la de abajo, rotunda, curvilínea. Sin duda tú pertenecías al grupo de los que no pertenecíamos a ningún lugar. Lo supimos antes incluso de que te sentases cruzando las piernas y te presentaras como Agneta, mitad brasileña, mitad alemana, profesora de bailes latinos en Colonia. Era curioso que dijeras todo eso. Casi ninguno de nosotros había dicho de buenas a primeras a qué se dedicaba, aunque quizá es porque ninguno de nosotros se dedicaba a nada cuando llegó, con la excepción de Violeta, y ella jamás dijo qué hacía. No te preguntaste cómo habías llegado hasta allí, ni qué tenías que beber, pediste mezcal, creo que un poco porque era lo que nos veías beber a nosotros. Sí, supongo que Basil interpretó bien el azul esa vez porque tú, más que una persona de la que nos pudiésemos enamorar, representas el amor en sí, sencillo, irracional, de una naturaleza incomprensible, desatada, salvaje. Amas sin más, sin hacer preguntas, con un asentimiento que sale de lo más profundo de tu corazón. Para mí, que soy el que más me jacto de conocerte, eres un completo misterio porque me amas sin yo merecerlo, sin esperar de *mi* parte una respuesta, sin preguntar si te amo o si algún día te amaré. Y como a mí, amas en general, con una aceptación del vacío que todo lo traga. Eres tan perfecta en tu función de amante que casi tocas la otra punta de la cuerda y te conviertes en la amada de todos un tanto. Sonreíste a Violeta, que bajó los ojos y sacó la muñeca. Sí, supongo que todos creemos en el destino por esas cosas. Llegaste a tiempo para ver la muñeca.

—¿A qué jugáis? —preguntaste sin extrañarte de hablar el idioma de la Plaza, sin extrañarte de comprenderlo.

—¿Has oído hablar del *book crossing*? Pues es parecido.

—*Ñoiudui teu, aspiobliuy. Moniñedigo vio malu bikwo, hidiuó* —te explicó Takeshi.

Pediste ver la muñeca. Pasó en pocos segundos de las manos de Violeta a las tuyas. Parecías no estar acostumbrada a tu mano izquierda y la tocabas apenas con los dedos, como si temieses que respondiesen de una forma diferente a la deseada. La muñeca era en sí un frágil objeto antiguo, de pelo largo y negro y ojos de cristal violeta muy abiertos. Llevaba un vestido de tul blanco y *unos zapatos* de tela blancos también.

—¿Qué representa para ti? —preguntaste.

—No te comprendo.

—Has dicho que el objeto debe tener un valor para nosotros. Debe significar algo para ti además de ser un objeto bonito.

Los ojos de Violeta se encendieron un segundo antes de responder. Era la cara que ella ponía cuando no esperaba que alguien comprendiese lo que necesitaba expresar.

—Significa la memoria que no debe perderse —dijo con bastante suavidad.

La miré. Creo que fue en ese momento cuando decidí que la amaba. No sé por qué. La tensión en el cuello cuando pronunciaba las palabras, la languidez de su cabello pasado de moda, la fortaleza de sus frágiles manos pálidas. Todo su aspecto chocaba contra ti, contra la pared bien formada que eras tú. Y sin embargo, necesitaba intensamente abrazarla, consolarla de algo que desconocía, y después... apretarle el cuello hasta que dejara de respirar.

Si realmente conseguía la cura para la pérdida del pasado, las empresas farmacéuticas se declararían la guerra por la patente, pero eso era algo que Israel desconocía. Como también desconocía las filtraciones que cierta ayudante suya, Mary Anne Walters, natural de Nueva Jersey, de veintiocho años de edad, madre soltera de una niña mestiza llamada Little Ronda (Big Ronda era la abuela de la criatura), estaba haciendo a una de esas empresas con el fin de que consiguiesen los resultados antes que Israel y la empresa que lo patrocinaba. Aunque para Mary Anne esa no era la finalidad en realidad, ella solo quería que Little Ronda fuese a una buena escuela. Hubiese vendido su alma al diablo porque Little Ronda fuese a una buena escuela. Y en todo caso el trabajo de Israel no era su alma. Por un lado le daba pena el jefe, siempre había sido muy bueno con ella y la había tomado bajo su protección nada más salir del turno de noche de la universidad, cuando aún le quedaban dos asignaturas. Los martes y los jueves le llevaba golosinas para su niña, siempre le preguntaba por ella, se interesaba si Mary Anne le enseñaba alguna foto, jamás olvidaba su nombre, era un buen tipo. Casi el mejor jefe que alguien puede encontrar, si no contamos, claro está, con los accesos de ira que sufría a puerta cerrada cuando daba con un callejón sin salida. A puerta cerrada, pero Mary Anne sabía, lo había escuchado alguna que otra vez gritar al aire cosas que no se distinguían del otro lado

de la puerta. Pero luego, cuando salía, se recomponía. Siempre tenía una sonrisa admirable el jefe, se limpiaba las gafas con un pañuelo de papel y pedía ver a su rata. Era curiosa la fijación del señor Fisherman con aquel animal. La hubiese distinguido entre un millón de sus glotonas hermanas. Mary Anne sabía que era aquella rata con nombre la única que respondía al tratamiento y, por alguna razón que desconocía, era lo único que nunca le había mencionado a los de la otra empresa. Y no era porque no fuese relevante, sino porque a ella no se lo parecía. ¿Para qué iba a servir una medicina que solo le hacía efecto a una rata entre doscientas? Además, los otros querrían ver la rata, probablemente querrían llevársela, y eso sí que no, para el señor Israel Fisherman esa rata representaba lo mismo que para ella su Little Ronda, y jamás de los jamases sería capaz de arrebatársela, no señor, antes llevar a la pequeña a un colegio público del barrio, aunque a ella le pareciese que de allí solo salían delincuentes.

—Anoche tuve un sueño.

—¿Qué soñaste?

—Estabas tú, pero eras una niña. Una niña de unos diez o doce años. Tenías el pelo revuelto y estabas llorando. Llorabas mucho, eras inconsolable. Quería abrazarte, pero mi cuerpo no respondía. Entonces mis manos, pero no eran mis manos, no sabría cómo explicarte, abrieron una bolsa de papel del suelo y sacaron la muñeca que llevaste a la Plaza. La empujé violentamente contra ti para que la cogieras y tú no querías. Entonces una voz salió por mi boca, dulce, convincente.

—¿Qué decías, Basil? —pregunta Violeta en un temblor.

—«Toma, pequeña. Es tuya, te la has ganado».

Violeta sufre una especie de convulsión que hace que todo su cuerpo se pliegue contra Basil en la cama. Se acurruca entre sus brazos. Él besa su pelo con dulzura.

—¿Te pasa algo? —pregunta—. Es solo un sueño.

—¿Qué pasaba después?

—Cogías la muñeca entre tus brazos y la acunabas como si fuese un bebé. «No llores», repetías, «no llores, tonta», y te meciste con ella entre los brazos hasta que me fui.

—Basil, yo nunca te he hablado de Peter Richardson, ¿verdad?

—No, no me suena.

—Vale, era solo por saberlo.

Peter se aburría mucho. Supongo que esa es una de las causas primordiales por las que la gente hace barbaridades como aquella. El aburrimiento crea monstruos. Era un hombre divorciado de treinta y cinco años que vivía en un segundo piso de alquiler. Su mujer se había quedado la casa, los muebles, el coche y a su hija. Tanto trabajo en

balde... si lo hubiera sabido al casarse con esa zorra otro gallo hubiese cantado, pero nadie puede predecir el futuro, nadie sabe con quién se acuesta en realidad. En fin. Lo único que le quedaba era un alcoholismo que tampoco es que diese muchas alegrías, un trabajo como contable que le aburría soberanamente y aquella ventana los domingos por la tarde por la que veía jugar a los dos hijos varones de los Moore. Y a veces, como si de un regalo del cielo se tratase, a la pequeña niña de diez años. Aquella tarde estaba, después de las diez cervezas que ya llevaba Peter y de sus pocas ganas de levantar la mano de su entropiada que le habían entrado nada más verla. Qué preciosidad de niña. Tenía la piel más blanca que jamás hubiera visto y aquellos ojos de color de violeta como caramelos. Las piernecitas flacas asomaban por debajo de las faldas con una gracia de bailarina que solo podía deberse a que bailaba desde muy pequeña. Qué niña más bonita, sí señor, estaba hecha con tanto amor que sus hermanos se peleaban por llevarla a cuestas, Hank, de doce años, y Paul, de quince. Casi siempre ganaba Paul, claro está, y era una dulzura ver la cara de fastidio que ponía aquel niño flaco de Hank cuando su hermana se subía a la espalda de Paul como si este fuese un caballo. Los padres solían salir más o menos a esas horas todos los domingos y no volvían hasta tarde. Los muchachos, aplicados, se ocupaban de la muñeca consentida y a veces Peter podía gozar de una buena paja mientras la miraba corretear por el jardín. Pero aquel día, cuando llevaba unas veinte cervezas, se vio a sí mismo bajando las escaleras en cuanto los Moore se subieron a su Ford para dar el paseo dominical.

—Hola, señor Richardson —dijo la niña agitando la mano—. ¿Se encuentra usted bien? No tiene buen aspecto.

Peter no contestó. Había cogido una de las muñecas de su hija, una cerveza y una bolsa de papel y la miraba desde la acera de enfrente con los ojos desorbitados. Era una niña tan bonita y tan blanca. Pensaba regalarle la muñeca, a su hija apenas la veía y a saber lo que le estuviera contando su madre de todas formas, con lo que, al fin y al cabo, era lo mismo. Cuando cruzó para dársela, uno de los muchachos, Paul, se giró alarmado. Fue quizá eso lo que más irritó a Peter Richardson. El chico se había girado alarmado como si él fuese una amenaza. ¿Él? Si sólo era el vecino de enfrente, ¿qué se habrá creído el mocoso este? Cuando Paul le pidió a Hank que metiese a Violet en casa, Peter se encontró a sí mismo midiendo si podría con el crío. Al fin y al cabo el otro era el macho joven y él se sentía el macho dominante de la manada; ¿lo desafiaría para quitarle el puesto? Y dado el caso, bueno, él estaba borracho, pero los Moore solo tenían hijos flacos. En sus buenos tiempos al señor Richardson le había llamado el boxeo e incluso peleó en un par de combates clandestinos, y el chico no tenía más que quince inexpertos años.

—¿Qué te pasa, chaval? Solo quiero regalarle una muñeca a tu hermana.

—Váyase de aquí o tendremos que llamar a la policía. Usted no se va a acercar a Violet. Está borracho.

—Ya sé que estoy borracho. Soy yo el que ha bebido. Mira hijo, me gusta mucho

tu hermana y quiero regalarle una muñeca, nada más.

—De eso nada, pervertido. Sé lo que hace cuando la mira desde la ventana. Lo he visto alguna vez. No voy a permitir que se acerque a ella.

Y fue entonces cuando el chico le lanzó su mejor golpe, que Peter esquivó sin mayor dificultad; todavía andaba bien de reflejos pese a la cerveza. Luego su puño, como sí *no* fuera suyo, se incrustó en la parte alta de la mandíbula de Paul, que se derrumbó allí mismo. La puerta de la casa, de alguna manera inexplicable, había quedado abierta.

Hank se había ocupado de que Violet no viera la pelea del jardín. Incluso había llamado a la policía desde el teléfono del recibidor mientras miraba por la ventana, pero, maldita sea, olvidó cerrar la puerta. Estaba aterrorizado. Era un niño. Esas cosas no deberían pasarle a un niño. Luego aquel hombre que ahora le parecía enorme y la espuma que echaba por su boca en forma de palabras dirigidas a él, tan temibles que al principio a Hank se le perdía el significado hasta que escuchó:

—... no me digas que no te las has querido tirar nunca, ¿eh?

—No —murmuró él con el rostro descompuesto.

—No me lo creo. Mira y aprende. Mira cómo lo hace un hombre de verdad.

Y aquellas manazas cogieron al chico flaco por la camisa y lo arrastraron hasta el salón donde Violet jugaba indolente con una peonza.

—Hola, señor Richardson, ¿dónde está Paul?

Aquella firme confianza, aquella dulzura incorrupta hicieron que Hank, que al fin comprendía, se echase a llorar y que Peter se excitase aún más. Era lo que buscaba. Buscaba aquella dulzura, aquella carne blanca.

—Vamos a jugar a un juego —dijo—. Túmbate en el suelo boca arriba, ¿qué te parece? O no, mejor siéntate aquí, encima de mí, muy bien. Qué pelo más bonito. Esto es un secreto. Hank puede quedarse porque tiene mucho que aprender, pero Paul estará castigado abajo por ser un pequeño irreverente hijo de puta, ¿me sigues? Y tú, renacuajo, mira bien y aprende. Le voy a hacer a tu hermana lo que tú y tu pellejudo hermano siempre habéis deseado.

—Cuando acabó, yo lloraba de dolor y de incompreensión. No sabía qué había pasado, confiaba tanto en él como una niña estúpida puede confiar en su vecino. Luego me dio la muñeca para consolarme, supongo. Mis lágrimas señalaban lo deleznable de su acción y hasta creo que lo pusieron un poco sobrio. Hank se había quedado petrificado contra la puerta con los ojos vacíos de expresión, y así estuvo mucho tiempo, hasta que los psiquiatras lograron convencerlo de que no tenía la culpa. Incluso tuvieron que convencerlo de que no deseaba hacerme lo mismo que había dicho a las claras el señor Richardson. El pobre se había meado encima y cuando oyó llegar a la policía se desplomó como un muñeco roto, como alguien que ha tenido una lucha interior tan fuerte que ante el descanso la fuerza le falla y no le falla la vida

porque el corazón siempre lucha por seguir latiendo. Al señor Richardson lo detuvieron diez minutos después en su casa. Se había quedado dormido en el sofá. A Paul, más que nada, se le habían desencajado la mandíbula y el alma. Mi familia no volvió a ser la misma. Nos mudamos a Newcastle, pero tampoco allí se olvidan las cosas. Es como si, a veces, un animal salvaje que llevamos dentro sale, y entonces... entonces solo queda el salto al vacío. Hank ha intentado suicidarse tres veces, hace dos meses que está internado porque nadie puede vigilarlo. Paul lo niega, pero yo sé que se enganchó a cualquier cosa después de aquello, ahora la cocaína es su vida, la cocaína y las mujeres que se lo tiran porque saben que lleva. Nos vemos bastante y él siempre dice que todo le va bien, aunque yo sé que no es cierto. Me mira y me pregunta qué tal *estoy, si voy* a bailar en tal o cual sitio. A veces veo que tiene ganas de llorar y es entonces cuando dice que tiene que ir al baño. Y yo me quedo pensando que también soy una adicta, al baile, a seguir viviendo pese a todo, no puedo dejar que nada me destroce, ni siquiera que tú lo hayas visto desde sus ojos en un sueño. Por eso es tan importante la muñeca. Me recuerda que soy una superviviente, que puedo mirar al futuro sin volverle la espalda al pasado. Sin embargo, a veces, voy por la calle caminando detrás de una mujer bonita y me descubro siguiéndola, esperando que entre en algún lugar poco concurrido y de pronto, es como si despertase de una ensoñación y me pregunto a mí misma qué pretendo y la respuesta es que no lo sé. Es la verdad, no lo sé.

Basil está pegado a la pared, mirándola tumbado mientras fuera llueve. Quisiera acariciarla, besarla, pero la ira no se lo permite. Sabe que ella notaría la violencia que está intentando sujetar y se sentiría incómoda, de hecho en sus ojos violetas ve un asomo de pozo sin fondo, un poso de angustia, una tendencia al desapego que quisiera frenar. Pero no puede tocarla, se siente como el niño aquel que lo vio todo y no pudo hacer nada. Solo que él lo había visto desde los ojos del enfermo, Dios mío, lo había visto desde los ojos de Peter Richardson y de nuevo el peso de la espada y los dientes podridos, el olor a carne humana quemada y Violeta con una lágrima furibunda rodando por otro rostro, escupiéndole en la cara, insultándolo en un idioma que no conoce, y luego la espada cayendo sobre ella, clavándola en el suelo a la altura del estómago ahogando un grito, ahogándola en sangre en el nombre de Dios.

—De alguna manera, amor mío, creo que puedo ver a través de los ojos de todo el que te ha hecho daño a lo largo de la historia.

Violet no comprende, pero se abraza al hombre que acaba de matarla en su imaginación como si fuese el último hombre bueno que queda en el mundo.

Ese olor a selva se queda pegado a la humedad de la nariz y es imposible frenarlo, el frescor de las hojas acoplándose al cuerpo que trata de avanzar, pero ya casi es imposible, el verde la rodea, se engancha a las piernas, al pecho, no permite la respiración a pesar de los machetazos, el sonido seco, lo único seco aquí, y el avance

descontrolado en la huida, aunque ya es difícil recordar de qué se está huyendo, porque la piel arde de humedad, todo pica, el cabello, los ojos, las uñas estorban desde los dedos, quisiera arrancárselas, pero es imprescindible seguir avanzando, no se puede dar la vuelta una vez llegado este punto porque la selva se ha vuelto a cerrar por detrás y no queda más que ir hacia delante, siempre hacia delante, abriéndose paso a machete hasta el repiqueteo del despertador de mesita y el coger aire frío nada más despertarse y darse cuenta de que está en Colonia y no en una selva desconocida huyendo de sepa Dios qué. Aunque el corazón no se calma, es como si dentro del pecho de Agneta todavía temiese a los animales que pueden aparecer en cualquier momento y frenar la fuga de un picazo o mordida. Se levanta desorientada, con los ojos pegados y un humor de perros. Las baldosas del baño tienden a transformarse en este punto en hojas verdes y húmedas que hacen que retire la mano azorada y opte por encender la luz. El espejo le devuelve la imagen de una mujer despierta que ha tenido una pesadilla repetitiva desde que tenía cinco años. Las pequeñas batallas caseras también dejan secuelas de las que uno no se libra así como así. La huida esta vez da con sus huesos en Colonia, como podía haber dado con ellos en Tijuana, aunque Agneta no habla español y el portugués ya le cuesta porque hace mucho que no practica. La huida constante de la noche es selva adentro, la del día es de ciudad en ciudad, dejando el amor detrás por no poder renunciar a él del todo. Recorre el mundo desde hace mucho, amando hasta que el dolor es insoportable. Luego la huida sin explicaciones a cualquier otro lugar donde pueda conseguir dinero bailando hasta que el amor la atrapa como el calor tropical de las hojas selváticas, provocando un nuevo darlo todo sin pedir nada, una nueva angustia al cabo de un tiempo, la señal de alarma, la mochila al hombro y poco más que el pasaporte para conseguir el primer billete barato que se le ponga por delante. Agneta no puede evitar amar. Tampoco puede evitar huir.

En la Plaza donde todos beben mezcal y arreglan el mundo sin arreglar nada, Agneta siente que no tiene por qué ocultar el temor a ser una víctima, a amar hasta dar la vida. Lo dice, se siente segura, orgullosa.

—Mi padre siempre decía a mi madre que sería un número más en las estadísticas de muertas por violencia de género. El terror no la tenía tan paralizada como el amor que le profesaba. Cada vez que siento que el amor me puede convertir en eso, tomo un avión.

Antonio coquetea con ella. Agneta se pregunta por qué lo hará si en realidad desea a Violeta. Responde cruzando las piernas y pidiendo otro mezcal. Se pregunta cómo será el amor en un lugar del que no se puede huir.

Despierta bañada en sudor, oliendo todavía esa confusa humedad verde que trata de poseerla, violarla, de la que solo puede defenderse con el machete que sostiene en la mano derecha. La izquierda solo es un intento fallido de mano, una bola informe de carne redonda con la que nació y que forma tan parte de ella como la huida o el no poder evitar amar con toda la sangre del cuerpo. Sin embargo, por alguna razón que

escapa a toda lógica, la Plaza le da una mano cuando llega hasta ella. Permite que se maneje como si nunca hubiese nacido manca, y esa mano imaginaria a Agneta le parece una metáfora de lo que la Plaza es.

Todo ser humano puede ser un héroe o un asesino, solo depende de las circunstancias y del poder de su corazón. La Plaza pretende convertir a esos héroes de papel, bidimensionales por lo cotidianos, en héroes reales con un poder extenso para cambiar el mundo. Arrancarles su parte de asesinos, dejarlos desnudos ante la batalla que se les viene encima para que estudien las tácticas y preparen el terreno, eso piensa ella.

—Es el poder —dice mientras se peina en su lavabo verde— el que ha hecho que en la Plaza tradicionalmente entren solo hombres. Ellos podían hacer desde muy poco un mucho, nosotras no. Somos tan capaces para la guerra cotidiana como el que más, pero no podíamos ocuparnos de ello hasta hace poco. Bastante teníamos con defendernos.

Me impresionó que hablastes de las madres de la plaza de Mayo para ilustrar tu descubrimiento. Tu voz rompía el aire hablando de las voces de esas otras mujeres que gritaban nombres, que pedían que les devolviesen vivos a aquellos que se habían llevado vivos sin ningún temor, porque el amor, la seguridad de haber parido a sus muertos, les daba un valor desconocido, un empuje contra los que trataban de convencer al mundo de que aquellos no habían sido nunca dados a luz, nunca habían cantado tangos de Gardel, nunca habían existido.

—La Plaza ha terminado por convencerse de que el poder de la mujer nace de dentro, de aquí. —Y te señalaste el vientre.

Israel sonrió ante tu afirmación.

—¿Sabes? —dijo—, si un hombre cargado con huevos resbala por una escalera, es bastante probable que ni uno solo sobreviva porque los soltará para poner las manos. Sin embargo, el acto reflejo de la mujer es levantar los brazos, poner los huevos a salvo a costa incluso de sus dientes. Es algo instintivo, irreflexivo, hermoso.

—Es por eso que la Plaza nos ha dejado entrar. Empezamos a tener voz para gritar.

Entonces pensé en el libro que estaba traduciendo y tuve que encenderme un cigarro para superar el nerviosismo. La mujer rusa hablaba de otros desaparecidos en el silencio, de los de la guerra de Chechenia que tantos noticieros inútiles había ocupado en su momento. Claro, nosotros nunca conocimos nombres ni rostros. Todos nos parecían iguales, ajenos, muñecos deformados por una televisión que nos ha hecho impasibles *ante la* violencia gratuita por insistencia. Tanto *gore*, tanta película de terror y vísceras, tanta guerra cinematográfica con subida de música y fondo de barras y estrellas, nos ha hecho inmunes a ese horror de lo oculto, lo oscuro, lo cotidiano, que nos impiden ver porque a nadie le conviene saber que en el mundo

todavía se tortura, se hacina, se castiga sin miramientos, se convierte en animales a aquellos que solo eran carpinteros, soldados o albañiles. El odio. Es curioso cómo se puede lograr odiar lo desconocido, a un tipo del que podrías haber sido amigo si no te hubiese tocado el papel del que mete la cabeza del otro en el cubo de agua mientras hace preguntas, del que golpea, del que viola o da descargas eléctricas. Es curiosa la facilidad con que «diferente» se convierte en «peligroso». Tú hablabas de ese otro tipo de dolor, del dolor del *me desaparecieron lo que yo más quería y ahora camino por el mundo como muerta porque me han vaciado por dentro los que dicen que no naciste, que jamás te di la vida*. El poder de la negación es sorprendente. Si todas aquellas madres se hubiesen callado por miedo, hubiesen terminado por creer que Miguel nunca fue parido, que a Irene no le gustaba el dulce de leche de la abuela y que a Federico nunca le quedó esa cicatriz tan fea en la rodilla de rascarse las costras de la varicela. Pero no podían resignarse al vacío. Y su grito hizo corpóreo el horror. Su *¿dónde están?* les dio poder. En parte son responsables de que tanto tú como Violeta entraseis en la Plaza a hablar de batallas que no eran las nuestras, las masculinas, grandilocuentes e inútiles. La Plaza se dio cuenta de que si solo hubiésemos estado nosotros, desde nuestros asientos no habríamos comprendido el lejano dolor por eso, por lejano. Las mujeres sois cercanas, hacéis vuestro el dolor ajeno y nos hacéis comprender la injusticia por muy a desmano que nos pille. Los desaparecidos son muertos, ellas lo sabían, y sabían que preguntar significaba una respuesta negativa o una ausencia de respuesta. Pero lo importante no era eso, lo importante era la pregunta, universalizar su dolor concreto, hacerlo comprensible por nosotros, que solo leíamos los periódicos. Y ese era también el caso de la mujer rusa. Solo que a ella no le desaparecieron a nadie, sencillamente se cansó de ver la injusticia y no contarla. Y a ella no la desaparecieron, la dejaron aparecer muerta, con los ojos comprensivos del que ha mirado a su asesino y le ha ofrecido el cuello.

—Que pese en tu conciencia.

Imaginaba que decía. Y aquella voz insólita que le imaginaba me resultaba excitante, corrosiva. Veía a aquella mujer hermosa a través de su edad considerable, de sus gafas de intelectual, de su pose de la que no sabe lo que le espera o comprende y acepta sin reproches. En mi imaginación, mientras leía el original en ruso, imaginaba a Violeta ofreciendo el cuello, diciendo:

—Que pese en tu conciencia.

Como si fuera ella mi mujer rusa desconocida, ofertada como quien se sacrifica por el perdón de los pecados. Me río, lo sé, hace mucho que dejé de ser cristiano y esto no viene en absoluto al caso, pero es que el Nuevo Testamento me parece una bonita parábola de lo que pasa cíclicamente en la historia. Unos pocos se sacrifican para que el resto comprenda, se levante y señale. Mi rusa, las madres de la plaza de Mayo y supongo que, de alguna forma que se escapa a mi entendimiento, también Violeta. Yo quería convertir en eso a Violeta porque me gustaba, me gustó desde el primer momento porque era inaccesible, y a ciertas personas retorcidas nos gusta lo

imposible. Sin haberme dado cuenta, me había dejado atrapar por su mirada helada, por su forma leve de caminar, por su manera de amar a mi mejor amigo sin que yo pudiese hacer nada. Al igual que tú representabas el amor en toda su esplendorosa gama, en su vertiente más entregada y satisfactoria, Violet Moore representaba lo tormentoso, lo romántico por definición, lo que no puede tocarse ni tenerse jamás sin destruirlo. Y yo quería destruirla por eso, Agneta, porque las heroínas románticas siempre mueren al final de la historia por ser demasiado frágiles y apasionadas al mismo tiempo, por lo imposibles, por no tener un lugar en la tierra, por estar destinadas a un sufrimiento que a todos se nos escapa porque desconocemos la naturaleza de su fortaleza y su fragilidad. Aquella tarde en la Plaza, había empezado a traducir pero iba increíblemente despacio, aprendí que amaba a mi rusa, que amaba a Violet Moore, que tú no dejabas de hablar del dolor de las madres de Argentina y que yo solo tenía ojos para ella. Sé que la miraba de una forma tal que hasta Basil se sonrojó un par de veces, incapaz de decirme nada porque en el fondo lo entendía, ¿por qué no iba a entenderlo? Él podía tenerla, tenía la suerte de poder tocar su carne breve cuando lo desease y mi mirada lo acusaba de ser tan afortunado, de quizá no merecer algo que era tan deseado por mí que era su amigo desde el primer día, desde aquel primer adolescente azorado y asustado que llegó a la Plaza con el peso de un secreto demasiado grande a sus espaldas.

Cada vez que Basil se enteraba de algo sobre su padre, deseaba no haberlo sabido. Aquel hombre, Patrick O'Connor, era un desconocido para él a pesar de vivir bajo el mismo techo. Salía sin decir adónde iba, apenas hablaba en la mesa, solo para bendecirla, bebía mucho y maldecía continuamente. Amaba profundamente a su mujer, eso sí, y quizá no tanto a los cinco niños rubios y despeinados que Dios había querido darle pensando que eran una bendición. Casi nunca tenía una palabra bonita para nadie que no fuera Andrea, la madre de Basil, pero solía blasfemar bastante en torno a la familia real británica. Sin embargo Basil jamás hubiese imaginado que su padre era miembro del IRA. Por aquel entonces era muy católico y bastante partidario del poner la otra mejilla y cosas semejantes. Si algo tenía claro es que el odio solo genera odio y a pesar de lo que siempre había visto en torno a los protestantes y sus feas manías, no los odiaba, sino que esperaba de ellos comprensión. Conocía la historia, de eso uno no se desentiende, pero la perdonaba como le habían enseñado a hacer en la escuela. Del IRA no quería saber nada. Muchos de los compañeros de Basil eran simpatizantes, se notaba el odio inyectado en sus ojos azules, el rencor en sus manos blancas y pecosas. Él los llamaba *los del método equivocado*. A los doce años creía en el diálogo como base fundamental para llegar al acuerdo. Matar inocentes nunca soluciona lo básico.

Solo alarga la agonía interminable a través de los años. Matar al vecino no es mejor si lo haces por una causa que crees justa. Es tu vecino.

Aquella tarde Patrick O'Connor tuvo una charla con su hijo mayor, la primera charla que Basil recuerda. Le resultaba extraña esa voz aguardentosa, como si perteneciese a un desconocido. Y más extrañas aún eran sus palabras encendidas y patrióticas, indignadas. Palabras que hablaban de represión y venganza por la represión, palabras que se mezclaban con cantos que venían de unas raíces que los ingleses no podían comprender, que jamás comprenderían. Por eso había que hacerles entender a base de sangre. Los ojos de Basil se fueron llenando de lágrimas al comprender ningún tipo de retención, lo que trataba de enseñarle y que él no quería aprender. Basil no quería aprender a odiar. Estaba muy bien como estaba.

No sabe cuánto corrió por las calles empedradas y húmedas. Resbaló, cayó de bruces y se raspó una rodilla. Se levantó y siguió corriendo. La sangre rodaba pierna abajo, pero eso a él no le importaba. Su padre había olvidado que el cristianismo se basaba en el amor al prójimo, te haga lo que te haga el prójimo. Si la primera ministra era una mala persona, solo Dios tenía derecho a juzgarla y castigarla. Y si Dios era tan benévolo como se le pintaba en la Iglesia, la perdonaría porque es lo que Dios hace, ¿no?, perdonar. Pero no bombas, no disparos, no persecuciones. El odio ha sido aquí de esta forma demasiado tiempo, pero yo no quiero ser responsable.

De pronto dejó de correr. La cara le ardía, las orejas se le habían puesto de un llamativo color escarlata por el frío y la rabia, pero se había perdido. Estaba en una plaza abierta, una plaza con terrazas donde la gente bebía y charlaba, una plaza que no parecía de Irlanda. Debía de tener un aspecto desvalido, con la cara pecosa llena de lágrimas y la ropa parcheada que su madre trataba de salvar del tiempo. Sin embargo nadie lo miraba. Los camareros pasaban con sus elegantes uniformes sin verlo. Los hombres fumaban sus puros sin reparar en su presencia. Hasta que de golpe un chico alto y flaco, muy moreno y muy espigado, se acercó a él y le tendió la mano.

—Me llamo Antonio.

Dijo en un idioma que Basil pronto descubrió que sabía hablar. Y lo supo porque al sentir la mano caliente de aquel muchacho de quince años que lo miraba con ojos francos, grandes y negros, supo que no podía más y se le abrazó como quien se abraza a un madero en mitad del naufragio.

—Mi padre es un terrorista —gritó sorbiendo mocos.

—Tranquilo —respondió Antonio—, todos tenemos nuestros problemas. Por ejemplo, yo me he perdido. ¿Sabes cómo se llega a la calle Cardenal Monescillo?

—No.

—Bueno, supongo que siempre podemos sentarnos y beber algo. Algún camarero me indicará después.

Es curioso lo que puede degenerar una persona porque no desea dormir sola. Dormir, en fin, el sexo era importante para Pelayo, pero en aquellos momentos, frente al

camarero, con la copa en la mano y el jersey de rayas de Claire puesto y remangado, en lo único que podía pensar era en dormir abrazado a alguien. El estar solo le recordaba el temor a las bombas y a las balas, el escalofrío de pensar que a cualquier radical con turbante se le podía ocurrir tomarlo como chantaje o vía de escape de esa guerra absurda y terminar siendo un vídeo de decapitación colgado en internet para mayor morbo del público internacional. No, le gustaba llegar a casa y que unas manos amigas lo ayudasen a desnudarse de su borrachera con unos mimos amantes y un:

—Pelayo, cielo, te estás quedando calvo.

Mientras doblaban la camisa para que no se arrugase al abandonarla en la silla del cuarto. Adoraba el calor de un cuerpo abrazado a su pecho, y parecía un sacrificio demasiado grande tener que echar un polvo para conseguirlo. Aunque en realidad eso nunca había sido un problema para él, era la primera vez que suponía un esfuerzo elegir a la chica que pareciese más dispuesta, camelarla con copas y vueltas en coche, marearla con halagos y chistes, engañarla con dulzuras para que fuese lo menos reacia posible, comerla hasta que solo quedase una piel usada derrumbada de placer en el asiento trasero del coche, en la cama de un hotel, en el sofá de su piso compartido. Ni siquiera Claire había sido un obstáculo en su momento, cualquier oportunidad era bien recibida para el placer inmediato y el rápido olvido, porque las manos amigas siempre esperaban en casa para decirle lo calvo que se estaba quedando con tanto disgusto. Pero ahora la casa estaba tan sola y tan fría que suponía un esfuerzo ingente tener que olvidar lo que se había jactado hasta hacía tan poco de carecer absolutamente de moral en ese sentido. Hubiese cambiado a Claire en su momento por cualquier otra sin pensárselo demasiado casi cada noche. La hubiese empeñado por un buen polvo con aquella bailarina de la discoteca que llevaba esos pantalones tan, pero tan, cortos, siempre y cuando hubiese estado seguro de poder recuperarla para poder usarla como objeto de transacción en otro momento en que le resultara necesaria. Sin embargo, se había acostumbrado a sus caricias consoladoras, a su convivencia casi invisible. Claire tenía ese algo de convención que suena a hogar, a reducto al que se puede volver cuando se está asustado. Era un poco más su madre que su novia chantajista y redonda, que no soportaba ver cómo salía con sus amigos y volvía tarde oliendo a perfume, pero que, en contra de protestar, acariciaba el pecho amplio y seguro, quitaba la ropa y a veces hasta evitaba mirar de frente un rastro de carmín ocioso que se había escapado al examen previo en el espejo del ascensor. La casa vacía y sola a pesar del cuerpo errante que columpia los pies al borde de la cama. Unos pies unidos a unas hermosas piernas doradas de sol de vacaciones en las playas españolas, unas piernas encajadas a un tronco unidireccional y perfecto, de curvas sinuosas y corrientes de río alrededor de montes esparcidos, un tronco agarrado a una cabeza hermosa y desprovista de contenciones, de calor, de humanidad. A Pelayo se le antoja que el cuerpo que ha estado explorando es un piso vacío, desvalido, cerrado, sin muebles. Un lugar que solo puede ocuparse en caso de

desesperación y por una sola noche. Un espacio que ocupará las pesadillas de otros días venideros, en los que las manos quizá acaricien la calva incipiente y sonrían como solo sonrían las manos que están acostumbradas a borrar los malos sueños de los niños. La cama está ocupada, pero la casa sigue siendo un desierto, una tienda de campaña montada apresuradamente en mitad de Irak, la tierra de *Las mil y una noches*, pero sin Sherezades que hagan pasar las horas como segundos hipnóticos, sin sueño y sin perdón. Toca el cuerpo ligado en discoteca sin muchas palabras, extranjera borracha y fácil, con la esperanza de encontrar en él ese calor que busca, esa palabra dulce extraída del pecho ajeno que acaba con el mal sueño de balas y lamentos y bombas y sorpresas nocturnas en forma de registro armado y con malas pulgas. Pero nada. El cuerpo es eso solo, un cuerpo, un agujero donde uno se mete para resguardarse del frío de fuera y solo encuentra oscuridad húmeda. No es nada más y quisiera que desapareciera, borrar las últimas horas de su vida, borrar a la chica que habla una especie de *frenchspanglish*, borrar los deseos de no pasar solo una noche más. No ama a Claire, pero amaba su cercanía, su comprensión, su absoluta y descorazonadora sorpresa al saberse despreciada por el hombre que decía quererla sin sentirlo.

—¿Puedo abrazarte? —pregunta.

La chica ríe y asiente. Dice algo que Pelayo no comprende, pero tampoco le importa. La abraza. Abraza el mármol helado de pies y piernas y tronco y cuello y cabeza, se aprieta contra ella, besa su pelo que huele a humo, albaricoque y yodo, y se duerme sintiendo que es una escopeta lo que abraza.

Aquí donde todo es tan sencillo como pedir un Bistec poco hecho y una copa de vino, aquí donde las palabras sobran porque nadie sonrío, nadie habla, todo es un pactado silencio de copas entrechocantes que no dicen que nos estamos ocultando de la grulla negra, de su graznido alargado y vacío, Agneta. Nos escondemos de nosotros mismos y de nuestra terrible noche. Nos ocultamos de la noche que somos. Héroe o asesino. A veces no puede elegirse y a veces es lo mismo. Somos ambas cosas todos los días todos los hombres. Son las dos partes de nuestra alma, indispensables, indivisibles, en constante lucha que a veces gana una y a veces la otra. A veces se vence a la grulla y a veces es la grulla la que te engulle a ti.

Fue Violet la que habló de la grulla por primera vez, con una voz tímida, como ajena, una voz que parecía venir de un pasado oscuro lleno de emociones y odio y gritos y dolor. Todos los dolores eran ella y yo no lo sabía. Que la noche fuese una grulla me pareció justo, incluso hermoso. Que la figura de una grulla resultase amenazante era algo que no entendí entonces, pero qué claro ahora, Agneta, qué claro cuando es la fragilidad la amenaza. El cuerpo grácil e indefenso de una grulla, teñido de negro y dorado, representa nuestras debilidades, la parte más oscura y maldita de lo que somos.

Birmania parecía el paraíso perfecto para pasar unas alegres vacaciones. Por supuesto, sin tener en cuenta su tipo de gobierno, ni la Nobel de la Paz enclaustrada en su casa desde hacía años por haber ganado unas elecciones. Pero para Takeshi y Midori la exploración turística de Birmania resultaba de lo más excitante, siempre dentro del cordón que delimita las rutas y la buena foto que se puede conservar sacando de ella al mendigo o a la prostituta. Era su quinto aniversario de bodas y llevaban planeando aquel viaje tanto tiempo que incluso se sintieron un tanto molestos al verse inmersos en una marea color azafrán que los arrastró durante un buen trecho calle abajo entre gritos reivindicativos y pacíficos que salían de pequeñas cabezas afeitadas. Los monjes, de alguna manera inexplicable, habían salido de su concha, de su paciente espiritualidad, para echarse a la calle, a esa calle sucia y empedrada, llena de gente pobre que inclinaba el rostro hacia el suelo al verlos pasar. Aquellos hombres representaban la cara de la vergüenza nacional. Colmar la paciencia de un monje budista es ciertamente más que complicado. Midori no quiso ni oír hablar del tema cuando llegaron al hotel. Takeshi pensó que aquella era una oportunidad única. Vivir Birmania de verdad. Tenía la sensación de estar inmerso en la historia. Ningún hombre puede resistirse a salir en un libro de historia. Y *menos* a poder decir «yo estuve allí».

—Va a armarse una buena, Takeshi, será mejor que nos marchemos.

—¿De qué me hablas? Hemos planeado este viaje durante meses y esto puede llegar a ser mucho mejor de lo que habíamos esperado. Vamos a vivir una revuelta popular que nuestros futuros hijos estudiarán en los libros.

—Quiero marcharme. No sé qué se te pasa por la cabeza en momentos como este. Si los monjes se han echado a la calle es porque la situación es insostenible y va a explotar por algún lado. No puedo parar de pensar en esa mujer...

Midori se refería a aquella delgada mujer pequeña a la que todo el mundo parecía haber olvidado, recluida en su casa desde hacía doce años. Takeshi pensó en la fotografía de los periódicos, esa mirada serena, esa sonrisa equilibrada, ese porte digno del que está defendiendo lo que es justo y será castigado por ello. Se preguntaba cómo estaría ahora, si seguiría siendo tan hermosa. Contaban las gentes que se escuchaba su piano en la cortante noche birmana como un símbolo de resistencia frente a la adversidad, de burla a un sistema caduco que había demostrado lo equivocado que estaba ante el mundo. Takeshi se preguntaba si la gente la recordaría como él la recordaba, si todos recibían una especie de descarga cuando rememoraban su voz alzada, su rostro luminoso y valiente, o si simplemente la habrían olvidado como se olvidan las cosas que suceden al otro lado de la pantalla del televisor. Él la recordaba, pero la recordaba porque le había parecido hermosa en su desafío, en su rostro siempre iluminado por una sonrisa, una sonrisa que ocultaba toda una denuncia, todas las denuncias. Le pareció injusta la posibilidad de que la gente se hubiese despreocupado de ella, la pequeña y valiente mujer del vestido

amarillo. Estaba convencido de que muchos ignoraban incluso que existía, que estaba encerrada en lo que de hogar había pasado a condena, con barrotes de penal en forma caprichosa de sofá o cama en la que el amor había existido hasta morir en la lejana Inglaterra.

—No es negociable, nos quedamos. Al menos yo me quedo.

El que los monjes budistas saliesen a la calle le parecía un anuncio de la grandeza del momento. Nada le podía excitar más que la posibilidad de vivir la represión posterior y poder denunciarla más tarde a la prensa. Lo haría de una forma que nadie pudiese olvidar cambiando de canal. Se imaginaba a sí mismo entrando a caballo en la casa de la mujer, tomándola de la cintura y sacándola de allí entre los gritos del populacho levantado en armas con forma de inocentes flores, el aplastamiento pacífico de la dictadura con monjes budistas recitando mantras al ritmo de una banda sonora imaginaria no muy acorde (Takeshi imaginaba la música de Pizzicato Five y, aunque le hubiese gustado algo más serio y triunfal del tipo *Carmina Burana*, nunca logró concordar sus imágenes mentales con la banda sonora deseada), el triunfo silencioso del vestido amarillo. La cara de Midori ante la tajante elección de su marido resultó acorde con las circunstancias, es decir, bastante pálida y contenida. Si algo se aprende en la convivencia es el momento en el que no se puede llevar la contraria al otro, el punto sin retomo en el que la decisión es inapelable.

—Eso quiere decir que no nos iremos hasta que nos echen, que nos echarán. Eres consciente de que nos echarán, ¿verdad?

—Sí, supongo que no querrán turistas aquí cuando vayan a tomar medidas contra los monjes.

Midori palideció por completo.

—¿Contra los monjes? Tú crees... ¿Serán capaces de...?

—Supongo, no sé hasta qué punto puede degenerar la barbarie humana.

—¿Y quieres ver cómo «toman medidas» contra hombres santos?

—No. Solo... solo quiero formar parte de los que gritan.

Cafeteras y grifos que son rejas de un penal, de una cárcel piadosa que es un hogar, pero igualmente una cárcel para un hermoso y sereno vestido amarillo cuyo piano hace un tiempo que ya no se escucha.

El piano es una forma concreta en mitad de la abstracción de las paredes tan conocidas y recorridas con la yema de los dedos una y otra vez. Es un objeto real en mitad de la locura que le ha tocado vivir, ese respirar aire reciclado del propio aire durante doce años de encierro por ser quien es, por demostrar que el pueblo no quiere la Junta Militar. El piano es su forma de hacer lo mismo que hacen los monjes en silencio, pero con música, su forma última de rebeldía. Pero el piano no sabe vivir de las caricias constantes y diarias de su dueña; quisiera, pero no sabe. Su madera necesitaría otros cuidados contra el clima terrible para los instrumentos que tiene ese

país, esa humedad sin fisuras, pesada, plomiza, que entra por los huecos que encuentra, que moja el alma de los humanos y las cuerdas del pobre instrumento polifónico que ya no sabe ser un símbolo de resistencia. Deja de sonar, muere en un lamento que estremece a la propia mujer de manos pequeñas y rostro piadoso que lo mira suplicante sin decir una palabra, pensando una plegaria, un no te mueras por favor porque eres un símbolo, no un objeto. Sin ti me pierdo en estas paredes que me tragan por días, cada vez más estrechas, más claustrofóbicas, cerrándose sobre sí mismas en un eterno y lento devenir en jaula. Eres el único objeto de las habitaciones que no se ha convertido en barrote. A través de ti mi alma llega a los campos, a las gentes. A través de tu voz grito yo, denuncio el estado de las cosas. No ha pasado ni un solo día en el que no me ponga flores en el pelo para tocarte porque a través de ti sigo siendo hermosa, sigo teniendo poder. Vivo, mis manos viven sobre ti, vuelan sobre ti. Arrancas tú a través de mis manos la voz ronca de mis melodías interiores, de la denuncia que represento. Sin ti soy una mujer pequeña encerrada. Contigo sigo teniendo voz. Sigo gritando.

La mujer ignora el paso firme de los hombres santos por las calles, ignora el llanto de sus espíritus elevados, su caminar leve y decidido. Todo tiene un límite, un punto en el que la mayor fortaleza se quiebra. En un momento tan importante como este, esta gran mujer pequeña solo puede pensar en que su piano se muere.

Violeta dice que tiene miedo a la noche. Que la Noche es como una gran grulla negra que abre el pico en un horrendo graznido que se traga la luz. Que la crueldad, la ceguera más absoluta y abyecta, llega con la grulla. El asesino que está oculto en todos nosotros toma el poder por un tiempo que podría bastar. Ella no comprende que la nocturnidad sea un agravante en los crímenes.

—Debería ser un atenuante. Somos más vulnerables durante el reinado de la grulla.

En este recuerdo estamos sentados de frente ella y yo, y ella habla de cosas que parecen fragmentos de palabras huecas en las que un dolor concreto se convierte en cualquier dolor y un pequeño acto de bondad se transforma en todas las heroicidades y salvaciones pequeñas y particulares. Así una mujer violada en el cuerno de África se convertía por arte de magia en todas las mujeres violadas y vejadas sexualmente a lo largo de los siglos. Y aquel transeúnte que se ha convertido en improvisado enfermero o bombero ante una desgracia es todos los héroes a los que admiramos. Y la grulla, la noche, es un espejo de nuestra noche interior, del lado oscuro que a veces nos devora y hace que tratemos mal a nuestra madre, que nos colemos en la fila para sacar un billete de tren, que no respetemos las señales de tráfico o a los ancianos que tratan de mantenerse en pie en los vagones del metro. Ese chico amable que cede su asiento es Gandhi, es Mandela, es Martin Luther King.

Ella decía eso con su voz diminuta de tarta de lima y parecía que su voz era la

única voz.

—La universalidad de los gestos —decía ella.

—*Basquiii luotio mezcalesti* —respondía Takeshi.

La grulla negra. Yo miraba al cielo entre sus palabras y observaba que en la Plaza nunca se hacía de noche. El cielo siempre tenía ese tono anaranjado de atardecer eterno, inamovible. Solo cuando alguien iba a cruzarla para venir a nuestra mesa se tornaba azul, de un azul brillante que representaba el amor, según Basil. Mi amigo, como si me hubiese leído la mente, sugirió que quizá en la Plaza nunca se hacía de noche porque en ella nunca se cometía un crimen. Me miró con sus ojos azules y fijos, sus ojos que tanto me habían acompañado en todos estos años en los que él venía de Irlanda y luego de Londres y yo cambiaba de ubicación dentro de España o me movía por Europa por asuntos de trabajo cuando hacía traducción simultánea. Sentí que lo estaba traicionando de alguna manera. Que mi pensamiento lo traicionaba a través del deseo. Y eso era un crimen, era un crimen pensar en el cuello blanco de Violeta, en sus palabras de caramelo, en sus manos pequeñas y ágiles que movía con contundencia cuando decía algo importante, en su blusa de rayas con el nombre bordado, una blusa anticuada cuyos botones creía que podría desabrochar a través de mi deseo, solo deseándolo lo bastante. Miré de nuevo al cielo. Pensé que lo oscurecería a través de las relaciones que establecía entre los diarios rusos que estaba traduciendo y Violet la fragante, Violet la diminuta, Violet la novia de Basil. Deseaba a la mujer rusa por frágil y poderosa, porque le rompieron su poder de palabra y la convirtieron en mártir. De alguna forma oscura, en las noches febriles de notas al margen y *post-it* pegados en la pantalla del ordenador, imaginaba sus palabras pronunciadas por Violeta, por su voz de lima entre ácida y refrescante, y he de confesar que me excitaba de una forma enfermiza la posibilidad de abrazarla, romperla, agredirla. Siempre y cuando ella estuviese hablando en ruso, claro.

La noche se convirtió en una amenaza terrible, porque en ella llegaban los gritos ajenos y los lamentos no escuchados, las súplicas y las amenazas, y el sentirse fuerte ante todo aquello, el olor a carne quemada, los empalados cayendo sobre su tumba afilada por su propio peso con un dolor inimaginable, el peso de la espada, las mujeres llorando, esa que le escupe en la cara despertando la ira de la bestia, el asesino que despierta con la grulla, gritando en mitad del cuarto que huele a sexo y Violet con una voz que no parece la suya, que sale de encima del estómago y llena las paredes, la cama, reverbera, vuelve hacia él y le entra por la nariz y la boca abierta asfixiándolo de grito mientras las manos de ella, pequeñas, dulces, blancas, lo recuestan contra su pecho, lo tranquilizan, le dicen que solo ha sido una pesadilla, Basil, solo una pesadilla, ven, tranquilízate, sin saber que es más real la pesadilla que el cuarto fresco y enmoquetado, más real que la lluvia exterior, más real que el abrazo y la calma. Ella no sabe que, aunque ahora lo abraza, hace tan solo unos segundos, o

quién sabe si hace unos cientos de años, le escupía en la cara, le insultaba desde su cuerpo frágil y su desventaja. No sabe que murió clavada contra las tablas del suelo por una espada que a él le pesaba en las manos. La culpabilidad lo ahoga más que la pesadilla, se levanta, se dirige mareado al baño. Enciende la luz. El espejo le devuelve un rostro que no es el suyo, sino que se alarga hasta acabar en una barba espesa y negra, tan negra como los ojos que le sonrían burlones en vez de los azules y templados. Asustado, da un paso atrás, resbala, cae contra el borde de la bañera. La sangre caliente termina de despertarlo. Violet está de pie en la puerta, descalza, con una camisa puesta. La observa acercarse como a cámara lenta, aunque es consciente de su premura por el gesto de preocupación. El cuerpo de ella huele a él. Basil se recrea en este descubrimiento grato porque no escucha su voz fresca y asustada. No ve muy bien, pero dice que no importa, que ya ha pasado todo, que va a acostarse. Violet trata de frenarlo, de ponerle algo encima, va a necesitar unos puntos en ese golpe, se acercarán al hospital, está ahí al lado. No comprende por qué él la abraza y la besa, manchándole de sangre el pelo, por qué le dice que vale, como un cordero, por qué ya en el coche la mira como desde unos ojos ajenos, absortos, llenos de un deseo animal que ella no le conoce, de un odio visceral, mezclado con asco y con lujuria, unos ojos de maníaco que ya no son azules, sino negros como la noche por la que ella conduce intentando escapar al escalofrío, a la sensación de reconocer esos ojos en otro rostro perdido en el recuerdo o en las pesadillas infantiles, cuando mamá venía apresurada a meterla en su cama con cara de consternación.

Aquella tarde Violeta apareció sin Basil en la Plaza. Había estado llorando, aunque su orgullo no le permitía admitirlo. Cuando llegó arrastraba sus piecitos diminutos por la tierra. Yo estaba solo. Incluso había empezado a leer un periódico abandonado porque pensé que nadie más vendría a sentarse conmigo. Pero llegó ella, como una aparición destemplada, sacándome de un sueño húmedo en el que la mujer rusa se abría el pecho con un cincel. No dijo nada, se sentó a mi lado con los ojos bajos y suspiró. Le pedí un mezcal en el más respetuoso de los silencios.

—Basil me da miedo —susurró de repente.

Y parecía, más que una confidencia, una forma de decírselo a sí misma, lo que provocó en mí una mezcla de desorientación —Basil nunca le haría daño a Violet, ni a ella ni a nadie, hubiese llorado por una hormiga pisada por accidente— y esperanza. Quizá en el fondo, una paranoia absurda, un miedo insignificante, pudiese dirigir los pasos de Violet a mis brazos, y eso era un giro desconcertante y grato de los acontecimientos. Mi lealtad de amigo me empujaba a desmentir ese miedo que, a juzgar por su rostro, aumentaba segundo a segundo mientras rememoraba la pesadilla, el golpe con la bañera, los ojos de Basil. Sin embargo, mi deseo se centraba en aumentar ese pánico, estúpido a mi modo de ver, cualquiera que conociese mínimamente a Basil se hubiese percatado de que bajo ningún concepto tendría una

reacción violenta por voluntad propia.

—La violencia es el último recurso de los necios —solía decir.

Y así se lo hice ver a ella, porque en el fondo mi concepto de amistad pesaba lo suficiente como para hacerlo. Pero entonces levantó sus ojos violetas hacia mí, unos ojos anegados en lágrimas de desesperación, y todo mi mundo anterior se vino abajo.

—¿Tú crees? Cuando volvíamos del hospital, en el coche, al ir a cambiar de marcha me agarró la muñeca y dijo, con una voz terriblemente familiar, pero que no era la suya: «Algún día te haré daño, mucho daño».

Mi corazón se paró, estoy absolutamente seguro de que lo hizo. La abracé con mi corazón parado, las manos frías de desconcierto, la apreté contra mí compartiendo su terror. Violeta, la mujer víctima, la perfecta víctima, ¿sería finalmente herida por Basil? Imposible. Pero ese cambio de voz, de actitud, de color de ojos, ¿a qué podían responder? Hice lo peor que podía hacer: olí su pelo. Me quedé así, oliendo su pelo hasta que la respiración me falló y tuve que soltarla.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Claro. No te preocupes. Basil jamás te haría daño. El golpe en la cabeza le afectaría, nada más.

—Antonio, ¿te pasa algo?

—No. Solo que si intentase hacerte daño, yo... yo...

¿Tú qué, Antonio? Tú eres el primero que querrías agarrar sus pequeños miembros y descoyuntarlos. Violeta tenía ese algo que incitaba al instinto más animal y peligroso, el desafío que supone la ausencia de defensa, la inocencia más absurda. Quizá Basil también sentía ese deseo inquebrantable de partirla. Pero no, Basil no, imposible.

Me encontré a mí mismo apretándola contra mí, buscándole la boca que llegó hasta mis labios húmeda, no sé si de saliva o de lágrimas, y luego apartándome con brusquedad para buscar sus ojos, que no comprendían o no querían comprender.

—Esto no puede ser —dijo con una voz tan firme que no parecía suya.

—Lo sé, no sé qué me ha pasado —mentí yo casi sin querer.

Pero sí sabía. Claro que sabía. Había estado cristalizando ese beso en horas de traducción de fragmentos, de romperme la cabeza para encontrar la palabra exacta, la que más se correspondiese con la original en ruso para ser fiel a su desafío y su denuncia, para no faltar a la mujer muerta, asesinada por haber cabreado a las personas inoportunas, al universo totalitario en el que el mundo no ha dejado de convertirse desde que el hombre es hombre. Claro que sabía. Había transformado mi frustración en Violeta como si Violeta fuese esa mujer, como si me molestase a mí, cuando estaba tan de acuerdo con sus palabras, con el significado de su dedo señalador sin vacilación. El odio hacia los que hicieron aquello, hacia los que la mandaron matar, me había transformado en un lobo que huele sangre. Me traicionaba a mí mismo, no a Basil. Basil tan solo tenía pesadillas. Yo le buscaba la boca a Violeta como quien se alimenta de una herida abierta.

—Soy un buitre —dije en voz alta.

Ella me pasó la mano por la cara con afecto.

—No, solo estás confuso. No te preocupes.

Su comprensión se transformó en una bala que traspasó mi estómago. Bebí mi mezcal esperando una muerte lenta y dolorosa por exanguinación.

La rata consigue, a ratos, alimentarse tras hacer el laberinto. La pregunta es si ella recuerda el recorrido, si lo hace por inercia o si, por el contrario, un mapa mental que representa las ubicaciones de los pasillos recorridos y por recorrer la conduce hasta el premio. Israel está estudiando esto colocando a Lambrakis en diferentes laberintos, itinerarios que nunca antes ha hecho, para comprobar si también los soluciona con más o menos dificultad. Cuando Lambrakis se queda atrapada contra una pared, indefensa, desorientada y hambrienta, un escalofrío de triunfo le recorre la espalda. Cuando toma el camino adecuado, dos, tres calles del laberinto, el desaliento lo agota. Pero no, Lambrakis solo consigue el premio en dos de diez itinerarios nuevos. Los antiguos, los que aprendió cuando tenía la memoria completa, los hace con la facilidad de la costumbre, sin errar ni una sola vez. Lambrakis recuerda. Pero resulta curioso que los ocho laberintos de diez que no logra completar sean también los ocho que ninguna rata ha hecho antes. Lambrakis los completa cuando alguna otra rata ha sido capaz de aprenderse el recorrido. Pero no sigue una pauta. No importa si la otra rata también pertenece a las de la memoria dañada o si es del grupo de control. Maldita sea, esto no tiene ningún sentido.

La pila de hojas amarillas en la que los resultados se van acumulando aumenta de día a día. Tiene esa sensación inequívoca del que está a punto de hacer un gran descubrimiento, algo que va a cambiar el rumbo de las cosas. Sin embargo, siente que no avanza. Es curioso cómo el cuerpo se adelanta a los acontecimientos. El estómago se cierra, el agotamiento logra a duras penas dormirte, la premonición se agarra a los miembros como si este estadio, anterior al descubrimiento, a lo relevante, se fuese a romper en cualquier momento dando por resultado la explosión del recorrido hasta el premio, la relajación de la tensión, el agotamiento que da el triunfo. Israel se encuentra en ese estado cuando, con el café, lee en el periódico de la mañana que empiezan a detener a los dirigentes del otro holocausto, el camboyano. Le llama la atención que nunca se hable de los muertos propios en los periódicos americanos. No parece haber víctimas en las guerras grandes o pequeñas en las que están incluidos los Estados. Sin embargo, la costumbre de resarcirse de los muertos ajenos está tan presente en los noticiarios como en el cine. Israel piensa en Pelayo, piensa en la guerra que los medios sostienen con los gobiernos. El fin es informar, pero informar, ¿de qué? Parece obvio que la verdad es algo que nunca está presente en los informativos, solo las verdades a medias. Una misma noticia, en diarios diferentes, es anunciada con titulares que no parecen corresponder a la misma cosa. Y así con todo.

Se le da a la gente lo que quiere comer, ya sean liberales o conservadores. Pocos hay que se compren un periódico de la tendencia opuesta para saber qué piensa el contrincante electoral. Pocos americanos hay que quieran saber de muertos más allá de la última película de Steven Seagal. Pelayo tenía razón, la publicidad es poder, todas las guerras son holocaustos de mayor o menor calado, y eso último no depende del número real de muertos, sino de que sus nombres, caras o historias salgan en los periódicos o en los libros. Piensa en Camboya. Curioso que ahora se empiecen a pedir cuentas. Ashley Judd fue hace un par de años allí, a ver el museo del terror. No nos enseñaron nada de lo que ella vio en el reportaje, pero vimos su rostro arbolado, su náusea contenida, sus lágrimas al decir que aquello era horrible, sencillamente horrible, cuando salió por la puerta. Pobre mujer. Ningún medio de comunicación la había preparado para lo que allí había sucedido en realidad. Los medios americanos son edulcorados, cuentan lo que se espera oír, no la verdad. Al verlo tan de cerca, al sentir que aquello había sucedido a gente normal que unos días antes paseaba sin problemas, se levantaba a trabajar, comía, dormía, su mente casi se colapsa. Nunca preparan a la gente para la realidad. Es más cómodo pensar que todo ocurre tal y como te lo narran. La memoria es lo único que puede hacer que la historia no se repita. En Camboya se mataba a la gente a palos, eso no es mejor que las cámaras de gas de los campos nazis. En toda guerra civil (incluso las que no son consideradas como tales), el vecino denuncia al de enfrente, se matan los hermanos, se dispara el odio al que es diferente, la desconfianza a lo que hasta entonces se consideraba hasta normal y conocido. Israel piensa que, algún día, el desarrollo de sus estudios hará que todo el mundo pueda tener la película completa en mente, que la historia no se repita en ninguna parte porque todos sean capaces de aprender de su memoria, de la memoria del abuelo o del tatarabuelo de un señor que no han visto en su vida. Un mapa histórico mental de las consecuencias, sin azúcar a lo Mary Poppins que pueda hacer tragar con mayor facilidad la píldora de la barbarie humana.

Basil hacía como que no había sucedido nada, o Quizá para él nada había sucedido. Violeta lo miraba como se mira a una posible amenaza, aunque al mismo tiempo en su corazón sabía, tenía la absoluta certeza de que Basil nunca le haría daño. Volvía de la Plaza, pero eso era algo que había que ocultar al Basil que, de buen humor, bromeaba sobre su torpeza y su caída. No recordaba nada después del golpe, o su mente había decidido no recordar. Violeta viene del ensayo, por supuesto del ensayo, mañana estrenan *El pájaro de fuego* y hay mucho que ensayar. Pero no dice que al volver se ha encontrado con Antonio en la Plaza y que Antonio la ha besado. Y no se lo cuenta al animado Basil, que se presta a hacerle una apetitosa cena con cosillas que ha ido a comprar esta mañana (no ha ido a clase por lo del golpe), más que por el beso, por lo que siente cerca de Antonio. Violeta percibe en Antonio un peligro y a la vez se siente atraída por él, por su flemático porte un poco bohemio, un

poco descuidado y también elegante sin pretensiones. Y no es una de esas sensaciones que se mezclan con otras dando por resultado una excitación ante el peligro o una amenaza ante la atracción, no, son dos cosas completas en sí mismas, absolutamente diferenciadas y totales. Por un lado está el miedo que siente cuando está cerca de Antonio, un miedo abstracto, como de instinto ante una catástrofe inminente. Esos ojos negros y profundos, grandes como pozos inexpresivos, con un deje de crueldad en las comisuras de las pestañas como restos lacrimosos de violencia no consumada, son casi los ojos de una bestia hambrienta que ha descubierto un pájaro con un ala rota. Pero por otro lado están las manos delicadas, como de mujer, de dedos suaves y acogedores, dedos atractivos de intelectual, de traductor eterno aspirante a literato, sin callos ni asperezas, manos de niño inocente. Y el pelo fuerte y brillante, negro, abundante, un pelo que se volverá plateado como el de los porteños de las películas y no blanco como el de los rubios, un pelo que nunca escapará de esa cabecita pensadora y pequeña en relación con la altura, pero no en relación con los hombros estrechos, femeninos casi. Son dos sensaciones perfectas, redondas: el atractivo indiscutible del español y la amenaza que representa esa sardónica ironía suya, esos ojos escrutadores, esa deferencia casi bestial hacia prácticamente todo excepto su trabajo en ese libro del que apenas habla, pero en el que piensa todo el tiempo, porque se le pone esa cara cuando lo hace. *La cara de Rusia*, la llamaba Violeta. Sonríe a Basil que anuncia, como quien invita a una fiesta de la alta sociedad británica, que ha comprado aceite de oliva.

Basil no tiene dobleces. De no ser por el sueño y el golpe y la amenaza en el coche, se podría decir que es un libro abierto. En comparación con él, Antonio parece una obra de arte en origami. La mirada de Basil es franca y directa, muy abierta y azul, de un azul intenso y frío que contrasta con la calidez de su forma almendrada y amplia, esa forma de ojos que siempre se dibuja cuando se dibuja un ojo. El pelo es rubio, abundante y frágil, como el de los bebés, y también como la de los bebés es la piel blanca y transparente, salpicada de lunares de color chocolate con leche, algunos del tamaño de granos de café. Las manos son inexpresivas y un poco rígidas quizá, de palmas amplias y dedos delgados y largos, manos célticas de antepasados labradores, unas manos sin embargo capaces de la caricia más precisa y delicada dentro de su rigidez general. Tiene Basil un cuerpo irlandés no muy alto, de cavidad torácica adecuada para albergar un corazón de veinte kilos y piernas largas, fuertes y flacas en comparación, que directamente salen de la espalda sin dejar espacio a la cintura. Donde Antonio resulta inestable, frágil casi, Basil es un muro, consistente, inalterable. Si se sostuviese en una sola pierna y todos los hombres de la Plaza se pusiesen a empujarlo, no lo conseguirían tumbar. Por eso quizá ambos se aprecian por encima de lo que aprecian a los demás, quizá por eso son amigos independientemente de la Plaza y sus consecuencias. Son tan diferentes como la noche y el día.

La Plaza es un semicírculo de piedra y tierra casi cerrado por edificios de color blanco, aparentemente incongruentes, compuestos por escaleras flotantes que no desembocan en ninguna parte, balaustradas absurdas, cariátides de las que asoma algún gato perdido o una enredadera valiente, columnas que no sostienen nada con volutas, arquivoltas, ladrillo pintado, mármol, balcones invertidos, figuras de santos, dioses griegos y ancianos no reconocibles, una pintada de Kali sosteniendo en sus brazos peces y panes, un buda regordete jugando al *mahjong* con una zarza ardiente, versículos del Corán en bajorrelieve junto a posturas del Kamasutra divertidas e imposibles y un montón de otras cosas innumerables que dan a las construcciones el aspecto de ser obra de un arquitecto esquizofrénico con demasiado dinero para gastar. De los arcos donde deberían estar las puertas suelen salir unos camareros de diversas razas con caras inexpresivas y ojos transparentes sin pupila que sirven mezcal a las mesas de las terrazas de sillas metálicas viejas y ruidosas donde la gente conversa, fuma y bebe. Las entradas parecen grietas, heridas en los edificios imposibles vomitados de estilos arquitectónicos de diversas épocas. Todo es a la vez viejo, sucio, pulcro y aséptico, como un sueño en el que todo se tergiversa para dar cosas que no podrían ser reales. Y a pesar de todo, nunca habíamos entrado en ninguna de las casas, casas que luego resultaron ser cambiantes, como bien sabes tú también.

Una palabra más, un grito, y todo acabará con la inconsciencia, el golpe definitivo mal dado que terminará por asustar al golpeante, por poner esa cara de contrariedad en su cara rubia y bonita, como de niño aplicado de mirada gélida y gris. Un golpe más, solo uno, para perder el conocimiento y que todo termine, para que la madre quede en el suelo como muerta sin estarlo, aunque sí lo está, lleva muchos años muerta sin quererlo, sin saberlo, pensando apenas en la inercia de los días cortantes, como si se llenasen los pulmones de cristales al respirar y fuese difícil llevarle la contraria al marido, no ser una de esas estadísticas de muertas. El pelo rizado y negro se desparrama por fin por la cocina, terminan los gritos y se convierten en un oblongo silencio, en una ausencia de expresión en todo, donde el azucarero al que le falta azúcar es una amenaza, la silla tumbada un símbolo, la mano que ya no baja inexorable a golpear, una espada. La niña se asoma por la puerta entreabierta con un temor anciano, un temblor que nace de la columna vertebral y se vierte por los músculos entumecidos de apretarse los unos contra los otros. Sus ojos pequeños y negros observan a su madre mulata yacer en el suelo frío y a su padre-monstruo arrepentido junto a ella, llorando casi, llamándola bajito por su nombre, diciendo que será la última vez, que lo promete, pero que abra los ojos, que los abra de una maldita vez, y al final la súplica se convierte en patada a la silla que hasta hace unos segundos estaba tranquilamente tumbada en el suelo junto a la madre. La niña no tiene miedo

de que su madre no vuelva a abrir los ojos. Tiene miedo de que entonces la ira de su padre-monstruo se vuelva contra ella. Se pregunta qué habrá podido ser esta vez. ¿Se le habrá olvidado comprar azúcar?, ¿la bombilla de la cocina será de 60 y la habrá comprado de 40?, ¿se habrá puesto una blusa demasiado escotada o sencillamente mal abrochada? No importa, cualquier cosa puede ser. Lo mismo que ayer no molestaba al padre-monstruo o hasta le podía parecer bien, hoy con irrepentible incongruencia le parece causa suficiente y justificable para una paliza. Eso es lo que provoca el sobresalto y la angustia cuando la llave en la puerta, esas preguntas, ¿qué será hoy?, ¿será algo?, fingir lo mejor posible que se está haciendo cualquier cosa útil, o sencillamente lo que se debería estar haciendo a esas horas. Con los años Agneta sabrá que eso que le pasaba a su madre e incluso a ella se llama indefensión aprendida, sin embargo ahora no, ahora tiene diez años y contiene la respiración porque su madre tarda demasiado en volver en sí.

Una vez la madre-víctima reunió el valor suficiente para huir en mitad de la noche, para alejarse del padre-monstruo. Agneta recuerda esa época como la más feliz, la más tranquila. Quizá es por eso que ahora huye en un bucle infinito. Pero él las localizó y ella volvió con la cabeza gacha, completamente arrepentida de Dios sabe qué, a su jaula de cristal transparente con las salidas tan a la vista que le era del todo imposible verlas. Y claro, desde entonces la selva a la noche, con su humedad virgen asfixiando el cuerpo que cada vez está más formado, más deseable e incompleto, claro, toda la culpa la tienes tú, maldita mujer, solo has sido capaz de darme una hija y con una tara, le falta una mano a esta hija tuya que a saber si también es mía, una mano, cuando en mi familia nunca ha pasado nada semejante. Y la madre-víctima, vaciada por dentro de complicación en el parto único, perdiendo su belleza por días, descuidando su aspecto de brasileña brillante que un día, por error, se enamoró de un turista alemán. Ahora abre los ojos y es lo único que ve, su rostro arrepentido por los golpes dados, su súplica de amor y de posesión, de carcelero que luego llora las heridas que él mismo ha causado. Volverán los ramos de lilas y la paz a la casa, los besos y el amor de antes, refrescado por la convalecencia y el arrepentimiento, volverá la tranquilidad inestable, y las caricias antes de ir al trabajo hasta, claro está, que la madre-víctima olvide echar sal en alguna comida.

—¿Tu padre mató a tu madre? —pregunta Violeta con un estremecimiento apenas visible que Basil aplaca con una caricia en la nuca.

—Podría decirse —contesta Agneta expulsando con armonía el humo de su cigarro francés sin filtro.

El padre-monstruo se murió de repente de una enfermedad que no tuvo la decencia de anunciarse. Duró hospitalizado dos semanas en las que el cuerpo se le fue quedando chiquitito y desinflado. Dos semanas de llantos de la madre-víctima, que parecía querer irse con él a la tumba. Alguna especie de síndrome no definido de

amor por el torturador.

—Se ha estudiado el caso en gente que fue torturada, la verdad —dice Israel—. Gente que acababa defendiendo en los juicios a sus secuestradores o torturadores. Por no hablar de casos como el de Patricia Hearts.

El caso es que, después del entierro, le encontraron un cáncer a la madre-víctima, muy avanzado, con metástasis en sitios que no parecían reales, o que por lo menos a Agneta le parecían poco más o menos el dibujo de un mapa de carreteras en las explicaciones del médico. Duró seis meses más, seis meses que se tiró llorando, perdiendo las ganas de luchar si alguna vez las tuvo.

—Me gusta decir que mi madre se murió de amor. Eso le digo a la gente, aunque a vosotros no tengo por qué engañaros. Mi padre consiguió por fin llevársela a la tumba. La fue envenenando durante años, alimentando ese cáncer que, de seguro, era él mismo, su semilla, su mal hacer. Y le quitó el modo de defenderse, mató su espíritu luchador hasta el punto de no querer vivir sin el que la estaba matando. Cuando se vio libre se murió sin más, como los pájaros que crías en jaulas y que luego no saben sobrevivir el día que se escapan.

Tengo que confesarte que tu relato me sorprendió por lo frío, por lo medido de tus palabras rigurosas, absolutamente precisas, desangeladas, protegidas por un viento de años y recorridos infinitos, mi pequeña trotamundos del trasero glorioso. Me sentía mal por lo del beso a Violeta. Apenas la miraba en aquella tarde de Plaza en la que el mezcal se mezclaba con tu infancia con una naturalidad asombrosa. Ella parecía una muñeca, algo más rígida que de costumbre, pero muy digna, permitiendo que Basil introdujese los dedos en su pelo con un amor que iba más allá de lo conocido por mí. Ella lo temía, pero ponía por encima su confianza ciega en él y se dejaba mecer por sus manos ajadas por el frío que debía de hacer en Londres en aquellas fechas. La miré y ella me miró, me sostuvo la mirada con una fijeza invariable, ni tan siquiera su pupila vibraba por la emoción de aquel beso, aunque tampoco había reproche en aquellos ojos. ¿Y deseo? ¿Había ya deseo en ella? ¿Lo hubo alguna vez? Fuera lo que fuese, por encima de todo aquello estaba Basil, y la confianza que ella estaba depositando en que él jamás la dañaría. Me dejé llevar por la derrota y te miré a ti, Agneta, a ti que depositabas en tu caída de pestañas un mensaje de coquetería de inmenso valor para mí, que me estaba quedando sin nada a lo que agarrarme. Te puse la mano en el muslo, te miré con los ojos más inocentes que pude fingir y te sonreí. Disfruté viendo cómo te estremecías, cómo algo parecido a una húmeda selva se apoderaba de tu mirada y te emborronaba los gestos. Fui a acariciar tu mano por debajo de la mesa y de nuevo, o no, por primera vez, desapareció entre mis dedos para reaparecer más tarde jugueteando con un mechón de tu pelo rubio de mestiza. Tres minutos más tarde habíamos decidido entrar, tú y yo, en una de las edificaciones de la Ciudad, una que tenía la palabra *hostal* en bajorrelieve, tatuada sobre la falsa

puerta-arco de medio punto.

La llave grande, hueca y dorada, colgaba del otro lado de una cuerdecita desde un ojo en forma de corazón. Miré hacia arriba. Habíamos traspasado un arco sin puerta que daba a una especie de rellano de mármol blanco. En él solo había una escalera que daba al segundo piso con unos pasamanos de los que colgaban enredaderas y la puerta de la supuesta habitación a la derecha. El techo, altísimo, estaba decorado con relieves en forma de ángeles con la lengua fuera, Inmaculadas de rostros pacíficos y manos juntas, buzos con escafandra, Venus de pechos desnudos recostadas en *triclinia* comiendo uvas y barbudos desconfiados de barbas importantes y dedos gruesos que lo mismo podían representar al Dios cristiano que a Zeus que a Moisés que a Poseidón que a Valle-Inclán sin gafas. La llave giró en su cerradura y lo que nos esperaba dentro era aún más sorprendente. El tipo de ojos transparentes sin pupila nos cedió el paso y dijo con una voz metálica y profunda que debíamos devolver la llave antes de irnos.

En el suelo giratorio de madera bicolor de la entrada cuadrada estaba trazada una rosa de los vientos de tamaño incalculable, porque la vivienda por dentro era muchísimo mayor que lo que parecía por fuera. Me fijé en que, a bote pronto, la «habitación» tenía tres alturas a las que se accedía desde ese *hall*, que parecía el eje alrededor del cual todo giraba lenta y constantemente. Al pasar, te hallabas directamente en la planta central, de tal forma que te quedaba una por encima y otra por debajo. Me di cuenta de que todo en la casa cambiante tenía un valor dentro de una escala, y de que todo era equidistante de tal forma que, si te situabas en el centro de la rosa de los vientos, te encontrabas en mitad de un enorme cubo que funcionaba con la precisión y la constancia de la maquinaria de un reloj que no necesitase pilas o cuerda. Los objetos, los muebles, incluso los pisos, seguían un ritmo constante, aprendible, relativamente sencillo, en el que todo, absolutamente todo, giraba sobre sí mismo. El hostel se llamaba Magnífico, según nos había dicho el tipo de la voz metálica.

—Aquí todo se mueve —nos comentó al entregarnos la llave—. Todo, las habitaciones, los muebles, siguen un recorrido que completan cada cierto tiempo. La casa solo es la misma dos veces al día cuando, en su lento rotar, coinciden todas las partes en una postura original.

Desde luego me pareció ciencia ficción cuando se lo oí decir, pero al verlo... al verlo casi me desmayo. Era cierto, todo en aquel sitio se movía. Ardía en deseos de darme la vuelta y salir de nuevo, preguntarle a aquel tipo si todos los edificios de la Plaza eran así por dentro, si todos giraban sobre sí mismos. Pero me detuviste.

—¿Por qué estamos aquí, Antonio?

—No lo sé, necesitaba salir de las terrazas, ver cómo era todo esto desde una nueva perspectiva.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no dices eso directamente? Es por si obtienes un no, ¿verdad? Mira, ambos somos parecidos, huimos de cosas distintas, pero huimos. Quizá es el momento de compartir la huida.

En el cuarto rotante del hostel Magnífico de la Plaza, suena *Semilla Negra* cantada por Leonor Waitling, una versión de la vieja canción de Radio Futura que Agneta no conoce y que Antonio tararea distraído mientras el humo espeso de marihuana huye de su boca como el valor que le ha hecho llegar hasta allí, al desnudo, al absurdo. Es curioso que Agneta, que desconoce por completo el español, pueda entender una sola frase de todo el conjunto, *por la noche estaré sola en la selva, qué gran verdad*. Pareciera que esto es una respuesta, una conclusión, el hecho de salir de la terraza por primera vez y acabar en cuerpos resbaladizos. Pero no, resulta más bien una nueva forma de hacer preguntas, un barro distinto con el que modelar surrealismos. Tiene la intuición, no del todo disparatada, de que esto es un planteamiento nuevo para la batalla, una forma de hacer la guerra a través del amor que a Agneta se le escapa. La guerra, ¿contra quién? Parece obvio que contra ella no. Ella estaba allí, era el arma, el instrumento. ¿Entonces? Entonces sola en la selva, y la marihuana que pasa de una mano a la otra. Era suya, de Ámsterdam, un pequeño viajecito hace una semana con unos amigos de Colonia, bien, y ahora sirve para relajar una tensión que se traduce en silencio, en si podría amar a Antonio hasta que el miedo llegase. Pero cómo huir entonces de la Plaza. Supone que sí, que podría amarlo, se siente un poco madre a su lado, un poco protectora y un poco animal que lame con deleite a la cría que no sabe caminar, ahora te empuja un poco con el hocico, Antonio, ahora un beso casi verde de hierba y una risa por parte de ella que siempre está riendo, tan fuerte en todo lo demás, con esa presencia tan contundente, tan desafiante, y luego tan dulce en la cama, tan cuidadora extrema, tan mami dame un beso que me he raspado la rodilla, y más y más hecho dulzuras y lametones y buscarse en las ausencias mutuas; pero ¿ausencias?, ¿seguro que ausencias? Bueno y sí y no y a veces, una batalla es siempre una batalla, es siempre una ausencia en mayor o menor medida. Y esta acaba de plantearse.

—Niña... —dice él.

—No me llames niña.

—¿Puedo llamarte pequeña?

—Muchísimo menos, Antonio. No me llames nada que quisieras llamarle a ella.

En ocasiones, el músculo genital y el del corazón sufren de una asincronía admirable. De una absoluta falta de comunicación. No en tu caso, nunca en tu caso, Agneta. Para ti, el sexo es una forma de hablarse sin hablar que va mucho más allá del mismo placer para tocar tu otro músculo, el que te llena de sangre y te permite

seguir viviendo. Así, te es imposible hacer el amor sin amar y amar sin hacer el amor. Por lo que nunca estaré seguro por completo de si me amaste a partir de la habitación cambiante o si, por el contrario, me amabas ya y solo expresaste lo que sentías en carne y lengua y pelo escurridizo rodando por mi pecho. Sin embargo yo pensaba en ella. Y tú sabías, de una forma que no comprendo, que pensaba en ella.

—El sexo dice mucho más de lo que uno piensa —decías—. El sexo comunica lo que uno es, lo que uno siente, lo que uno teme. Así soy capaz de escuchar lo que no quieres decir, lo que sientes por debajo de la piel que acaricio. No estás aquí, estás en otra parte, mucho más allá. Tu cuerpo sigue tocándome, pero tu mente y tu corazón se han quedado en la Plaza, en una de las terrazas, mirando a Violeta y bebiendo mezcal. No es que me importe, la verdad. Puedo amarte por los dos.

Y en cierto modo eso hiciste, siempre hiciste eso. Aún hoy, cuando el desastre se ha cernido sobre nosotros y todas las batallas han sido un fracaso estrepitoso, pareces la única vencedora de esta guerra, comiéndote tu filete sin más, mirándome y sintiendo que este es tu lugar en el mundo. Sin preguntas, sin huidas. Qué necio me parezco ahora pensando en ti como un desahogo, como una salida de la angustia. Siempre parecemos huir cuando en realidad nos acercamos irremediabilmente a lo que nos asusta. Nunca dejaste de comprender eso. Violeta y tú no erais tan distintas en realidad. Comprendisteis siempre cómo estaban las cosas, con esa intuición inexplicable que tenéis las mujeres cuando nosotros, ilusos, creemos engañarnos. Solo conseguimos engañarnos a nosotros mismos. Nos gusta el engaño porque nos convence, nos hace creer lo que pretendemos fingir.

Aquí intento agarrar tu mano y comprendo gracias a la Droga que es imposible sostenerla porque en realidad no existe. Me miras a los ojos. Sí, ha llegado el momento de que nos contemos lo que hasta ahora no sabremos. Tenemos que verbalizarlo para conocer las partes de las que nos hemos escondido hasta este instante. Hemos retrasado el momento de narrar lo que más daño nos ha hecho: la batalla, la Droga, la muñeca y después la grulla. Hemos dado vueltas alrededor de los preliminares. Pero esa batalla existió, fue real, dejó vencedores y bajas. Y hay que contarla, Agneta, lo sabes tan bien como yo. Contarla es la única manera.

LA BATALLA EN SÍ

No se puede cargar contra gente que no va a defenderse. Eso debería ser así, estar escrito en algún libro de normas generales para la humanidad y el civismo. Pero las normas no escritas se hacen para que unos cuantos gilipollas se las salten a la torera. Y ahí está la represión en Birmania, la angustia a los que ven que los que tienen armas pueden hacer lo que quieran con ellas porque creen tener poder, en contraposición a los que solo cantan y protestan con la desnudez de sus manos como toda resistencia. Hay unos cuantos militares, hombres de fe que solo tienen armas por ser garantía de supervivencia, que inclinan sus cabezas en señal de respeto y de arrepentimiento por la injusticia que están ayudando a perpetrar. Unos cuantos que se plantean la posibilidad de que aquellas elecciones que terminaron con el triunfo del vestido amarillo (y su derrota tan inmediata) fueron solo una artimaña de la junta Militar para fingir un aperturismo que jamás existirá en un país en el que la pobreza de sus gentes contrasta con las piedras preciosas que cierta hija de cierto alto cargo llevó casi bordadas a la piel el día de su boda. Todo esto escribe Takeshi en sus diarios birmanos ante los ojos estupefactos de su mujer, que hace la maleta porque vuelve a Tokio bastante malhumorada. Vuelve sola, y eso plantea la posibilidad de que los grandes hombres pequeños preocupados por las injusticias generales, ajenas, a veces olviden las batallas interiores o conyugales, restándoles importancia como quien se deshace de un mosquito diminuto que acaba de picar. Midori piensa eso. Busca la posibilidad de que su marido sea cruel sin saberlo, de que le importe más la mujer del vestido amarillo que ella, su matrimonio feliz y sin sobresaltos. Aun así es incapaz de llevarle la contraria. Siempre se han dicho las cosas en contra de toda costumbre, pero a veces la educación pesa y a ella le enseñaron a ser educada y generosa, silenciosa y consentidora de caprichos absurdos. Ella es una buena esposa, su madre estaría orgullosa. Por eso se va, porque es muy probable que si se queda deje de serlo, se convierta en una de esas contestonas e irresponsables que acaban por ser repudiadas por rebeldes e insumisas. Y ella ama a su marido, ama a su marido que ama a un símbolo de papel impreso, una fotografía de una mujer pequeña y morena, frágil en apariencia, innegablemente hermosa dentro de su vestido amarillo.

—Deberías quedarte —dice Takeshi con una voz diminuta, salida de un corazón que parece herido.

—¿Para qué? Qué equivocado estás si piensas que asistirás a la liberación de esa mujer. Birmania no interesa a nadie. Nadie va a venir con la caballería. Esa mujer morirá vestida de amarillo en su casa-jaula y Occidente pondrá cara de luto, pero nada más.

De forma irremediable se arrepiente de las palabras que acaba de pronunciar, palabras no ausentes de sentido, pero sí cargadas de celos. Se muerde el labio inferior como para castigarse y baja los ojos a su maleta esperando que el proyectil no se vuelva contra ella. Y no se vuelve. Takeshi y ella siempre han tenido libertad para decirse las cosas, no iba a ser diferente ahora.

—Claro que no lo veré. Si existe alguna posibilidad me echarán antes del país,

supongo. Pero quiero estar aquí mientras tanto. Deberías entenderlo.

Midori siente que ha perdido esta batalla. Se sienta junto a su marido y apenas lo toca por costumbres adquiridas.

—Lo entiendo —dice—. De verdad que lo entiendo. Pero debes comprender que yo me marche.

Será la última vez que hagan el amor en Birmania, en tres horas un avión la llevará lejos de allí y Takeshi seguirá apuntando palabras de consuelo para un país hecho trizas en su libreta de papel cosido.

Resulta curiosa la mirada de profundo odio que le dirige Violeta a Antonio durante unos segundos en la siguiente Plaza después del hostel cambiante. Es una mirada que dura lo que dura un aliento, lo que dura un suspiro contenido, y que después se disipa sin más, deshaciéndose como se desharía un pedazo de chocolate al sol. Es una mirada de reproche inexplicable que ella misma se echa en cara treinta segundos después, rabiosa de celos injustificados. Le parece que no es justo que Antonio la ande besando por ahí y luego se acueste con Agneta, pero el derecho a pedir explicaciones es algo de lo que carece. Por otro lado, Basil parece bastante recuperado, ha vuelto a sus clases en el instituto, donde imparte Filosofía a quinceañeros más preocupados en mirar por la ventana y escribirse notitas de ligoteo de banco a banco. Y eso es un consuelo. Hace como una semana que no hay pesadillas entre los dos ni nada semejante y a Violeta le ha empezado a pasar por la cabeza que quizá la crisis de ojos negros y amenazas no fue más que una continuidad de ese sueño terrible que debía de estar soñando. Pero en la forma en la que Basil se dirige a Antonio hay algo de rencor, algo como un poso oculto que Violeta percibe y le produce un escalofrío. Basil ha cambiado sus gestos amigables para con Antonio de repente, como si supiera lo del beso, o estuviera él también celoso de lo que quiera que hicieran Agneta y él en el hostel la anterior vez. Pero hay muchas cosas que Violeta no sabe.

Resulta que Basil sí ha vuelto a tener los sueños. Empezaron a repetirse, con más claridad si cabe, en el mismo momento en que Violeta empezó los ensayos de *El pájaro de fuego*. La espada en la mano mientras ella giraba sobre el escenario, gravitando sobre las puntas de los pies, abriendo los brazos en cientos de abrazos a invisibles que se escurrían por su cuerpo mínimo para luego volverla a encontrar, volverla a abrazar mientras se dejaba caer hacia atrás en un gesto digno de una contorsionista, y fue esa contorsión, ver las costillas de Violeta marcarse, la piel tensarse hasta la fragilidad más absoluta, lo que hizo que Basil se diera cuenta de que él solo sostenía una espada en la mano, no la bajaba, no recibía el justo insulto de ella antes de morir. Él no era el asesino. Él solo estaba presente cuando sucedió. Quizá,

solo quizá, el olor, la pequeña guerra en nombre de Dios, la cruzada por lo que quiera que fuese esa cruzada en concreto, solo exista en su cabeza, solo sea una pesadilla causada por alguna película que no recuerda haber visto, mezclada con unos aderezos maravillosos de carnaza y sangre que nunca vienen mal y unos toques sutiles de amor por Violeta y fantasías con la tortura que sufrió de pequeña, porque también era una fantasía constante el encontrar a Peter Richardson y pegarle una buena paliza, quizá solo fuera eso, un sueño, nada más. Pero resultaba tan real que a Basil se le antoja una suerte de premonición o de contacto con un pasado que va mucho más allá de su propio nacimiento, a través de los siglos incluso. Por eso cuando, aquella tarde en que Antonio se levantó de la terraza para acostarse con Agneta, volvió a sentir el peso de la espada y la pequeña cara de Violeta desde un rostro antiguo, macilento y nada asustado pese a lo que pasaría después, y se dio cuenta de que su perspectiva no era la del asesino, se quedó bloqueado, sin saber qué hacer para que el hombre que le daba la espalda, el fantasma que sostenía la verdadera espada asesina, se diese la vuelta y poder verle el rostro.

—¿Te pasa algo, Basil? —preguntó Violeta; volvían del ensayo del brazo, había sido aquel primer ensayo en que fueron juntos de nuevo, aquella primera tarde en que Antonio y Agneta se acostaron. Basil debía de tener la cara descompuesta.

—Nada, cielo. Tengo frío.

Los pasitos cortos de Violeta se confundían con la imagen clara que tenía ante sí. Caminaban por las calles de Londres, Basil era consciente de eso, podía sentir el frío y la humedad golpearle los huesos, podía sentir el contacto de Violeta contra su costado, escuchar el sonidito entrecortado y chapoteante de sus tacones sobre el empedrado y al mismo tiempo la imagen fija, como proyectada por encima de las calles londinenses: era la de aquel hombre de espaldas a punto de atravesar a la otra Violeta con el peso de su espada. Cuando por fin lo hizo, Basil apretó los ojos y el paso, pero nada podía borrar el humo de su cabeza, la sangre negra resbalando entre los labios azulados, la carne abierta de aquella mujer pequeña. Lo seguía viendo allí, de pie, podía escucharlo ofrecerle pasar un buen rato con el cadáver si quería. Basil negó con la cabeza, intentando sacudirse las imágenes y la voz y el olor que Violeta, viva, caliente y a su lado no podía ver ni oír ni oler. Paró en seco, la cogió en sus brazos y la notó desorientada, diminuta de golpe.

—Te quiero muchísimo, Violet. Dime que nunca te vas a morir. Que todo lo malo que te tenía que pasar en la vida ya te ha pasado.

Los ojos quedaron sorprendidos y muy abiertos.

—Nunca me voy a morir. Todo lo malo que me tenía que pasar ya lo he pasado.

Se besaron justo cuando empezaba a llover. Cuando llueve, los labios ajenos siempre parecen cálidos.

—¿De verdad que no quieres? Bueno, tú te lo pierdes.

Y entonces se giró y Basil pudo ver la cara de aquel soldado. Era la cara de Antonio, sonriendo ante su obra, besando los labios azules de su muerta.

Un asesino es siempre un asesino. Pero también es todos los asesinos de alguna forma. Aquel asesino no era Basil sino Antonio, y aunque a Basil le fuese más fácil creer que todo era una pesadilla, era incapaz de hablar a su amigo de la misma forma porque ahora, cada vez la pesadilla era nueva, y a veces en vez de espadas eran escopetas o pistolas o incluso lanzallamas. Pero siempre Basil miraba, Violeta moría y Antonio mataba con la misma inexplicable forma de hacer las cosas, como si a través del tiempo y del espacio ellos tres fueran siempre los mismos, jugando los mismos papeles en un macabro juego que no terminaba nunca y que Basil, ahora, se sentía en la obligación de romper.

—Yo voy a protegerte de todo lo malo —le dice a ella en la cama de sábanas azules en la que se abrazan desnudos—. No tendrás que preocuparte por nada nunca más, te lo prometo. Esta vez, antes mato que verte morir.

—No sé de qué me estás hablando.

—De lo que te pasó. Es una injusticia que cosas así pasen y la gente cambie de canal cuando lo ve en las noticias. Voy a protegerte de todo, no te preocupes.

—No, si yo no me preocupo lo más mínimo, mi niño, te lo aseguro.

Tengo que explicarte, de alguna manera me siento en la obligación absurda de hacerlo, que el libro de la mujer rusa se había convertido en un infierno para mí. Aquella denuncia era como una espada que me tenía contra la pared, indefenso. Constantemente mis puños dibujaban una estrella aguda en la almohada de mi cama por culpa de las palabras y luego, más tarde, a veces solo segundos más tarde, era Violeta la que las decía, la que las repetía en ruso, en inglés y en español para el cuerpo que era yo tumbado, yo avergonzado, yo masturbándome contra el colchón que tenía su rostro, su boca arrasada, su olor imaginario. Violeta se transformaba en ella y ella en Violeta, y todas las mujeres-víctimas en Violeta, y así en un bucle increíblemente amplio en el que todo tenía cabida, hasta tú y tu madre muerta de amor y muerte y tu amor, tan distinto de todo lo que yo había conocido hasta entonces, en alguna parte de Alemania sentada en las escaleras frente a la catedral quizá, o bebiéndote un enorme café con leche con tarta incluida por tres euros en Bonn. Ni ver las noticias podía. Empezaba ese clic-clic, y luego ese tictac del reloj de la mesilla, y de todos los relojes que parecían sonar más fuerte de repente solo para torturarme, y el clic-clic que sonaba dentro de mi cabeza, en un punto localizado exactamente entre mis dos oídos. Y sé que no es excusa, sé que no lo es para lo que sucedió después, pero tengo que decirlo: aquella obsesión, aquel dolor insufrible que solo callaba cuando tu cuerpo se enredaba entre mis piernas en el hostel cambiante, acabó por convencerme de que, en realidad, solo tenía una opción, un camino: destruir lo que me dañaba, acabar con Violeta, arrebatársela a Basil y a la vida y a la alegría de sus manitas blancas moviéndose felizmente ante mi rostro. No quiero que entiendas con esto que tomé una resolución firme, ni que me propuse un plan de

ataque, no Agneta, eso me haría aún más culpable de lo que soy y no es lo que pretendo dar a entender. Todo esto que acabo de decir se tradujo en aquel momento en un palpito, en una sensación de esas que te decía, una de esas ocasiones en las que el universo te habla con una estruendosa presión en el pecho y una falta de respiración absoluta y una ansiedad que quiere decir algo, algo, algo, unas palabras, una pista, una cosa que has de cambiar, un nuevo rumbo para tu inercia. Y en aquella ocasión escuché con una resignación acallada por mi dolor:

—Tú eres todos los asesinos.

—Tú eres todos los asesinos.

Esas palabras estaban concentradas en Basil, como un odio que había acabado por tomar como legítimo. Él creía en la transmutación de las almas y, si era tan cierto como él lo creía, el alma de Antonio mataba a Violeta una y otra vez a través de los siglos.

—¿Qué pasaría si nuestra alma no muriese ni trascendiese a un lugar mejor? —pregunta a sus alumnos de Filosofía de segundo—. ¿Qué pasaría si en el mundo solo hubiese un número finito de almas que fuesen reencarnándose una y otra vez en distintos cuerpos?

Eso explicaría por qué al principio no había mujeres en la Plaza, se dice, en la historia ha llegado a considerarse que la mujer no tenía alma, de tal forma que hasta las almas pertenecientes a mujeres tomaban el aspecto masculino al llegar allí para no verse rechazadas. De alguna manera la Plaza accede también a nuestras fantasías, a lo que nos falta, a lo que nos duele, y lo moldea para sus fines. Pero ¿qué fines?

—No ocurriría nada relevante para nuestras vidas siempre y cuando no fuésemos capaces de recordar las anteriores.

Habla Lavender, una adolescente de origen hindú muy llamativa.

—¿Y por qué cree usted eso?

—Porque el ser humano es estúpido, señor O'Connor, y rara vez no comete los mismos errores una y otra vez. Sí el alma recuerda pero no el cuerpo, no pasa nada, el alma suele aprender para trascender, eso dice mi madre. Pero si es el cuerpo el que de alguna manera conserva esos recuerdos, tenderá a huir de ellos en vez de asumirlos y aprender, con lo que la historia se volverá un ciclo.

A Basil le parece una observación muy interesante.

—¿Cree usted que las almas que han estado interrelacionadas en otras vidas, en la actual siguen conectadas de alguna manera?

—Oiga, señor O'Connor, ¿esto tiene algún tipo de relación con la filosofía presocrática?

—Deje contestar a la señorita Lavender, Bailey, ya se la encontraremos.

«Ya se la encontraremos», repite para sí. Basil tiene fama entre los alumnos de irse por las ramas con los argumentos.

—Supongo que de algún modo sí. Como dicen que lo están los hermanos gemelos —contesta ella.

«Tú eres todos los asesinos —repite mentalmente con una intensidad grave, como si en repetirlo le fuese toda la energía—, tú eres todos los asesinos, Antonio, si de alguna manera estamos conectados que te llegue mi acusación, tú eres todos los asesinos, no te acerques a Violeta...».

—En la clase de arriba está dando el irlandés —se escuchan voces desde el patio—. Ese pesado, debería volver a su tierra con las vacas.

En el aula se hace el silencio más absoluto. Las voces pertenecen a unos chicos de otra clase. Basil se acerca ceremoniosamente a la ventana y la abre. Luego vuelve a su mesa de profesor y coge un tomo de *El banquete* de Platón. Lo mira, le da la vuelta y lo lanza como si fuese un *frisbee*. El libro sale limpiamente por la ventana abierta. Cuando, ante la estupefacción de toda la clase, se escuchan los quejidos de susto de los chicos de abajo, Basil se asoma apaciblemente y declama con tono shakespeariano:

—¡Cuidado! ¡Qué aprendéis!

Esa falsa cometa que cuelga por un hilo falso del falso cielo que la cubre podría explicar la Plaza. O bien no explicar absolutamente nada, como ya se ha hecho miles de veces. A nadie le importa esa chica que está dentro de la bañera, flotando en agua con sangre, mirando con ojos somnolientos la falsa cometa que es la bombilla parpadeante, el falso cielo del techo mal pintado de azul, el falso hilo del cable. Un parpadeo. Dos. Tres. La persiana de los ojos cae.

Abre los ojos. Aunque antes de abrirlos ha llegado a ella el sonido extraño de la gente chocando sus copas, las risas de niños, el chasquido leve de los vasos al levantarse de las bandejas de los camareros. Este sonido, fundido en un rumor único, como de agua, hace que abra los ojos convencida de estar muerta. En la equivocación está la base del acierto.

Elige una mesa al azar. Podría decirse que su cuerpo elige por ella. De pronto se encuentra sentada, por así decirlo, entre un grupo de gente que charla animada sin prestar demasiada atención a su presencia.

Una mujer de moño alto y perlas, luego sabremos que se llama Lolo, pero aún no, le ofrece una copa.

—Soy infeliz —dice la chica, a quien traiciona su educación católica—. Yo no debería estar aquí.

—La Plaza es mucho más complicada de lo que crees, encanto. A veces es la Plaza lo que nos hace infelices, la ausencia de ella, no verla, no conocerla, desconocer su existencia aun intuyéndola. Piénsalo. Es triste en una chica como tú, tan joven, con tan pocos problemas reales. Hazle caso a una vieja. No todos los que venimos somos dignos o felices, a veces ni siquiera somos buenos. La Plaza establece

su propio equilibrio.

La chica echa ese trago ofrecido, para lo cual cierra los ojos y ve de nuevo la falsa cometa en el falso cielo mal pintado de azul, como sumergida, pero quizá es ella la que está bajo el agua.

Abre los ojos con resuello. La vieja sonrío.

—Anda bonita, sal del agua y llama a tu madre. Ella sabrá.

Un parpadeo. No sucede nada. La Plaza parece estar hundida bajo el agua, se distorsiona. La chica apenas puede respirar. De las muñecas le sale un líquido viscoso y transparente.

—Sal del agua.

Un parpadeo. Dos. Tres.

La bombilla se ha fundido cuando la chica sale del agua gritando, sacando una fuerza de sangre de debajo de las heridas. Luego llegará la madre, seguida de la ambulancia y del falso cielo del hospital que va pasando ante sus ojos como un camino de gusanos de luz.

—Sal del agua.

Un parpadeo. Dos. Tres.

Abre los ojos. Está viva. No tiene en cuenta que la Plaza establece su propio equilibrio.

De lo que piensa Agneta, solo Agneta sabe. Camina por las calles de Colonia, esquivando ese aire navideño que trae consigo el frío. Pasa por el puente que cruza el río con paso firme. Un tren la adelanta por su costado. De lo que piensa, solo ella sabe. En *Antonio* hay algo que da miedo y atrae. Eso piensa. Luego está lo de preparar la huida si todo se va de las manos, pero ¿adónde ir esta vez? Esta vez se ha enamorado en un lugar del que no se puede huir. Si ella decidiese ahora mismo no ver más a Antonio, largarse de Colonia no bastaría. Al fin y al cabo Antonio vive en España, ¿qué podría sacar con eso? Podría irse al otro lado del mundo y al doblar una esquina sentir que de golpe tiene dos manos, que camina sobre tierra, que unos camareros ciegos sirven mezcal a las mesas de metal donde Antonio, siempre él, estará mirando a Violeta con una avidez intolerable. Cierra los ojos y la humedad se le cuela hasta esa parte de los huesos en la que suele instalarse para quedarse, allí donde no es posible sacarla ni con estufas ni secadores, y la humedad en contacto con su cuerpo se transforma en hoja, en verde asfixiante, y aunque Agneta sabe que hace un frío difícil de soportar, es el calor que esconde ese frío, el calor de selva, el que siente. Se para a encenderse un cigarrillo y mira el río. Sería increíble saltar. Abrir los brazos y hundirse en el agua, dejarse arrastrar por las corrientes, tender hacia la nada sin hacer nada por evitarlo. Y que la selva se la tragase hasta digerirla, transformarla en parte de ella, tal vez un tigre o un pájaro exótico, algo pequeño probablemente, algo que Antonio pudiese llevar consigo, ligera como la semilla negra de la canción

que él le tradujo al alemán una tarde en el hostel cambiante, mirando la puesta del falso sol del falso cielo de la Ciudad donde ellos, como congelados, se miraban a los ojos sin transmitirse nada, como si sus mentes y sus corazones estuviesen vacíos de significado.

—¿Cómo se huye de Nunca Jamás?

—Creciendo, supongo —ofrece Basil a la pregunta de Agneta.

—Pero si fuese ese el modo, es decir, si la respuesta fuese esa, ¿cómo se haría para crecer?

De repente, en mitad de su paseo tras las clases de baile, se ha encontrado en la Plaza. Antonio no está, pero Agneta lo adivina asesinando el colchón, peleado con la traducción que lo está dominando. Es la injusticia lo que lo domina poco a poco y sin saberlo, de ahí la mirada carente de significación...

—Supongo que deseándolo —dice Violeta—. Deseándolo con todas tus fuerzas.

Dicen que aquí se ha quedado mucha gente. De hecho se habla de un genio, un hombre demasiado avanzado para su época, un pensador sin igual que solo tenía un problema, un horrible problema, una verdadera pesadilla: no cesaba jamás de pensar genialidades, de crear maravillas, de expresar verdades que nadie antes había expresado. Y la palabra *jamás* es determinante en la frase. Las veinticuatro horas del día su cerebro trabajaba sin descanso, sin poder dormir, sin apenas comer. La genialidad no debe desaprovecharse, se decía, pero el agotamiento iba a vencerlo de un día para otro. Cada hora que pasaba sufría más con aquel tormento de mente privilegiada que le había tocado. Cada segundo se sentía más agotado y de peor humor. Sus antiguas amistades lo eludían con palabras educadas, su esposa lo abandonó por alguien que también supiese decir alguna estupidez de vez en cuando, hasta su perro le tenía miedo debido a aquellos ataques de ira injustificados que el cansancio le provocaba. Hasta que un día, su joven corazón exhausto le pegó un susto lo bastante fuerte como para que el genio estuviese clínicamente muerto un par de minutos. Su mente, por fin, se apagó lo suficiente como para que descansara. Se vio a sí mismo atravesar una especie de túnel oscuro para dar a una plaza semicircular llena de terrazas con sillas metálicas y camareros ciegos que iban y venían como obedientes marionetas. Se sintió en paz por primera vez en su corta y agotadora vida. Pasó allí la tarde, charlando en un idioma que jamás hubiese creído conocer, con gente interesante y despreocupada que bebía mezcal sin llegar nunca a emborracharse, y cuando regresó de aquella pequeña muerte (que en realidad solo duró minutos), se dio cuenta de que debía proyectar todos los esfuerzos de su brillante cerebro en un único y maravilloso fin. Debía inventar un interruptor de mentes, un aparato capaz de encender y apagar la mente a voluntad, con el fin de dejarla descansar cuando lo necesitara.

—¿Y lo logró?

—Claro. Si no, no estaríamos hablando de él, Agneta.

Cuando aquel chisme estuvo listo para probarse, él mismo se prestó a ser su propio conejillo de indias. Hacer que su mente dejase de crear brillanteces le produjo un placer tal, que cada vez que regresaba a la Plaza se quedaba un poco más. De tal forma que, una noche, sin más, decidió quedarse en la Ciudad para siempre. Desconectarse, como quien dice.

—¿Quién te contó esa historia?

—Uno de los camareros ciegos, el que parece turco. Cuando empecé a preguntarme qué era exactamente la Plaza, hablé con él y me contó esto. Supongo que hasta ahora, hasta esta maldita noche, con su grulla negra y dorada, no he comprendido por qué.

—¿Y qué pasó con su cuerpo?

—¿Con qué cuerpo?

—Con el del genio, Antonio, con el del genio. Si se quedó aquí para siempre, ¿qué pasó con su cuerpo en el lugar donde lo había dejado para desconectarse?

—¿Preguntas por él o por nosotros?

—Deberíamos comprarle un piano nuevo.

Esas fueron las palabras de Violeta cuando Takeshi dijo que ya no sonaba música en los alrededores de la casa de la mujer del vestido amarillo.

—¡*Demiurtio saleshikole!* —exclamó este entusiasmado.

—Un momento —dijo Antonio—, aun en el supuesto de que fuésemos un grupo real en el mundo real, capaz de juntarse una tarde a tomar una copa y reunir dinero para un piano, que no es el caso, ni siquiera sabemos dónde tendríamos que mandarlo, si el Gobierno nos iba a dejar darle un piano a una presa política o si tendríamos alguna posibilidad de que el instrumento llegase hasta allí ileso. Mira, cuando era un chaval comprábamos los regalos de cumpleaños de la gente del grupo entre el resto de los amigos, y siempre resultaba un desastre.

—Pues por eso va a funcionar ahora. Porque cada uno hará presión en su parte del mundo, movilizará a la gente que conozca, intentará implicar a la mayor cantidad de gente importante posible. ¿Quién no conoce a alguien que conoce a alguien que se ha hecho famoso o influyente?

—Permíteme que te diga que pecas de ilusa, Violeta.

—Pues a mí me parece una gran idea —dijo de golpe Basil con un tono de voz que más parecía una amenaza—. Pondremos anuncios en la prensa, convocaremos a los medios, seguro que más de un famosillo con buen corazón o ganas de limpiar su imagen abandera el proyecto.

Violeta le dio un beso en la mejilla a Basil que a Antonio le dolió como una puñalada.

—¿*Intorches no fadecos?*

—Pues claro que lo haremos, Takeshi. No será con caballo blanco, pero es una forma de liberarla.

Takeshi bajó los ojos taciturno. La semana que llegó a Birmania con Midori se había encontrado con un antiguo vecino que ahora era periodista. El matrimonio había cenado con él aquella noche. El periodista parecía muy afectado por lo que estaba sucediendo. Decía colarse en las manifestaciones y que nadie imaginaba las represalias porque era imposible mostrarlas en los medios. Cuando se extendía en los detalles, Midori dejaba de comer incómoda e inclinaba la cabeza una y otra vez como muestra de respeto hacia el trabajo del periodista y de horror por estar allí y tener que oír aquello. Ese día se había enterado de que el periodista había muerto. Lo habían matado cuando se mezclaba con la multitud que se manifestaba. Primero a golpes. Luego con un tiro a bocajarro. Naturalmente no había visto las imágenes, pero la narración de Pelayo bastaba.

—No van a tardar nada en sacaros de allí a la fuerza. Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó Israel.

A Takeshi aquellas palabras le hicieron creer que hablaba de nuevo con su esposa, seguramente preocupada pero cómoda en su piso de Tokio, contenta de haberse ido de allí a tiempo.

—*Isleciunke piserise mik nuo duste* —respondió.

Y todos asintieron comprensivos, pero ligeramente asustados.

La Plaza, la Ciudad misma, parecía tener una entidad maleable sobre la que todos se preguntaban un tanto. Sobre todo Antonio, ansioso por liberarse de la tiranía de la rusa mártir, hacía esquemas en papeles que luego desechaba sobre lo que podía ser en sí la Plaza. Y de golpe se dio cuenta de la narración del camarero ciego y de que, quizá, la Plaza era aquel lugar al que se iba cuando se lograba apagar el pensamiento. Cuando uno está en Babia, en realidad no está sino en la Plaza. Por eso el tiempo se detiene. De tal forma que todos aquellos que no volvían eran los que, al casarse y tener hijos, cambiar de trabajo, tener que pagar una hipoteca, no dejaban descansar a su pobre mente. La Plaza es el lugar donde van los pensamientos que no se tienen en el mundo real, donde va el alma cuando parece que no va ninguna parte. Y podría ser también aquel lugar en el que estamos cuando no estamos, cuando aún no somos, cuando, preparados para volver al mundo tras una muerte, servimos copas con los ojos vacíos a los que sí son, a los que ya están, a todos aquellos que tienen su equivalente en el mundo real.

Compartió con Basil esa tarde todos aquellos pensamientos. La Plaza era el mundo de las ideas, mucho más complejo de lo que Platón hubiese deseado quizá, pero básicamente con el mismo sentido. Basil lo miró con cara de pocos amigos, aunque el relato le estaba interesando realmente.

—Entonces, ¿crees de verdad que vamos y volvemos de la Plaza tendiendo hacia

la Plaza? Salimos, tomamos un cuerpo y volvemos en sueños, cada vez que se nos va el santo al cielo, cada vez que dejamos la mente en blanco...

—Así es.

Basil sintió un escalofrío. Era posible, sí, claro está. Y la gente cercana a la muerte era la Plaza lo que veía. Algunos volvían, otros se quedaban en ella, y poco a poco perdían la vista hasta convertirse en camareros de mezcal, ciegos, esperando su oportunidad para volver a nacer en un cuerpo y luego regresar solo en sueños o cuando la mente descansa.

—De ahí la frustración que produce no poder llegar a la Plaza, el agotamiento, la desazón, la ira. La mente se rebela al no poder descansar. Tiene sentido, Antonio, lo tiene.

—Eso es.

—Pero, si alguien muriese en la Plaza... su alma, ¿moriría?

Basil miró a Antonio con un presentimiento en los ojos, con un mal presagio flotando por su estómago, algo que no tenía forma aún pero que se traducía en súplica.

—Supongo que sí, Basil. Algo así debe de suceder.

—He visto cómo miras a Violeta —dijo recuperando casi toda la crudeza de su voz de golpe—. No le hagas daño o te mataré. Aquí, en Madrid y donde haga falta. ¿Me has entendido?

Antonio asintió boquiabierto.

—Claro... ¿Cómo has pensado que yo...?

—Eres mi amigo —se le volvió a endulzar la voz—. Te quiero y lo sabes, pero te conozco y la conozco a ella.

No soportaría verla sufrir otra vez. Antes estallo arrasando lo que me pille al paso.

Antonio iba a preguntar «¿otra vez?», pero frenó su lengua a tiempo y en lugar de eso le pasó el brazo por encima del hombro amistosamente.

—¿Quieres una copa?

—Claro.

—¿Sabes? Siempre sospeché que esa parte violenta de tu genética se revelaría tarde o temprano.

—¿En serio?

—Sí, Basil, eres demasiado bueno, demasiado protector. Todo en ti tiende a volverse peor o a no transformarse en ninguna cosa.

Paul había llegado al restaurante con una modelo de su agencia, una tal Marsy que miraba con curiosidad, entre divertida y estúpida, a la pareja que formaban Basil y Violet. Le debía de parecer pequeña, desgarrada, extraña, aquella mujercita delgada que era la hermana de su jefe. Y quizá Basil demasiado recio, demasiado descuidado

en las formas y en el aspecto en comparación con Paul, vestido de Armani de los pies a la cabeza, peinado entre clásico y a la última, uñas de manicura, loción de afeitado de doscientas libras.

—No me habías dicho que tu hermano es rico —dijo Basil por lo bajo a Violet cuando los vio llegar.

—Rico no es igual a feliz —respondió ella sin apenas mover los labios.

Y era verdad, en cierto modo, que los rayos uva no podían disimular unas pronunciadas ojeras insomnes, que los dientes blanqueados no brillaban, que la mirada del hermano estaba mate y perdida en unos pensamientos absortos que a Basil se le antojaron de pesadilla. No costaba imaginar en él a un chico flaco de quince años vencido y humillado ya en su adolescencia, crecido e infeliz en su madurez. Era afable y educado y miraba a Violet de una forma que parecía hecha de esas cosas que nunca llegaron a ser, que no se realizaron porque se perdieron en el tiempo y en el espacio, porque se rompieron antes de construirse. Cuando Violet le habló de lo del piano, de su idea de devolver la protesta en forma de música a Birmania, Basil se dio cuenta de que aquel hombre nunca diría que no, que era incapaz de pronunciar esa palabra delante de su hermana. Pensó en Antonio, en cómo quería él a Antonio, y equiparó de algún modo la situación. La amistad es una de esas cosas que no pueden supeditarse al posible será, sino que están construidas de presentes discontinuos en los que todo lo que sucede cuenta, aunque se intuya el desastre. Basil no podía aguantar su enfado, no podía prolongar su odio en el tiempo por algo que quizá solo había ocurrido en su imaginación y que, si realmente había sucedido, había sido en una vida anterior que de golpe ya no se le antojaba tan cercana como solía. Cuando amenazó a Antonio, cuando le advirtió de que no dañara a Violeta, toda esa rabia que había acumulado a puerta cerrada en su interior se dispersó como si nunca hubiese existido. Y había algo de deuda en todo eso, como había algo de deuda en esa prohibición de la negación que había en Paul. Basil sintió una pena súbita por aquel hombre rico y cuidado que olía a perfume de Versace y se acostaba con modelos cada noche. Una pena tan intensa e insoportable que a punto estuvo de llorar. Todo en su vida era la compensación de un solo error que ni siquiera había sido error suyo. El éxito, el dinero, las mujeres, incluso su belleza de anuncio, eran una extraordinaria demostración, un esfuerzo sublime y último por compensar esa vergüenza que sentía. Esa enorme, sólida y espesa vergüenza que lo carcomía, que no dejaba que durmiese por las noches, que no permitía a su mente descansar. Si lo hubiese hecho, si se hubiese perdonado, habría pisado alguna vez la Plaza y quizá habría sabido comprender a su hermana. La vergüenza y la autoflagelación son egoístas, se alimentan de sí mismas y ciegan a sus víctimas sin dejarles ver que, aunque lo más difícil de cometer un error es saber perdonarse a uno mismo, quizá sería de gran ayuda apoyarse en el perdón de los demás.

Por supuesto Paul dijo que secundaba el proyecto *Objetivo Birmania*, como lo llamó entre risas. No podía negarle nada a su hermana, cosa que parecía ofender a

Marsy que debía de encontrar a Violet de lo más vulgar. Basil se sonrió ante ese pensamiento. Marsy era la vulgar. Lo que la hacía ufana y orgullosa era algo que no había conseguido por sí misma. La belleza no era un don, sino una broma de la naturaleza, que debía de haber considerado que a un ser tan ordinario había que compensarlo de alguna forma. Una forma que con el tiempo se marchitaría dejando ver, por fin, las carencias de su personalidad. La tercera vez que se levantó de la mesa en dirección al baño —a vomitar, pensó Basil—, Paul percibió la mirada de su cuñado y, captándola hacia su encantadora sonrisa, disculpó a Marsy elegantemente.

—Espero que no os haya molestado que la trajera. Sé que no tiene mucho tema de conversación y que su fuerte es menear la melena mientras sonrío, pero no es culpa suya no saber hacer otra cosa. Los padres de estas chicas suelen meterlas en academias de pasarela a los catorce años. Cuando empiezan a desfilar son jóvenes y viajan por todo el mundo solas cuando deberían estar en el instituto dibujando corazones en sus libretas. Siempre están a dieta, sus amistades no duran más de quince días y sus padres malgastan todo su dinero, con lo cual acaban confiando en el primero que les ofrece una escapatoria, ya sea en forma de droga, de remedio milagroso para permanecer delgada sin constante sacrificio o cualquier cosa que se te ocurra. Tienen así todo el tiempo del mundo para dedicarse a posar.

—Y tú les ofreces un hogar, claro —dijo Basil no sin sorna.

—No soy mejor que el resto. Quizá no llegue nunca a ser como tú. Me gusta la cocaína, el juego, las mujeres... me acuesto con las que quiero, no voy a ocultarlo. Pero al menos cuando están conmigo me aseguro de que, en esos escasos momentos en los que están a mi lado, estén seguras.

Basil miró a Paul a los ojos y se dio cuenta de lo parecido que era a Violeta. Hasta ese momento no había notado la voz de tarta de lima bajo aquel tono grave ni la lentitud en los movimientos amplios ni, sobre todo, la mirada leve, como metida hacia dentro, perdida en un mundo al que solo se accedía siendo como ellos. Sintió simpatía por aquel hombre triste disfrazado de superficial presuntuoso. Le pidió perdón y le tendió un cigarro que Paul aceptó cortésmente.

—Hablemos de ese piano —dijo guiñando uno de esos ojos tan grandes como los de Violeta.

Al final Basil y él se pelearon por pagar la cuenta con tono afable y quedaron para ir a ver el estreno de Violet la siguiente semana.

—Esta vez iré con Sharona —le susurró Paul—. Y ella sí te gustará. Habla con soltura cinco idiomas.

¿Quién vengará la sangre de los promiscuos?, se pregunta Pelayo. La sangre absurda de los que no saben contenerse, de los que se consuelan de ese modo, de los que caen de un lado o del otro según venga el viento sin dejar de buscar la calidez de unas manos reconocibles, será vengada ¿por quién? ¿Quién gastará su tiempo en entrar en

la guerra inútil de los que temen estar solos pero no pueden estar del todo acompañados? Resulta natural que se pregunte esto ya que él mismo se ha entregado estúpidamente al preciosismo de las relaciones fugaces, a ese aquí y ahora del pecho al que uno no está acostumbrado, del muslo al que la mano trata inútilmente de reconocer. Bobamente. Se inclina para besar un vientre que se estremece adormecido, inconsciente de la mentira que es ese beso salpicado de insatisfacción. El sexo mejor que con Claire, pero ¿qué importancia tiene el sexo en un determinado momento? Y si no, ¿qué? La vuelta al trabajo, a la lucha de cada día por volverse insensible, el horror del logro cuando resulta que ya no se siente lo que se tiene delante como humano. Ese olor de la sangre fresca, de la carne quemada, del humo y la ceniza y el sol ya no afecta. Más tarde, cuando el cuerpo exhausto y largo de la chica se marcha y Pelayo está frente a un psicólogo de aspecto campestre que asiente cada vez que él abre la boca, se da cuenta de que es eso lo que teme, que no afecte, y así lo expone. Tiene miedo a ser un ciego de sentimientos, un inválido emocional, a no saber distinguir el dolor, a evadirlo en sexo con desconocidas que luego olvida, estaba aquella rubia, ¿cómo se llamaba?, la del pinta uñas azul, y esa otra, Clarisa, que por el nombre era casi Claire sin lograr esa humanidad espantosa que exhalaba Claire, y luego la bailarina de danza del vientre, y esa otra que tenía un nombre impronunciable pero que al levantarse preparó té y lo trajo a la cama como si ya lo hubiese hecho muchas veces, tantas otras antes. Pero el encanto se desdibujó cuando preguntó algo. Algo que ella debería haber sabido si antes... Quizá es que era demasiado exigente, buscaba alguien que supiera de antemano sin hacer preguntas, que le terminase las frases antes casi de comenzarlas, que fuese capaz de nadar en su mente y extraer deseos y misterios mucho más de lo que y ni más ni menos que.

—Hablemos del jersey de Claire —dijo de pronto el psicólogo.

A Pelayo una especie de ira lo removi6 por dentro. No, no era Claire la cuesti6n, ese tipo no estaba comprendiendo nada. Era el sexo carente de emoci6n lo que le preocupaba. El hecho de que la guerra le hubiese arrebatado los sentimientos, la capacidad de tenerlos. A Claire la haba querido de una forma serena y desapasionada en la que la fuerza de la costumbre era un factor detonante y avasallador. Ella era la que lo haba amado todo el tiempo, entendi6se o no de lo que Pelayo estaba hablando. Por eso el jersey.

—El jersey es un s6mbolo del amor que quiero alcanzar, pero yo como Claire. Esa no es la cuesti6n. Yo quiero ser Claire, amar sin reservas, comprender con mis manos aunque el resto no entienda. Pero para amar a alguien as6, necesito a alguien a quien yo no le sorprenda, que pueda meterse en mi interior y leer mi pensamiento sin esfuerzo, que piense antes que yo lo que voy a desear u odiar. Me necesito a m6 en un cuerpo de mujer.

—¿No le parece que ese nivel de exigencia fue lo que le hizo despreciar a Claire?

—Yo nunca despreci6 a Claire.

Pero no era cierto. S6 la haba despreciado. Hab6 despreciado que fuese tan

pragmática que no fuese capaz de entrar en la Plaza, había sentido un profundo rechazo ante la seguridad de saber que si Claire lo hubiera logrado, jamás se habría sentado a su mesa porque no lo entendía lo bastante, no pensaba por él ni mediante él, no era su media naranja, ese ser perfecto que cuadra contigo en todo. Envidiaba a Basil por haber encontrado en Violet a alguien que se sentara a su mesa. Odiaba que Antonio no fuese capaz de amar a Agneta cuando se habían conocido allí, en esa mesa de metal servida por camareros ciegos. Pelayo necesitaba que una mujer, una tan solo, se sentase en esa mesa para él. Entonces sería capaz de amarla sin reparos, de recordar su nombre, de dejar de vagar por los caminos sombríos del aquí te pillo aquí te mato. Entonces sería capaz de enterrar el jersey de Claire y todo lo que ella era para convertirse en eso mismo para una desconocida. Una conocida de otra vida, quizá.

—Su problema es que quiere todo lo bueno que conlleva una larga relación sin ninguno de sus inconvenientes. Es decir, busca el entendimiento absoluto, eso que dicen que los matrimonios acaban pareciéndose, pero en una relación fugaz. Cosa que, me temo, es del todo imposible.

—Se supone que le pago para que no me juzgue.

—Yo no lo estoy juzgando. Solo expongo el preocupante hecho de que la razón por la que vino, su depresión postraumática tras su largo período en territorio de guerra por razones de trabajo, apenas sale ya en nuestras conversaciones y ha sido sustituida por una convulsión sexual exacerbada de la que se empeña en hacer algún tipo de cruzada romántica.

—¡Pero no se da cuenta de que es lo mismo! —dice Pelayo, incapaz ya de refrenarse—. Cuando estaba allí, veía atrocidades todos los días y no era capaz de involucrarme en ellas, de sentir que también aquellos seres que se lamentaban eran personas como yo. No sentía nada, absolutamente nada, que no fuese miedo por mí mismo. Cuando regresé, Claire me esperaba. Y tampoco ella me resultaba humana. No me costaba trabajo rechazarla, apartarla de mí poco a poco hasta que, en definitiva, la obligué a marcharse sin sentir algo por sus lágrimas. Empezar de cero, volver al sexo, me costó, no crea, aunque eso podría calificarse más bien de pereza. Sin embargo, cuando lo logré, esa búsqueda de la perfección del alma por completar me enganchó. Aumenta mi miedo al darme cuenta de que no logro sentir, pero no puedo dejar de buscar.

Cruzada romántica a través de piernas interminables desde la perspectiva más baja del colchón, tratando de recordar si ya había estado allí alguna vez, junto a unos tobillos torneados de tacón, bajando unas medias de seda con costuras. Una cruzada no deja de ser una guerra en la que se derrama sangre, pero es esta la sangre de los promiscuos en forma de energía derrochada para encontrar el equilibrio entre la soledad deseada y la compañía necesaria. Durante unos segundos recuerda el tacto de esas medias y se pregunta si había estado allí alguna vez, donde las medias dejan de ser medias y se transforman en la idea de gemelo rozado hacia abajo y risa divertida

que viene de arriba, donde la muchacha ha dejado de ser chica para ser media enrollándose pierna abajo. Pero se pierde la sensación, se disuelve y Pelayo trata de volver a ella subiendo de nuevo la media hasta la rodilla y volviendo a enrollarla hacia abajo, pero no vuelve la imagen, no es recuerdo, sino angustia premonitória de media donde la soledad va a acabarse y quizá sí, una media mujer que no existe venga a decirle con su propia voz:

—Pelayo, ¿quieres otro mezcal?

—Tenemos que abrir a Lambrakis —dijo Israel aquella mañana con tono triunfal.

Mary Anne se vio a sí misma hablando aquella tarde con los de la competencia, unos tipos secos de corte rígido y pálido que a ella le daban un poco de miedo a pesar de su tono zalamero y sus constantes halagos. Recibiría un nuevo sobre cargado de billetes y también tendría que traicionar al señor Fisherman del todo, en un último apuñalamiento mortal. Si abrían a la rata, Mary Anne no podría obviar en sus informes la existencia de Lambrakis por más tiempo. El señor Fisherman quería ver cómo funcionaba todo por dentro, cerrarla y seguir sometiéndola a pruebas.

—Si los tejidos que dañamos en un principio se han regenerado, que es lo que debería haber pasado según mis cálculos, estaremos ante un milagro científico. ¿No te alegras, Mary Anne? Estamos cada vez más cerca de lograr que miles de personas recuperen su pasado perdido. Somos héroes de la memoria colectiva.

A Mary Anne esas palabras le pesaron en el pecho como una condena. Siempre había tenido la esperanza de que no lo lograrán, de que no sirvieran de nada todos aquellos experimentos y quebraderos de cabeza, para así no tener que cargar con la responsabilidad de su traición. Si después de todo no llegaban a nada concluyente, ¿qué más daba que otra compañía farmacéutica tuviese la misma información inútil? Pero si lo lograban y otra persona se llevaba el mérito por su culpa, al señor Fisherman se le rompería el corazón; ¡la había incluido a ella en ese plural de héroes! Y todo por aquella rata. Si Lambrakis no existiera, no habría descubrimiento. Al final aquella presumida rata blanca era la única que había respondido al tratamiento. Mary Anne se dio cuenta de golpe de que si la rata desaparecía, ella no tendría que dar parte a la competencia. No habría avance. No habría descubrimiento.

Israel llegó a la Plaza con cara de haber llorado, el cuerpo alto y delgado derrotado sobre sí mismo, con el aire triste de un péndulo arrancado de su reloj. Ese deje de péndulo no le permitía sino oscilar con levedad sobre sus larguísimas piernas flacas, los brazos caídos a los lados del cuerpo. No fue capaz de sentarse. Se quedó allí de pie, mirando con el fondo de los ojos borroso el infinito más salvaje de la Plaza, ese lugar donde no hay nada, donde se reúnen los pensamientos que el dolor no deja nacer.

—¿Sesfás giex? —preguntó Takeshi.

Por toda respuesta, Israel abrió la mano y dejó caer un bulto blanco de más o menos veinte centímetros sobre la mesa. Violeta ahogó un grito cuando descubrió que era una rata muerta.

—¿Pero qué es esto? ¿Te has vuelto loco? —Pelayo llevaba de nuevo el jersey de Claire.

—Es Lambrakis. Mi rata, Lambrakis.

Todos quedaron sobrecogidos por el modo en el que fue pronunciado aquel nombre. Lambrakis. Quizá, de algún modo, el nombre había hecho al portador a su imagen y semejanza, haciendo de la muerte, la misma muerte para el héroe y para la rata, un factor común onomástico.

Parecía ser que la rata debía haber estado dormida para aquella pequeña operación. Nadie tendría que haber muerto. Pero Mary Anne confundió los frascos, o no le inyectó a la rata lo que debía haberle inyectado, o no lo hizo en la cantidad correcta, era todo tan confuso, tan grave y tan confuso. Solo recuerda el grito de la rata que debería haber estado dormida, felizmente dormida en un sueño sin sueños, y haber retirado las manos de ella cuando el grito de la rata abierta se transformó en el de Mary Anne histérica, golpeando a Lambrakis con una bandeja metálica. Israel estaba sumido en un sopor estúpido, una especie de droga hecha de incompreensión que lo clavó al suelo y le hizo ver todo con una lentitud que no era la real. No era esa la velocidad correcta de los hechos, lo que sucedía como sucedía, porque Mary Anne seguía gritando con una rapidez que en nada se correspondía con lo que Israel veía como movimientos de golpeo en los que la rata acaba en el suelo un poco atontada aún y es atropellada accidentalmente por una chica del laboratorio y su carrito con jaulas en el que otras ratas, 5, 16, 145 y 13, se pegan a los barrotes para ver morir a su heroína, a la que consiguió recordar, a la que, de haber vivido, quizá hubiese logrado que ellas recordasen que la habían visto morir.

Después esa caída. Los contornos del laboratorio desdibujándose y volviéndose fríos, sombríos, oscuros. La conciencia del sonido perdiendo su significado, los latidos del corazón, ese jadeo es Mary Anne, ese otro, ¿soy yo? El cuerpo se desploma hacia la rata maltrecha y aplastada, golpeada por Mary Anne y por el carro. Las manos la cogen para notarla aún caliente, sin respiración pero caliente. Se escucha una voz pidiendo perdón. Sigue sosteniendo a la rata solo para sentir cómo se enfría en su mano.

—No importa, Mary Anne. No ha sido tu culpa.

—Pero...

Descubre que se ha puesto de pie. Que le da la espalda a las dos chicas y al carrito con las ratas.

—Salid de aquí. Quiero estar solo, por favor.

Ahora la puerta se cierra con un golpe. Del otro lado el gimoteo de Mary Anne se aleja por el pasillo. La otra chica ni siquiera ha abierto la boca. Ahora el laboratorio

se alarga, se vuelve blanco y luminoso, como un túnel hecho de luz, pero es quizá porque Israel ha cerrado los ojos y así lo imagina hasta que recibe el calor de un día de tierra, el gusto reseco de la arena levantándose de entre sus pies y metiéndose en su boca, el lento oscilar de su cuerpo hacia delante, como un péndulo escapado de su reloj, sin posibilidad de volverse a unir a él por deseo propio.

—¿*Sesfás giex?* —pregunta Takeshi.

«No —piensa Israel—, no lo estoy». La Plaza aparece ante sus ojos dorada pero ausente, como sumida en el eterno atardecer de una olvidadiza memoria colectiva.

El entierro fue altamente sentimental aunque sencillo. Nadie más que yo se preguntó cómo había logrado Israel llegar hasta allí con la rata en la mano. Hasta entonces no habíamos visto animales en la Plaza y mucho menos animales muertos. Hubo una notable consternación entre los presentes, pero más bien por otra clase de cosas, como el estado de ánimo de Israel, que parecía haber depositado en aquel animalejo toda su autoconfianza. Es curioso cómo a veces la luz deja de aparecer entre los árboles para dar un nuevo día. Cómo a veces algo inexplicable se muere entre nuestros brazos, algo que no tiene nombre, que no tiene apariencia, un simbolismo fortuito que convierte cualquier cosa en un detonante o en un límite. Las barreras de todo se desdibujan, Agneta. A veces las barreras las construimos nosotros para protegernos del placer, de la vida, de conocernos a nosotros mismos. Quizá todos tememos al ser que está escondido en nuestro interior aunque no lo conozcamos. En nuestro caso basta con intuirlo.

Hubo una oración católica y una judía. Pelayo recitó algo en árabe, lo primero que se escuchó en la Plaza que no fuese en el idioma común (no, Antonio, habíamos escuchado *Semilla negra*, me la habías traducido al alemán). Takeshi escribió un haikú para enterrarlo junto a Lambrakis bajo los columpios eternamente vacíos del parquecillo. Violet miraba con los ojos desbordados el pequeño e improvisado nicho bajo un paraguas enorme de color morado que reflejaba en su cara unos surcos lacrimosos de tono magenta. Ella decía que en todo entierro había alguien con un paraguas aunque no lloviese.

—Aquí no yace solo una rata —pronunciaste tú sin pestañear siquiera—. En este pequeño hueco de tierra descansan los restos de la memoria colectiva, la esperanza del recuerdo. Ha muerto la vida, porque la muerte no es más que la ausencia de recuerdo.

La Plaza había ralentizado su ritmo habitual. En los ojos de Basil había un azul extraño, ajeno a él, un azul perdido que parecía arropar a Israel en su oración hebrea. Eso era muy de Basil. Eché de menos su protección, cuando sus ojos me miraban y todo quedaba rendido, comprendido, hecho. Supongo que hasta ese momento no entendí que estaba celoso de Violeta también. Desde que había aparecido en la Plaza, Basil era del todo para ella. Y yo me había quedado inmerso en mis pesadillas.

Hojas muertas viajan por un océano de fuerzas invisibles en la Plaza donde todo era calmo antes, antes, mucho antes. Parece que hiciese mucho tiempo al lado tuyo, mientras las sombras se alargan a nuestro paso y yo me giro de cuando en cuando para mirar por la ventana ovalada que cada cierto tiempo pasa por detrás de mí. El tiempo no puede rebobinarse, el pasado es pasado, brille lo que brille, pase lo que pase. Escucho pasos y goteos en mi cabeza, entre el aire que va de oreja a oreja, dentro, muy dentro, como si fuese Ubre aunque sepa que no lo soy. Soy un preso de mí conciencia en este devenir del espacio plegándose sobre sí mismo. Ni siquiera buscar tu mano que se convierte en humo me consuela. Quisiera haberte amado a ti como tú lo has hecho, tan ciega. O con tanta vista, pero ignorada. Dices que siempre supiste lo que de despreciable había en mí, que en algún lugar de tu corazón ya estaba adelantada la respuesta a todo lo malo que haría, pero que la perfección no existe, no se puede comprar ni vender, ni comparar a nada. Que si yo hubiese sido perfecto no me hubieses amado. Que si te hubiese correspondido quizá habrías desconfiado de mi corazón hasta dañarlo, pisarlo. Tu mano izquierda empieza a desvanecerse ante mis ojos mientras te recoges la sensual melena rubia en una coleta alta. A los demás no les supondrá un trauma no volver a la Plaza, espero. No nos echarán de menos en su recorrido tortuoso por el no descanso.

Me hubiese gustado dejarte marchar, abrir los brazos en vez de agarrarte, que mis dedos no se crispasen alrededor de tu muñeca, Agneta. Me hubiese gustado mirarte y no tocarte, dejarte huir del lugar de donde no se huye porque es donde va la gente a escapar. Eres mucho más especial de lo que hubiese pensado jamás. Mucho más inteligente de corazón que cualquiera. Que Violeta, que tanto se equivocó. Te miro deseando amarte con todas mis fuerzas. Tú ya me amas por los dos.

El entierro de la rata era como un símbolo, una de esas veces que el universo te dice algo calladamente. Pero yo miraba a Violeta. Recuerdo que por aquellos días entró un vencejo por la ventana abierta mientras estaba en mi estudio traduciendo el libro de la mujer rusa. Entró como una sombra, pasando por encima de mi cabeza para chocar abruptamente contra la pared del fondo. Quedó de él un confuso bulto oscuro encogido sobre las baldosas. Me acerqué sin ser capaz de tocarlo al principio. Luego me di cuenta de que lo que temía era que el animal se hubiese matado del golpe. Pronto descubrí que no era así. Sencillamente no era capaz de levantarse de la postura en la que se encontraba. Lo cierto es que no soy aficionado a los pájaros y que esa fue la primera vez que vi un vencejo tan de cerca. Esos pájaros tienen unas patas muy pequeñas, atrofiadas y prácticamente inútiles en relación con la envergadura de sus alas oscuras, de modo que les resulta del todo imposible levantar el vuelo desde el suelo. Viven toda su vida en las alturas, desde las que se dejan caer para poder desplegar sus alas. Si alguno acaba cayendo, no le queda más que esperar una muerte que casi siempre les llega de forma poco elegante. Confiados por naturaleza, sin poder defenderse con su mejor arma, que resulta ser la fuga en pleno

vuelo, y con un carácter poco agresivo, son presa fácil de atropellos, niños desalmados y toda clase de gatos.

Cogí al animalillo en mis manos y le miré la cara. El pico abierto de resuello era mucho más grande de lo que parecía en principio y sus inmensos ojos oscuros me suplicaron un poco de caridad. No sé explicártelo, pero se me antojó inmensamente hermoso en su aire desgarbado e indefenso. Me pareció increíble que una especie con esa facilidad para ser víctima de accidentes hubiese llegado a sobrevivir hasta este momento. Y se apareció como Violeta de algún modo. Sus ojos eran idénticos a los de Violeta, enormes en relación a la cabeza, húmedos y tristes. Acaricié sus plumas con cariño. Le di agua, me hubiese gustado darle algo de comer, pero por lo que sé son insectívoros y no me veía yo con ánimo de andar cazando moscas por el estudio. Como Violeta. Es curioso lo objetivamente que vi a Violeta durante esos instantes. Violeta no era ni siquiera como una golondrina, pequeña y elegante, no era una especie siniestra como los cuervos, ni alegre como los loros. No tenía la agresividad ni la presencia de ánimo de una rapaz, no era grácil como un cisne ni aparatosa como un pato o una oca. Violeta era como un vencejo. Era un vencejo tanto como el que yo tenía en mi mano mirándome en silencio, desvalido, triste, feo, sin posibilidad de levantarse si caía al suelo. Y cuánto la amaba yo. Y cuánto amé al ligero peso que ocupaba mis manos, en el que se habían instalado todas aquellas cosas que despertaba en mí Violeta. Lo amé con una intensidad absurda, infantil, con una fuerza de descubrimiento que casi me empuja a apretarlo con fuerza, meterlo debajo del grifo hasta que se ahogara, partirle el cuello con un movimiento rápido de mi mano. Pero caí en la cuenta de lo que estaba pensando y lo deposité en el alféizar de la ventana, deseando con todas mis fuerzas que tuviese altura para saltar y huir de mí, no sé si te he dicho que vivo en un cuarto sin ascensor en el centro de Madrid, no claro, ¿por qué iba a hacerlo? Aparté la vista el tiempo suficiente como para que, al mirar de nuevo, el vencejo-Violeta ya no estuviese donde yo lo había puesto. La duda que me asaltó entonces fue si lo habría logrado o si, por el contrario, habría sido atrapado a causa de mi acto negligente por el hábil gato persa de la vecina, muy dado a comerse los pájaros del barrio en la cornisa de mi balcón.

Descontrolada y de pasos perdidos como ecos de recuerdo. Un chapoteo ligero que denotaba que Violeta no debería salir nunca sola a la calle. Nunca sola, como una vieja canción de esas hechas de un tiempo solitario. Esperanzas vacías sobrevolando los charcos. Un chapoteo para saber si de verdad estás allí y no en otra parte. Concentración para encontrarte en una calle, que te dé el aire en la cara y estés segura por una vez de lo que estás haciendo. Piensa, Violet, ¿dónde te dirigías? Tus pies te están llevando en dirección contraria, ¿adónde?, ¿por qué?

Una melena rubia como una flecha, como una bandera ondeando delante de ti, te da una ligera pista. Un abrigo blanco oscilando sobre unos tacones, el tictac

acompañado, clac-clac, clac-clac, clac-clac, la tristeza que de pronto se apodera de ti, Violeta, mostrándote el camino que estás siguiendo, un camino que notas bajo tus pies acolchado de piel muerta, pero sigues el clac-clac de los tacones con fiereza, ciegamente. Sin miedo. O con mucho miedo, mejor dicho (a veces el miedo por acumulación colapsa el sistema y se hace desaparecer a sí mismo). Basta ya de ser una víctima, basta ya de temer hacer sufrir. Es ahí donde está la cuestión, el victimismo se tiene que acabar. Una víctima es todas las víctimas. Basta de ser todas las víctimas.

¿Qué tienes en la mano? Ese contacto frío del filo lacerándote el costado de la mano. El cielo es un funeral que acontece entre tus brazos. Criatura hecha de piedad, apodérate de mí, libérame. ¿Qué ha pasado antes? Basil en la cocina diciéndote que no va a acompañarte al ensayo hoy, que no puede verte bailar en un día como hoy. Y luego la confusión de sus palabras, ajenas al beso de Antonio y a tus celos, pero tan certeras como absurdas. Si te acercas mucho a él te va a hacer daño y yo no podré matarlo porque también lo quiero. ¿Entiendes, Violeta? Dime que lo entiendes. El querer protegerme destroza a la gente. El que yo sea todas las víctimas destroza a la gente. Tengo que convertirme en todos los criminales, despertar mi sed de sangre. Bañarme en ella. Mira el líquido viscoso y rojo bajando por tus brazos, en silencio, sin llamar a casa, sin decir ningún nombre. La paz del cuerpo ajeno abierto liberándote. Y esos pensamientos, ¿dónde te han llevado? A una búsqueda del frío de la calle, ante la mirada de Basil que no es más que unos ojos azules inundados de piedad. Basil nunca comprenderá el páramo.

—A veces me siento como un páramo, Basil, en el que nada crece, en el que nada puede sobrevivir. Sola, eternamente sola. Cierro los ojos y veo el páramo. Todo árbol que osa nacer allí es asesinado por mi tendencia a sufrir. No se me puede salvar.

Ojalá no tuviese que ser salvada. Pero una vez que te toca sufrir, el sufrimiento es siempre igual a sí mismo.

Y la chica pasó por delante de ti, envuelta en su abrigo blanco, con la melena rubia balanceándose en un movimiento hipnótico, sola, tan sola, *cliclaqueando* felizmente ajena a todo. Hasta ese momento te habías preguntado por qué habías cogido el cuchillo de cocina.

Y vuelves a ti en una esquina cualquiera. Estás tan cerca que puedes oler su perfume. ¿Cuánto tiempo llevas siguiéndola? Carece de importancia porque sabes que si ahora la matases te convertirías en todos los asesinos. Dejarías de ser víctima, regarías tu páramo con su sangre y luego, luego todos dejarían de preocuparse por ti, de sufrir por tu fragilidad. Porque tu fragilidad es capaz de matar y hacer nacer árboles de órganos palpitantes. Hermosa crueldad. Y los ojos de Basil, inmensos y serenos lagos azules, dejarían de amar con esa fiebre exaltada.

—No lo podría odiar porque es mi amigo. Yo lo quiero como no puedes imaginarte. Estoy condenado a confiar en Antonio, aunque sepa que va a destrozarte.

¿Qué sabía Basil? No podía comprender el modo en que Violeta amaba a Antonio,

porque lo hacía como se ama el peligro, el salto al vacío, la posibilidad de la cuerda floja. Ese amor que no dura, que es imposible mantener porque no es sereno, sino doloroso. Basil es ajeno a eso. No puede entenderlo porque es tranquilo, su alma es tranquila como el borde del agua dentro de un vaso. Entonces... ¿qué intuye en ese febril esquivar de miradas de Violet hacia Antonio?, ¿qué puede saber?

Te descubres a ti misma empuñando el cuchillo en una de esas vacías y cómicas calles de Londres, un paso más, alzarlo en alto y... ella se vuelve y te mira. Su sonrisa está vacía de significado, sus ojos son inmensos como los de un cordero que pasta en el campo, confiados.

—Violet, vaya... has llegado pronto hoy. Había pensado en venir un poco antes para calentar.

La conoces, resulta extraño reconocer en ella a una de tus compañeras del cuerpo de baile, y en la calle saber de esa puerta que da a la parte de atrás del teatro, por donde sueles entrar cuando vas a ensayar. Empieza a lloviznar y palpas el cuchillo, que ya no lo es, sino que se ha convertido en una zapatilla de punta. Sabes sin comprobarlo que la otra está en tu bolsillo izquierdo, caliente, inocente y clara como Nora y su abrigo blanco y su melena rubia, como la rata Lambrakis bajo los columpios de la Plaza.

La acompaña al interior en silencio.

—Yo también quería un poco más de calentamiento hoy, Nora, estoy anquilosada con este frío.

—No se lo he confesado a nadie, porque es mi gran oportunidad y no quiero desperdiciarla, pero ¿sabes, Violet?, me duele mucho la espalda desde que hago el paso a dos con Woody. Creo que después del estreno me voy a tener que quedar un par de días en cama.

En realidad lo que se convierte en una mentira de los labios de Nora sobre el abrigo blanco acaba por ser una realidad de Nora hecha un cuatro sobre las tablas del escenario, doblada y dolorida en mitad de un giro enfundado en sus mallas color crema. Violet se siente terriblemente culpable, de una forma que ninguno de los presentes comprende, ya que ninguno se había planteado con seriedad matarla a lo largo de este día. Decide, sin mucho pensarlo, ser en vez de verdugo heroína, para dejar a la víctima atrás y acompañar a Nora a urgencias sin terminar el ensayo.

La rata blanca está en toda la piel etérea de Nora, ese cuerpo maltrecho que llora por la lesión y su oportunidad de salir del cuerpo de baile echada a perder mientras Violet le dice que no piense en eso ahora, Nora, lo importante es tu salud, oportunidades las hay a puñados, tienes que ponerte bien.

Se piensa en la sangre de Nora como en una pesadilla en la que Antonio doblaba a Violet por la cintura y clavaba los dientes en su cuello. Vano intento de hacer que el páramo no sea hostil.

Los pies se encaminan —siguen soñando— por los pasillos del hospital en el que han dejado a Nora para hacerle mil pruebas. Violet mira a su alrededor para no ver más que penuria: niños llorando, mujeres con ojos hinchados, hombres de pieles pálidas y ajadas. No piensa cuando dobla esquinas y recorre pasillos. No sabe dónde va ni por qué escoge un camino y no otro cualquiera. Ni siquiera sabe por qué está allí si hace rato que llegaron los padres de Nora y ya no hace falta que se haga la heroína. Después de todo, ¿ha hecho un acto heroico? A Nora nadie le ha salvado la vida. El único acto heroico ha sido no matarla.

Una voz como un dardo envenenado que dice:

—Enfermera...

Que cruza el aire sin contenciones, despreocupada.

—Enfermera, ¿podría traerme otro vaso de agua?

Un veneno en forma de tono, de cadencia, de forma de separar las palabras al hablar.

—¿O es que esperan que muera antes deshidratado?

Cruza el aire hasta el oído de ella, que frena en seco en mitad del pasillo, con el corazón latiendo de miedo en sus sienes.

El ojo de Violet, claro e incrédulo, asoma del otro lado de la cortina a comprobar lo que el oído sabe y grita dentro de su cerebro. El hombre se ha convertido en un trapo rodeado de cables, más calvo, más enjuto, más pálido, pero con esa misma voz grasienta y agresiva en sus formas.

—Lo que daría por un cigarrillo.

—Señor Richardson, sabe que eso sería un suicidio en su estado.

El nombre, tantas veces pronunciado para espantar fantasmas, suena ahora como un revulsivo desde otra boca. Y la enfermera desconoce el dolor que provoca al pronunciarlo.

—¿Y qué? Ya estoy desahuciado, ¿no? Solo queda que me mandéis a casa a morirme en paz. Por lo menos allí podré fumar tranquilo.

No sabe cómo ha llegado a estar dentro. La enfermera la mira con curiosidad esperando que se identifique. Pero Violeta no sabe qué decir. Ni siquiera sabe por qué sus pies han decidido por ella estar dentro y no fuera, entrar en vez de huir del dolor que le causa aquel hombre postrado en cama, débil y envejecido.

—Es mi hija —dice él.

—Pensé que solo tenía una hija, la que tiene que venir mañana.

—Pues mire, tengo dos. Solo que no esperaba que esta llegase a verme vivo otra vez.

Violeta lleva un vestido blanco que acaricia sus rodillas con un leve balanceo. Las medias blancas con las que baila aún cubren sus piernas delgadas, y los zapatos de charol negro brillan con la luz dispersa del hospital. Es fácil imaginarla como una

niña, una niña pequeña y asustadiza que viviese en la casa de enfrente, una niña a la que se observa por la ventana de cuando en cuando.

—Usted verá —dice la enfermera desconfiada.

—Claro que verá. Y ahora salga de aquí. Mi hija y yo tenemos cosas de qué hablar.

Cuando la mujer se marcha, Violet se sienta al lado de Peter Richardson y lo siente todavía más pequeño, más viejo y más enfermo de lo que lo había sentido desde la puerta. No dice nada todavía.

—Nunca creí que tendría la oportunidad de disculparme en vida —sale de él—. Lo que te hice hace tantos años... Yo... Yo...

Los ojos del anciano se llenan de lágrimas, unas lágrimas auténticas, de verdadero dolor. Violet le pone un dedo sobre los labios azulados, ya *fríos*, como si la muerte se hubiese abalanzado sobre ellos. Niega con la cabeza para que no siga hablando, para que esa conversación que no ha tenido nunca lugar se acabe. Siente pena por él, por ese viejo moribundo que llora. No siente pena por el hombre que la convirtió en víctima desde niña, no por el que la hizo como es, por el que destrozó a su familia negándoles el descanso. Pero sí por el viejo ese que no debe hablar para que su voz no lo convierta en el otro, al que todavía guarda rencor en alguna parte de ese recorrido absurdo tras Nora, queriendo matarla para convertirse en Peter Richardson, en todos los asesinos.

—Aquel señor Richardson asesinó mi infancia. Este es un anciano que necesita compañía —dice sin dejar espacio a que él entienda.

Carece de importancia que lo haga en realidad. ¿Qué ganarían? El silencio que se hace tras sus palabras es consolador y cálido, como si existiese perdón en las frases cuando hablar jamás perdona en realidad. Y Violeta entiende que ese es en verdad el mayor acto heroico del día.

No se escatima el esfuerzo empleado para desaprovechar oportunidades. El ser humano es así, un eterno caer en el vacío póstumo que deja la opción echada a perder. Todos, incluso, deberíamos estar más concienciados al ser en nosotros mismos muchas veces oportunidad maltrecha. Como tú, Agneta. Si yo hubiese sido lo suficientemente inteligente como para amarte, no nos veríamos como nos vemos, aquí, esperando que la grulla negra y dorada nos trague, comiendo indolentemente como si esto que tenemos delante pudiese constituir algún tipo de alimento, cuando nos podríamos haber quedado en piernas que se deslizan al ritmo de una música dulce y apetecible, en perfume de sexo subiendo y bajando, en entrar en un mundo de éxtasis calmo mientras la habitación cambiante da vueltas sobre sí misma, mostrando al alcance de la cama un mueble raído, una pequeña radio encendida o un periódico doblado de 1912 que desplegaste con curiosidad como si lo que fueses a leer fuera también cierto para este tiempo, para esa habitación rotante, para la Plaza y sus

consecuencias. Me mostraste divertida una página. Tu sonrisa era la de alguien que jamás ha sufrido, la de una ninfa de un cuadro renacentista en tu desnudo de piel fina, con los cabellos rubios rodeando tu cara y la mía por extensión, dulce inundación de oro (pintado, pues lo que había tenido el gusto de hallar de cintura para abajo me decía que no eras tan rubia como se creía). Apareció ante mis ojos una fotografía de papel crujiente todavía perfumado de imprenta, que guardaba la imagen imponente del *Titanic* amarrado a puerto. Una desazón inquietante y desmesurada invadió mi desnudo y obligó a que todo mi cuerpo se retirase de aquella visión.

—¿Qué te pasa?

Quizá no supe explicarte que aquello no me parecía en nada divertido. Aquella gente que meneaba estáticamente el brazo en la imagen de sombreros confundidos, guantes, plumas y niños alzados desconocía el futuro que nosotros sí sabíamos que tendrían: una tumba de agua y hielo, o una barca incierta con sabor a culpabilidad. Ese coloso de metal flotante se convertiría en el transcurso de unos días en un infierno angustioso donde morirían muchos y otros tantos lo perderían todo. El saber ese pasado que el periódico convertía en futuro me hizo sentir culpable de una forma que no podrías ni imaginar.

En la historia hay como una especie de sistema global que todo lo acoge. Alguien en el futuro podría estar leyendo este relato abandonado en un cuarto cambiante de la Ciudad y pensar que tiene en su poder un pasado ya acontecido, pero que será futuro, ya que él o ella no conoce todavía el desenlace, aunque los protagonistas haga mucho ya que no respiran, tú y yo, que pronto tendremos los ojos transparentes y serviremos mezcal a otros que cometerán los mismos errores que nosotros. Que se equivocarán tan redondamente como yo.

Mirar pasar los trenes es un entretenimiento como cualquier otro para alguien como Agneta. Gusanos de hierro rápidos e inconscientes de su fuerza de empuje, atravesando selvas de metal y cristal, con el estómago lleno de corazones palpitantes, cabezas de ángel partido con las alas saliendo de un cuello corto y regordete, carritos llenos de dulces transformables en azúcar puro y rosas perfumadas con destino a brazos amantes en algún lugar del que siempre puede huirse. Si Antonio fuese peligroso, ¿cómo no dejarse arrastrar por su dolor? Hay algo en él que no permite la huida, una expresión de alma retorcida y altiva. Pero él ama a otra, a esa otra pequeña y frágil, de ojos enormes de ave. ¿Importa algo eso? Quizá hace más fácil ser una medicina para un dolor tan grave, para una herida tan abierta y tan supurante. La huida es imposible. Antonio piensa que Agneta tiene aspecto de no haber sufrido nunca. Y puede que sea cierto. El miedo y el dolor son como una constante dentro de su contundente cuerpo rubicundo, se ha acostumbrado tanto a ellos, forman tan parte de ella, que ninguna pequeña cosa puede alterar su expresión de virgen renacentista. Piensa en Tíbet, en los Juegos Olímpicos de China, hay algo de generalización en

Birmania y en Tíbet. Dicen en China que los que están alterando el orden son los monjes.

¡— Eso no hay quien se lo crea —había dicho Takeshi en la Plaza.

Claro que cuando él lo dijo sonó algo así:

—*Elo do jai sien le no dlea.*

Y hay una especie de correlación en todos los hechos absurdos con los que tarde o temprano nos hacen comulgar. Los edificios rotantes de la Ciudad tienen ese algo en lo que Agneta piensa bebiéndose su Kólsh frente a las vías. Es como si el absurdo estuviese íntimamente unido al rotar de la historia, siempre en una dirección única, con repeticiones casi calcadas cada cierto tiempo, como los cuartos y los objetos de los cuartos dentro de los edificios cambiantes siguen un recorrido preestablecido, constante, palpitante, rítmico. Hay algo de terrible y único en ese ciclo lento del que no se puede tener una idea global, ya que cada uno es protagonista de su propia historia, ínfima en comparación con el conjunto. También los edificios tienen una idea del absurdo. Las enredaderas, enroscadas en gárgolas amenazantes del alto gótico posadas sobre columnas jónicas, tienen una vida salvaje, hambrienta, que se alimenta de la piedra, del metal, de los cristales de colores de los ventanales, unos enormes, corridos, de escuela Le Corbusier, otros pequeños y altos, imitación capilla románica. Pero esa viveza salvaje está también presente en los ojos de las pinturas que presiden las habitaciones, siempre retratos de gente de aspecto importante pero pobres vestiduras, encaramados sobre caballos de melena blanca movida por un golpe de viento bienintencionado, sentados en lánguidas butacas *artdéco*, de perfiles cubistas y prácticamente fragmentados hasta la casi abstracción, desnudos inocentes tomando un baño de agua marrón, verde y roja, o bien niñas prepúberes de bucles rubios y vestidos almidonados con zapatos de tacón y la cara pintarrajeada, hombres de raya diplomática hasta en los labios entreabiertos, inmortalizados en eterna respuesta muda, y *geishas* de estampa japonesa en actitudes poco propias de la estampa japonesa (*¿Recuerdas una cuyo cuadro pasó por nuestra habitación del hostel? Aquella que parecía estar integrada en el cuadro de Los borrachos de Velázquez me vino a la memoria mientras estaba bebiendo cerveza frente a las vías.* Nota actual de Agneta en el restaurante cambiante en el que cena con Antonio). Ese estado salvaje de las cosas de la Ciudad en cierto modo era la naturaleza que, de vez en cuando, llama al ser humano al orden desde el absurdo cíclico (*¿Me he explicado bien? Me gustaría que entendieses todo lo mío como yo entiendo lo tuyo*). Desde ese absurdo de muebles de la Staatliche Bauhaus en combinación con cortinas de terciopelo pesado, futones haciendo compañía a camas con dosel en cuyas mesitas brillan lámparas Tiffany's decoradas con brillantes dragones voladores y libélulas (ese lento brillar tuyo al jugar con dragones voladores y *dragonflys*, enorme, dispuesta, bella Agneta).

En todo ese juego absurdo de decoración interhistorial vomitada a propósito de la Ciudad había algo de China intentando convencer a Occidente de que la represión de

los monjes tibetanos está justificada, o de que el Dalai Lama tiene la culpa de las revueltas. Algo de Takeshi expulsado de una vez por todas de Birmania, sin caballo blanco con el que rescatar a la mujer del vestido amarillo y sin que nosotros hubiésemos logrado enviarle el piano de la resistencia. Algo de Violeta en el hospital consolando a un violador de sus propios crímenes. Algo de la maravillosa bondad de Basil al permitirlo todo por amor, aun sabiendo cuál sería el desenlace (*como yo lo sabía, Antonio, ya allí en la vía lo sabía, mi corazón lo decía así: pom-pom, pom-pom, pom-pom, a su manera cálida y lenta de vomitar sangre*). Algo de Pelayo poniendo a salvo el honor de los promiscuos. Algo de Israel buscando la memoria histórica en una rata muerta. Algo de ti y de mí, y de la selva asfixiante de mis pesadillas, enredada a mi pecho por el miedo al vacío, al precipicio, a amarte, a no lograr escapar de tu amor, a hundirme en el vapor angustiante de la semilla negra que habías echado en tu bolsillo, pero que nunca te prometió ser ligera como la brisa como la de tu canción y ya la mía también. Los trenes pasaban. Yo miraba los nudos de sus cuerpos metálicos, músculos falsos resultantes de los ciclos y de las facilidades del hombre, de todo eso que ya se ha dicho. En los objetos de la realidad había un poco de todo aquello que se había pasado para llegar hasta ellas. En los objetos de la Ciudad y su Plaza, una idea global y simbólica de lo que somos, lo que fuimos y lo que seremos nosotros y los que nos sucedan.

La primera gran grieta se abrió al no salir de sus labios las palabras *PeterRichardson*. Cuando la voz de tarta de lima no pronunció con aire fresco y dulce esas dos palabras tan cargadas de significado simbólico, empezó a sonar dentro de aquella mujer delgada, primera bailarina, víctima redimida, muñeca feliz vestida de blanco, el lento crujir del romperse las paredes de presencia. Abierta la grieta del rechazo en el cuerpo de Violeta, allí estaba plantada la semilla de la locura en forma de sonrisa descontextualizada y beso en los labios de Basil al llegar a casa, calientes, blandos, tan como siempre que eran como nunca.

—Al final no he ensayado. A Nora la han tenido que hospitalizar con una lesión en la espalda bastante grave.

Y la sonrisa con la que aquellas palabras salieron de su boca provocó un escalofrío en el cuerpo ancho y calmado del irlandés, que se sobrepuso echando un trago de su cerveza de trigo.

Luego el techo abierto, blanco, con aquella lámpara colgando que a él tan poco le gustaba pero que Violet, dormida como un pequeño pájaro ahora, se había empeñado en comprar sin admitir ningún tipo de objeción. Pensaba en Antonio. Si cerraba los ojos aún podía dibujar en su mente su mirada helada al preguntarle en aquel sueño si quería divertirse con su muerta. Uno quizá siempre carga con el mismo muerto vida tras vida si una vez ha cometido un crimen. Esa idea le producía aún más insomnio. Antonio condenado a asesinar a Violet una vida tras otra hasta que consiguiera no

hacerlo. Y a ella, ¿qué le pasaba? ¿Por qué esa sonrisa al hablar de la lesión de una compañera? Basil tenía la sensación de tener en la mano la invitación a una fiesta a la que no pudiese ir. La respuesta estaba ahí ante sus ojos, pero era incapaz de verla. Debía de haber algo que provocase la muerte de Violet a manos de Antonio vida tras vida. Pocas muertes son gratuitas. Quizá si averiguaba la razón tendría la respuesta, podría evitarlo esta vez. Llegaría a tiempo, pararía la espada en el aire. Cerró los ojos. Por las noches se llenaba de todos los pensamientos que lograba esquivar a lo largo del día. Como resultado, cada vez le costaba más dormirse. Sentía en alguna parte de su corazón que el momento se acercaba, que la clave estaba en los detalles. Repasaba milímetro a milímetro todos los encuentros en la Plaza. Fue imaginando el cuerpo de Antonio recortado contra su silla, fumando con ese aire tan desvencijado de falso escritor con facilidad para los idiomas que desperdicia su talento traduciendo textos de otros, rompiéndose los cuernos para encontrar la palabra perfecta, la que haga justicia a la realidad del amor que puso el escritor verdadero en su obra. Qué gran ventaja sería que todos pudiésemos hablar siempre como en la Plaza, en un idioma internacional, interno, privado y público. Pero ni siquiera allí, ya ves, ni siquiera allí era capaz el hombre de conectarse en toda su amplitud, así Takeshi y su forma particular de formar las palabras, como si algo en su vida se hubiese roto y al tratar de recomponer los pedazos fuese incapaz de hablar en la misma longitud de onda que los demás. Pasó la mano por el cuerpo pequeño de Violet, su pequeña muñeca. *Poor Basil*, siempre pensando que los problemas se pueden resolver con conocer su raíz, qué inútil ahora, ¿no te parece? Conocer las causas no hubiese valido de nada.

—Eres demasiado duro contigo, Antonio. Es humano preguntarse, es de héroes intentar redimir a los demás. Era así como Basil te quería.

Los dedos se arrugan alrededor del pico del mantel para contener las lágrimas que con tan poca frecuencia afloran a mis ojos.

—¿No te resulta tremendamente curioso que ahora, cuando ya está todo perdido, al recontar la historia tengamos todos los datos? Las palabras que representan lo que otros sintieron brotan de nuestras bocas como si siempre lo hubiésemos sabido cuando eso es del todo imposible, nunca han llegado a nuestros oídos datos suficientes para reconstruir. El sonido sale sin más, sin que el cerebro procese la profunda angustia de Basil o lo que era para Israel aquella rata. Es necesario que lo pongamos en voz alta para también nosotros conocer. Es una pena que se nos esté acabando la Droga.

—A veces pienso que siempre hemos estado aquí, Antonio, sentados en este restaurante a esta mesa, inventando esta realidad. Porque a veces, antes de que llegue a mí el recuerdo de la sangre y el horror, de la muñeca en su tumba perfecta, me parece que lo estamos inventando porque no hay nada de real en nuestras existencias, ya no. Solo este mantel, esta última cena. Hasta mi mano izquierda está desapareciendo.

—Ya ves, hasta que no lo he dicho desconocía que te faltaba. En la Plaza siempre

tuviste dos.

La muñeca vestida de blanco empezó su viaje en un asiento del aeropuerto. Violeta la dejó allí sentada, con los ojos de cristal mirando al vacío, con su nota explicativa fuertemente atada a la cintura por una cinta de cuero teñida de malva. La encontró una encantadora niña llamada Pearl, que iba a Italia a pasar las vacaciones con su madre y el nuevo novio de esta, un napolitano diez años más joven llamado Marcelo, que no tardó en demostrar que aquella mujer frágil y enamoradiza y su pequeña hija pelirroja no le importaban lo más mínimo. Pearl, que ya había intuido el carácter oculto del amante moreno, encontró en la muñeca una compañía consejera en marcelinas cuestiones y un gran consuelo cuando su madre, deshecha en lágrimas, pasó en la cama del hotel los últimos tres días de vacaciones. Pearl perdió la muñeca en su precipitado viaje de vuelta y nunca más supo de ella, aunque la recordaría con cariño años más tarde cuando, al acceder a la Plaza, una camarera de ojos transparentes que se parecía mucho a ella, le sirviese un silencioso mezcal en las mesas metálicas.

La muñeca apareció entre las sábanas revueltas de la habitación del hotel donde una empleada trataba por todos los medios de recomponer aquella cama por la que parecía haber pasado una tormenta (*la del corazón roto*, apunta Agneta sonriente). Se la llevó de regalo a su hija Gaia, que la encontró «demasiado para niña pequeña, *mamma, io non sono una niña*» y la dejó en una caja para la beneficencia con otros retazos de infancia reciente pero ya perdida. Sin embargo, nunca llegó a su destino original ya que Fabricio, el novio de la nena, la vio en la caja y tras tomar a Gaia encima del sofá tapizado con flores macilentas en ausencia de la trabajadora madre, se la echó en una mochililla de tela que llevaba, con la esperanza de que su otra novia, una *erasmus* ocho años mayor que el chaval, le ofreciese a cambio sus favores.

La treta surtió efecto y Charlotte, una belga francófona lo suficientemente alejada de la infancia como para que una muñeca no le resultase amenaza alguna, se emocionó de tal modo que abrió su corazón y sus piernas al italiano de quince años que no podía creer tener tanta suerte en un solo día.

Cuando se despidieron en el aeropuerto con un mar de lágrimas (todas de Charlotte) prometiendo falsamente llamarse dos veces por semana, la muñeca viajó a Bélgica en el bolso de la chica, que fue la primera en leer la nota atada con cinta malva pensando que era una despedida de amor de su adolescente y *caro* italiano. Pese a la decepción inicial, el poder que ejercía sobre ella el sexo reciente con el muchacho evitó que Charlotte abandonase de nuevo la muñeca a su suerte en cualquier lugar. Escondió el papel en el interior del vestido blanco, junto al pecho de trapo, y se dijo que era el único recuerdo que le quedaba de su amor, así que tenía todo el derecho a quedárselo. Y habría sido así de no ser porque, en su afán de no separarse de ella, la llevó en una excursión dominguera a Amsterdam, donde la

esperaba su hermano Jean-Luc, que trabajaba en un *coffee*. Animada por un *space muffin* que la dejó fuera de combate, olvidó su amor por Fabricio, al que extrañamente recordaba como un enorme lagarto rosa con topos de color púrpura, y embarcó a la muñeca en un viaje que acabó en manos de una prostituta del Barrio Rojo llamada Nico, como la cantante de los setenta, a la que Charlotte tomó por la verdadera Nico, a la que idolatraba. Después de eso, permaneció durante seis semanas cómodamente sentada en una estantería cogiendo polvo.

Camino silbando un tema de Tom Waits, algo así como *Russiandance* en clave versión personalizada por un oído nulo en cuestiones musicales, salpicando en los charcos con mis zapatos de charol negro de doscientos euros, capricho estúpido que me permití con lo que me adelantaron por la traducción del libro de la mujer rusa. Todos los *punks* y góticos de Madrid, especialmente estos últimos, me sonríen por el pin de Yvonne de Cario que va prendido en la solapa de mi traje chaqueta negro. Llevo las manos en los bolsillos con una indolencia rara en mí. Estos últimos días ha llovido mucho. La primavera se ha instalado en las calles húmedas de un abril especialmente mojado, en los corazones de la gente que confunde un breve sarpullido hormonal con el amor a primera vista y en las alergias elevadas por culpa de la integración de árboles americanos en un hábitat pacientemente europeo. Vuelvo de la presentación del libro en el Palacio de Linares entre fantasmas reales e imaginarios en forma de cámaras de fotos y sonrisas condescendientes. Me siento un impostor con éxito. Los apretones de manos de hombres de chaqueta que felicitan por costumbre reconfortan como un vaso de leche con miel durante un resfriado. Pero yo sé que es mentira, quizá no las felicitaciones, pueden ser sinceras, ¿por qué no?, pero sí la razón de que las palmadas en la espalda, los dedos alrededor de los míos con una firmeza que se refleja en una sonrisa distendida (es curioso lo bien que hacen los editores eso de sonreír con naturalidad, las preocupaciones nunca les arrancan esa facultad), las fotos, la posible reseña en *Babelia* la próxima semana. Toda traducción es una violación y eso yo lo sé mejor que nadie porque hablo ocho idiomas, he leído los originales siempre que mis conocimientos me lo han permitido y he comparado de forma obsesiva con las traducciones de colegas, casi todos también escritores, también con complejo de culpa. La palabra no puede abstraerse del origen ni separarse del pensamiento, esto es, la oración precisa, de musicalidad efectista, de sonoridad perfecta, no puede desligarse del idioma en el que fue ideada, pues solo en esa lengua es capaz de sostener su peso significativo y su belleza formal a un tiempo. Así pues, al traducir, uno debe plantearse si lo importante es mantener la sonoridad, el ritmo, la forma, o si bien por el contrario, lo pretendido es acercarse a la palabra exacta en el idioma al que se traduce para mantener el fondo. Es bastante común que ninguna de las dos cosas se logre. Y si al decantarse por una o por la otra se acierta, uno puede darse con un canto en los dientes (la traducción perfecta para *darse con un*

canto en los dientes al ruso sería mucho menos gráfica. Risa no traducible de Agneta en el restaurante de la Ciudad). En realidad yo no estaba contento por haber logrado nada, no sentía esa iluminación de los miembros cuando se hace un hallazgo que le da sentido a toda una obra ajena. No estaba seguro en absoluto de haber sido fiel a la memoria de mi rusa valiente, más bien al contrario, estaba seguro de haber asesinado su espíritu de denuncia, cosa no demasiado difícil cuando se hace una traducción de un texto prácticamente periodístico. Pero estaba contento. Había acabado con ella. Había cerrado un capítulo de mi vida, sórdido y desesperado. No me perseguirían nunca más esas oscuras pesadillas en las que la rusa se convertía en Violeta que se transformaba en la rusa que se volvía Violeta con los ojos desorbitados y las muñecas reventando en rosas de terciopelo rojo casi negro. Había cerrado aquel espeso texto lleno de anotaciones al margen, *post-it* de colores en las comisuras de sus labios de papel con anotaciones tan poco divertidas como «idea uno», «acusación formal cuatro», «denuncia social veintiuno», «la-madre-que-la-parió dieciocho». Había echado tierra por encima al fin a las palabras en cirílico que sabían a tarta de lima, había matado del todo a la mujer rusa y a su dedo frente a mi cara. Caminaba saludando a diestro y siniestro a siniestros (válgame esa redundancia tan obvia) de falda larga y cabeza semirrapada/semimelenuda, que esbozaban breves sonrisas de colmillos afilados y labios ennegrecidos con pintalabios a la mamá Munster afianzada a mi chaqueta. La había llevado allí a la presentación un poco por accidente, porque últimamente la iba cambiando de un lado a otro en toda la ropa que me ponía, como símbolo de mi infancia (quería, pretendía renacer, redimirme, tras la presentación y entierro de la rusa) y como recordatorio de que jamás las mujeres frágiles y de corte de pelo a la francesa habían sido mi tipo. En mi primera infancia, si es que es posible recordar eso, Yvonne de Cario me parecía el *súmmum* de la belleza. Siempre quise una madre como ella, embutida en aquella ropa que con los años parecía transparentarse más y más conforme mi idea de lo erótico se fue formando alrededor de sus curvas, sus ojos alargados con maquillaje oscuro, sus largas uñas que parecían clavarse en sus caderas cuando sus brazos, tan a menudo en jarras, tenían que soltar alguna cariñosa regañina, adornada con un gráfico fruncimiento de ceño, al abuelo o a ese niño de cara redonda y nariz respingona que tanto se parecía al primer Basil lloroso que llegó a la Plaza el día en el que empezó todo (con una capa de betún en el pelo rubio y otra de maquillaje blanco cubriendo adecuadamente las pecas, eso sí). Había decidido volver a casa caminando, no sé muy bien por qué, la verdad, para que me diera un poco el aire supongo. Me pregunté si me habría enamorado de una forma tan obsesiva de Violeta si hubiera llevado un corte de pelo distinto al de la mujer rusa. Quizá eliminado ese símbolo de unión, nunca las hubiese relacionado y aquella traducción no me habría robado tantas horas de sueño, ni Violeta tanto arrebato onanista frenético y demencial.

Me di cuenta en la puerta de casa de que, quizá, yo era el único que no había comenzado el *things crossing*. Aquella traducción interminable se había llevado mi

sentimentalismo hacia los objetos para sustituirlo por las obsesiones, con lo que absolutamente nada era tan importante para mí como para embarcarlo en un viaje sin retorno (yo nunca creí que los objetos volverían realmente a nuestras manos, como nunca aposté por las casualidades en mi personal quiniela de creencias). Pero, de golpe, aquel pin de mi solapa reunía todas las características necesarias para entrar en el juego. Así que volví a caminar en dirección contraria. Enfrente del Dark Hole me puse como loco buscando un papel en blanco entre todos los bolsillos de mi práctica chaqueta. Un grupo de niñas *gothiclolita* —de estilo entre *cyberpunk* y muñeca de vinilo de principios del siglo pasado— miraba mi frenética inspección con curiosidad risueña; apoyadas en un Ford azul se pasaban un porro de marihuana. Solo encontré una servilleta del Brillante doblada cuidadosamente en el monedero de mi cartera de cuero bicolor. Cogí mi pluma y, buscando apoyo en la cara beis de esta, escribí las líneas que Violeta sugirió aquella tarde en la Plaza, palabra por palabra, como si su voz agridulce pudiese llegar también en ese momento hasta mí. Aquellas frases quedaron para siempre, traspasada la servilleta, grabadas en la piel clara de mi cartera, en una metáfora un tanto cruel vistos los resultados. Me volví hacia las niñas. Una de ellas me miraba en esos momentos con sus ojos negros y amplios dibujados con líneas perfectas de un blanco y un gris que resaltaban, contra aquellos iris brillantes, en mitad de la noche. En su mirada no había curiosidad ni miedo cuando la llamé. Las otras intentaron retenerla.

—Tía, Bego, hay mucho pervertido por ahí suelto, no te acerques.

Pero ella soltó el humo del porro (que se enredó con tanta gracia en los dos moños altos teñidos de negro y fucsia que llevaba decorados con coleteros con puntillas que me quedé embobado más de diez segundos), se atusó la falda de tul negro por la que asomaban unos ligeros con lacitos unidos a unas medias de rayas bicolor a juego con los moños, se sacudió el corsé de encaje negro y rosa, y se acercó a saltitos encantadores meneando un bolso que parecía una de esas bolas de hierro con púas que agitan siempre los ogros en las películas de mitología pseudomedieval. Cuando estaba frente a mí, la vi enternecedoramente pequeña y delgada, unos catorce mal distribuidos, muy guapa a pesar de los labios negros y el pendiente de la nariz. Me quité el pin de la solapa sin decir nada y se lo puse en la correa del bolso. Sus amigas, enfrente, estaban preparadas para llamar a la policía. Ella las tranquilizó con un movimiento de su encantadora manita de uñas fucsia.

—Muchas gracias, señor.

Hay un corte bidireccional en tu vida la primera vez que una chica guapa te llama señor. Sonreí con ternura sin embargo en lugar de ofenderme, que era lo que mi natural orgullo me pedía.

—Guárdalo bien, niña.

Luego metí la servilleta en el hueco de su mano enguantada en mitón de encaje con flores bordadas en rosa, y dije:

—Cuando leas esto sabrás qué hacer con él.

Ella miró el pin con una sonrisa y dijo algo sobre *La familia Adams* que hubiese provocado el famoso movimiento de uñas de mi Yvonne sobre sus caderas. Luego seguí caminando en dirección a casa escuchándolas cacarear a mis espaldas, destrozando a Tom Waits con mi escaso sentido del ritmo y esperando que nadie más me sonriera hasta que llegase al estudio.

En su larga carrera como traductora simultánea demasiado joven, Bianca nunca había sentido lo que ahora sentía: una aguja que atraviesa el frágil corazón de una mariposa a punto de ser coleccionada. En ningún punto de su corta y exitosa vida, recordaba haber vivido un fenómeno tan absurdo como el que en estos momentos se le presentaba, algo así como una bipartición de su vida en la que tan solo la mitad de las cosas existentes se presentaba a sus ojos y sus oídos, de tal forma que no es que viese el vaso medio lleno o medio vacío, sino que era incapaz de ver por completo hasta el mismo vaso. Desde hacía tres semanas exactas, su vida se había partido por la mitad literalmente, como si una línea vertical recta lo dividiese todo y ella solo pudiese distinguir su parte izquierda; así que en la mitad de un papel solo aparecía la mitad de una frase que la mitad de una persona había puesto allí (siempre y cuando la persona fuese zurda, ya que si no lo era, la mitad de la frase que se dibujaba en la mitad del papel aparecía mágicamente escrita por una mano derecha completamente invisible). Tuvo que darse de baja por depresión (firmada por la mitad izquierda de un medio psiquiatra que le dio la mitad de una receta de medio frasco de medias pildoritas antidepresivas que ella no tomó), ya que cada vez que intentaba hacer traducción de cualquier cosa que se estuviese hablando, a sus oídos solo llegaba la mitad de las frases y de su boca solo salía la mitad de la traducción, hubiese entendido o no el significado completo por contexto verticalmente partido. La desesperación provocada por este estado de cosas llevó a Bianca a una serie de pensamientos sobre la existencia que nunca antes había tenido, como qué somos, de dónde provenimos, si es cierto o no que estamos en el mundo haciendo el trompo (o lo que es lo mismo, dando vueltas una y otra vez sobre las mismas historias) o si alguna vez su vida volvería a ser la que era antes de que este cataclismo divisor entrase en ella. Lo que no sabía es que hacía exactamente tres semanas también que un extranjero con visado de trabajo había pisado Suiza, y que desde el mismo momento en el que puso un pie en el país donde Bianca vivía, había empezado a ver tan solo la parte derecha de las cosas, es decir, la que a Bianca le empezó a faltar. Este extranjero se llamaba Reza y venía de Irán con una beca para trabajar como profesor de intercambio (aunque tal y como estaban las cosas lo de intercambio era solo un decir, ya que Reza fue a Suiza pero ningún suizo fue a Irán) en una escuela de artes gráficas. Si para Bianca la bipartición de su universo conocido significó un desbarajuste bastante poco afrontable, para Reza, solo en un país extranjero, supuso una tragedia. En principio hasta coger su maleta fue un problema en el aeropuerto, ya

que la mitad derecha de esta no era precisamente la mitad más característica, y a punto estuvo de coger otras parecidas en las que esa parte resultaba familiar. Distinguir solo la mitad de las indicaciones de la mitad de los carteles del aeropuerto en un idioma que dominaba, pero que no era el propio, para qué nos vamos a engañar, tampoco ayudó. Más bien provocó en él una desorientación bastante sospechosa en la que la seguridad del aeropuerto quiso ver un leve asomo de posible terrorismo.

Se lo llevaron a un cuarto pequeño, del que Reza solo veía la mitad, a hacerle la mitad de preguntas que si él hubiese entendido completas hubiese podido responder sin problemas, pero que en esa situación, al parecer invariable, le resultaban jeroglíficos en los que él, aterrado, solo era una pequeña mosca atrapada en un nido de arañas. Lo encerraron a la espera de una comprobación de la historia que contaban sus papeles, que no su boca, ya que si hubiese intentado hablar solo habría logrado componer el final de las frases, lo cual le pareció poco inteligente en semejante situación. Al no abrir la boca él y no comprender la razón aquellas mitades derechas de carceleros cejijuntos, todo el mundo asumió (o más bien la mitad derecha del mundo) que aquel hombre no hablaba ninguno de los idiomas en los que se estaban intentando comunicar con él. Así fue como tras tres semanas de incertidumbre carcelaria, a una secretaria rubicunda que había trabajado con anterioridad en las Naciones Unidas se le ocurrió llamar a su vieja amiga Bianca, una traductora simultánea de probada valía.

A Bianca la noticia de que tenían un posible terrorista iraní con el que no se podían comunicar la pilló con la mitad de la cabeza enterrada bajo la almohada, en un intento desesperado por hacer desaparecer también las mitades izquierdas del mundo. A punto estuvo de mandar a la mierda a la secretaria rubia y habladora, sobre todo porque le costaba entender aquellas frases que sonaban con tono de gorgoteo, rápidas y agudas, pero un sentido del deber por encima de lo normal o un orgullo desmedido adornado con las palabras «sólo tú puedes ayudar a ese hombre», casi adivinadas pues solo escuchó *só t pue ayu a es hom*, más o menos y en alemán, la sacaron de la cama a rastras y de alguna forma le pusieron la ropa.

Fue extraño ver cómo, frente a frente ambos, fueron el uno para el otro lo primero completo en tres semanas. Se miraron con curiosidad. A pesar de las obvias diferencias en materia de color de piel, pelo y ojos, se encontraron parecidos. Los ojos de Bianca, de un verde aceitunado, se encendían con fiereza entre los rizos pelirrojos que ardían sobre la cabeza de piel blanca pero fuerte. Los ojos negros de Reza eran de la misma forma, dibujados de igual manera, con el mismo espesor de pestañas. El pelo negro se enroscaba sobre los ojos idénticamente. Se había afeitado la espesa barba que llevaba en su país, con lo que la forma de la boca, escueta y bien dibujada, quedaba a la vista de una Bianca que la reconocía como propia. Ambas narices compartían forma alargada y delgada, aunque resultaba algo más ostentosa en la cara morena de Reza.

—¿Te conozco de algo? —pregunta ella absurdamente, sabiendo por adelantado

el tajante no que sale de la boca de Reza.

Es imposible, sería demasiada casualidad que algo así sucediese, pero ¿por qué no? Al fin y al cabo llevaba tres semanas con la mitad derecha de su vida perdida por completo y ahora, delante de aquel profesor de dibujo flaco y asustado, la recuperaba del todo. Y venía de Irán así que podría ser, no tenía nada que perder preguntando.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—¿Qué importancia tiene eso? No era ningún terrorista, ni yo tampoco.

—Ya lo sé, pero es una comprobación rutinaria.

La mentira sale por sus labios como si mintiese siempre por costumbre, con una naturalidad que hace que de la boca de Reza salga el nombre deseado, tantas veces escuchado sin poder relacionarlo con nada, sin ser capaz de construir nada a través de ese nombre de padre desconocido, tan solo presente por alguna carta a su madre, que siguió recibiendo una vez la enterraron. A Bianca le flojean las piernas. Se sienta en una silla frente a él, apoyando la cabeza entre las manos para sostenerla mientras busca una fecha de nacimiento en la ficha de ese hombre, otro referente. Y sí, la segunda coincidencia se le clava en el pecho cortándole la respiración. Es el día en que Bianca cumple años, el veintidós de abril, el día en que también los cumple él. Nacidos en el mismo año, probablemente concebidos a la vez.

—Súbete la camiseta —pide ella—. Por favor. Por el costado izquierdo.

Él obedece sin saber por qué. La mancha de nacimiento, alargada como si le hubiesen desprendido algo de allí, aparece ante sus ojos asombrados. Ella tiene otra idéntica en el costado derecho. Sin decir más se la muestra.

—¿Habéis oído la de los hermanos gemelos de madres diferentes? —pregunta Pelayo.

Ninguno de nosotros sabe de qué está hablando. Lo más probable es que quiera contar alguna estupidez para animar a Israel y a Takeshi, ambos de luto por rata y Birmania.

—Por Dios, ¿no leéis los periódicos?

—Supongo que no tan pormenorizadamente como tú.

—Pero Antonio, si las noticias que vienen en columnitas casi invisibles suelen ser las mejores. La historia viene a ser que durante las revueltas contra el sah, un buen hombre, periodista, con una familia de tres hijos, lo abandona todo para contarle al mundo lo que está pasando en su país. No tiene reparos en dejar a su mujer y a sus tres bocas que alimentar con tal de que toda Europa sepa la que se está preparando con esa revolución. Viaja a Suiza disfrazado, con un montón de material para publicar, fotografías, entrevistas; el idioma no es problema porque estudió en un liceo francés. Pronto hay manos por todas partes que quieren apropiarse el material. Nuestro hombre pasará seis meses en ese país, sin poder volver al suyo hasta que el sah baje del trono. Mientras tanto se enamora de una bonita pelirroja de ascendencia

italofrancesa con la que vive mientras está allí. El pobre hombre piensa que jamás podrá volver a Persia y sufre por lo que podrá pasar con su familia, tan indefensa en una situación tan precaria. Por suerte o por desgracia, el sah entrega su corona y la obligación de volver le impulsa a despedirse de su bonita pelirroja con un buen polvo. Al llegar a casa, su mujer se le echa a los brazos entre lágrimas y también acaban haciendo el amor, de tal forma que en menos de veinticuatro horas el hombre hace el amor dos veces, y de alguna forma que no venía demasiado especificada en la noticia, ambas mujeres quedan fecundadas al mismo tiempo por el mismo hombre en diferentes partes del mundo.

—Eso no es posible, ¿no? —pregunta Agneta.

—En realidad sí —contesta Israel sin ganas—, el espermatozoide humano no es de esos que si no logra su meta inmediatamente se muere, más bien tiene la oportunidad de andar desorientado unas cuantas horas por ahí dentro hasta que dé con su objetivo. Lo que quiere decir que si a la italofrancesa la fecundó un espermatozoide despistado y a la persa un adelantadillo, apurando mucho el nivel de coincidencia, pues sí, puede ser, ¿por qué no? Cosas más raras se han visto. Ahora, que utilices el término *gemelos* para designar a dos personas que se han gestado en úteros distintos, eso sí que no te lo permito.

—Escucha antes de juzgar, Israel, eso es una licencia periodística para que quede más sugestivo en el titular, porque lo cierto es que durante años el persa siguió en comunicación cartil con la chica que vivía en Suiza, con la que tuvo una hija, sin abandonar en absoluto a su familia iraní en la que ya brillaban cuatro hijos varones. Hete aquí que el pequeño estudia arquitectura y consigue una beca para dar clases de dibujo técnico en Suiza, por lo que marcha a este país en el que, debido a un malentendido morrocotudo, lo toman por un terrorista y lo meten en la cárcel.

No sé muy bien por qué, ya que el tipo al parecer habla francés mejor que Napoleón, llaman a una traductora para interrogarlo. ¿Y quién es la traductora? Su hermana de la que él no tenía noticia, una bonita pelirroja exacta a él en otra gama de color. Pero todavía lo mejor está por llegar: ambos tienen una mancha de nacimiento en el costado, él en el lado izquierdo y ella en el derecho, como si hubiesen estado pegados a través de esa marca y los hubiesen tenido que separar, ¿no es genial? Incluso dicen que pueden sentir lo que el otro siente esté donde esté.

—La base científica de esa noticia es bastante cuestionable.

—¿Y qué si lo es? Israel, nunca sabemos dónde está el límite. La ciencia no lo explica todo, créeme. Por alguna razón que no conocemos, ellos dos deberían haber sido gemelos, pero nacieron de distinta madre, ya está.

—Ni siquiera es posible que hubiesen sido gemelos heterocigóticos, Pelayo, entiéndelo, son un hombre y una mujer, en todo caso habrían sido mellizos.

Basil se pregunta si el destino está escrito de antemano y si, por una pequeña variación en lo previsto, se ve obligado a hacer pequeños ajustes en sus planes. Si así fuera no tendría por qué no ser cierto lo que Pelayo propone. Al exponer su teoría,

Israel sonríe levemente.

—Cómo se nota que eres de filosofía y no de ciencias.

—Hay cosas que escapan a nuestro entendimiento, que no tienen base científica probable...

—De momento, solo de momento.

—... y sin embargo son, existen, suceden. No fuiste capaz de saber por qué una sola de tus ratas recordaba. Y sin embargo así era. No se diferenciaba en nada de las demás y, sin embargo, solo ella recuperó recuerdos. ¿Y si no recordaba? ¿Y si lo que estaba sucediendo era una tercera cosa diferente a formar recuerdos nuevos y a recuperar los antiguos? Algo que no has tenido en cuenta, una tercera solución al problema. Con esto sucede lo mismo, podría tener una explicación metafórica, filosófica y no científica.

—Tengo que marcharme.

—No, Israel, no pretendía ofenderte.

—Lo sé, no es eso, he recordado algo. Tengo que marcharme a mirar mis apuntes sobre Lambrakis. Me has dado una idea.

Israel se levanta de su silla metálica con un sonidito de arrastre, nos mira como ya nos miraría siempre desde ese momento, con los ojos maravillados y una media sonrisa en los labios, con esa expresión del drogadicto que acaba de inyectarse la dosis. No lo comprendimos hasta más tarde, cuando ya el hilo de los acontecimientos había avanzado hasta tener la historia en nuestras manos y saber que Israel, en ese momento, salió de la Plaza en dirección a su laboratorio, donde las hojas amarillas llenaban una mesa de contrachapado blanco.

Las hojas estaban allí, la letra era suya, no cabía duda alguna. El nombre de Lambrakis estaba en todas ellas, con el punto de la i en forma de asterisco, como solo él la hacía para señalar que ese era el nombre de la rata, la única que había tenido una reacción distinta al tratamiento. Sin embargo todas aquellas palabras no le decían nada, no le daban la información que necesitaba. Había llegado hasta su laboratorio dispuesto a mirar sus apuntes con unos ojos nuevos, unos ojos que no estuviesen sujetos a las leyes de la física conocida. Se decía a sí mismo que todos los grandes científicos que no habían hecho sus descubrimientos por accidente eran en realidad otra cosa, mucho más novelistas y soñadores de lo que nos habían intentado vender. Probablemente se sentaron en su día frente a lo que tenían de sus experimentos soñando una teoría distinta, intentando probar a partir de datos claros una imprecisión de su mente, algo mucho más filosófico y onírico que fundamentable a partir de lo que tradicionalmente traía la ciencia consigo. Tenía que ser como ellos. Había algo en lo que Basil había dicho que le provocaba una punzada en la boca del estómago, una suerte de premonición difusa que debía concretarse en una teoría científica, en una solución al problema. Si Lambrakis no recordaba, si no aprendía, entonces, ¿qué era

lo que sucedía dentro de ella? ¿Por qué solucionaba los problemas que habían aprendido sus compañeras a la primera, sin haber hecho nunca los laberintos o sin saber previamente que aquella palanquita accionaba el dispositivo que hacía caer la comida en el suelo de su jaula? ¿Por qué los laberintos nuevos, los que ninguna rata había pisado antes, se le escapaban, era incapaz de resolverlos?

Ni siquiera había ensayo y error, no había un tanteo previo de la situación, no había nada que hiciese creer que la rata no sabía de antemano cómo conseguir alimento. Lambrakis sabía. Pero ¿de dónde sacaba ese conocimiento? Todo conocimiento viene o de un tanteo o de un aprendizaje o de un recuerdo o de una asociación, pero esa pequeña rata no podía asociar el hambre con la palanca y esta con el alimento, no tenía esa capacidad. Entonces había que intentar pensar que Lambrakis recordaba aquello que había aprendido antes de que se le dañasen los recuerdos. Pero esa era una cuestión que, esta vez, Israel quería pasar por alto. Debía dejar lo que parecía lógico a un lado, apartar de su vista todo lo que le sonase a ciencia, llegar a una conclusión filosófica e intentar probarla a través de la biología. Aunque ya no pudiese analizar a su rata viva.

De pronto se dio cuenta de que llevaba más de tres horas delante de los papeles y de que hacía tiempo que ya no los releía, solo los pasaba de un lado a otro de la mesa, regodeándose en su grafía, analizando la forma alargada de las eles, las puntas chatas de las ges, la agresiva línea de las aes. Y entonces se dio por vencido dejándose caer hacia atrás en su silla. Pensó lo maravilloso que sería que Lambrakis no crease nuevos recuerdos, que ni siquiera recordase los antiguos.

—Sería genial que pudiese recuperar de algún modo la memoria de las demás ratas —dijo en voz alta—, de tal forma que cualquier cosa que le enseñases a una rata repercutiese en ella y pudiese aprenderlo también, estuviese o no presente.

Se rio al principio de su propia idea, con unas carcajadas tan sonoras que Mary Anne, que se había desacostumbrado al sonido de la risa de su jefe, asomó la cabeza y la culpabilidad por la puerta entreabierta.

—¿Le pasa algo, señor Fisherman?

La carcajada quedó congelada en el aire como la silla, ligeramente inclinada hacia detrás, en su posición. De pronto todo cobró un sentido diferente. Había encontrado sin quererlo la tercera teoría. ¿Y si Lambrakis era capaz de recordar lo que sus compañeras aprendían? Parecía absurdo, pero si eso era lo que sucedía, quizá estaba cumpliendo su sueño; recuperar la memoria colectiva a lo mejor no sería un imposible. Si una medicina hacía que cada hombre y mujer pudiese recordar la historia completa de sus antepasados, la consecución de errores idénticos de la humanidad podría frenarse. Se acabaron los ciclos de la historia, idénticos a sí mismos, circulares como un problema sin fin. No haría falta estudiar historia, no sería relevante qué pasó antes si en idéntica situación fuésemos capaces de evitarlo al tener toda la información. Cuando la subida de adrenalina le hizo precipitarse de nuevo sobre los papeles amarillos, Mary Anne ya había entrado en la habitación y estaba de

cuerpo completo ante él, a excepción de lo que de sus caderas hacia abajo tapaba la mesa, y había empezado a hablar, entre llantos y sorbidas de mocos muy poco adecuadas, de la otra farmacéutica y de su forma de espionaje empresarial tan poco inteligente a la hora de ocultar la existencia de Lambrakis. Para cuando Israel se percató de lo que estaba escuchando, no pudo ni enfadarse porque ya los sudores y la intranquilidad creativa y los nervios por poder probar su teoría con tanta impaciencia que carecía de importancia hasta que Lambrakis hubiese sido tan convenientemente asesinada por su ayudante. Algo decía de Ronda y de un colegio de pago cuando Israel la hizo callar.

—Eso no importa ahora, Mary Anne, de verdad.

—¿Me va a despedir?

—¿Pero qué burradas estás diciendo, muchacha? Ahora te necesito más que nunca. Anda, vete para afuera y ya hablaremos de esto más tarde.

—Pero yo no puedo quedarme aquí con la que he formado. No estaría bien.

—¿Y cómo vas a pagar el colegio de tu hija si no? No digas más tonterías y dale de comer a las ratas, que tenemos mucho trabajo.

La ayudante se dio la vuelta para marcharse.

—Mary Anne.

—¿Sí?

—¿Informaste de la muerte de Lambrakis?

—No, en realidad nunca supieron que existía.

—Bueno, ¿qué les has dicho en los últimos días?

—Que el señor Fisherman había dejado de investigar porque no conseguía nada.

—Bien hecho. ¿Y te han pagado?

—Sí, pero es un dinero sucio, no lo quiero, de verdad que no.

—Quédatelo, mujer, me vas a ser mucho más útil ahora. Pero tienes que prometerme que les vas a entregar solo lo que yo te dé, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. No entiendo nada, pero vale.

—Les vamos a dar lo que quieren oír. Les hablarás de Lambrakis como si siguiese viva y hubiese logrado crear nuevos recuerdos y conservar los antiguos. ¿Lo harás?

—Sí, claro.

—Ahora vete, que tengo mucho que hacer. Probar una teoría y dar pistas falsas a la competencia es mucho más difícil de lo que parece.

Un pasillo blanco sin una sola fotografía, un salón con sillones tapizados de verde en los que pareciera que nunca se ha sentado nadie y luego soltar las maletas allí mismo, al lado de una mesa de diseño de tres patas de aspecto inestable. Un mueble negro de origen japonés con una televisión encima que rara vez se enciende y los libros apilados por todas partes, completamente ajenos al aspecto frío de las estancias. La cocina en la que nadie cocina jamás, el frigorífico prácticamente vacío y ponte

cómodo, no te cortes, en una voz frágil y suave, que acaricia como una hoja cuando está a punto de hacerte un corte con su filo. Las cortinas de bolas de cristal azul de la cocina tintinean en su movimiento oscilante cuando ella vuelve con unas cervezas.

—No bebo alcohol —susurra Reza.

—Pues no tengo nada más que ofrecerte, lo siento. Si hubiese sabido que mi hermano simultáneo desaparecido iba a aparecer de pronto aquí, habría comprado algo.

—Agua está bien.

Los vasos están desparejados, el de ella es alto y azul, el de él chato y naranja. Por la ventana se ven edificios mutilados por la persiana a medio bajar. Reza piensa que su hermana es un poco desastrosa como mujer. Bianca capta ese pensamiento al vuelo y dibuja una media sonrisa.

—Para ti una mujer empieza a existir en función de que pueda ser una esposa, ¿verdad?

Él no contesta a la pregunta.

—¿Por qué no tienes marido?

—Bueno, a los hombres les suelo parecer entretenida un rato. Además, no creo en el matrimonio ni quiero tener hijos, la verdad.

Luego el silencio, reverberando en las paredes minimalistas, blancas y negras, sin un adorno que pueda resultar acogedor. Reza baja la mirada a su vaso de agua. Hay en esa mujer un poso de frialdad dentro de su actitud maternal. Se nota que trabaja mucho, que para por casa a dormir, que no tiene muy buen concepto del sexo opuesto, que es bastante probable que él mismo sea el primer hombre que traspase los umbrales de esa fortaleza de hogar con sus toallas colocadas por gama de color perfectamente dobladas en los toalleros, sus frascos de conserva vacíos con las etiquetas giradas hacia afuera, sus jabones de colores brillantes, su cama de dos cuerpos con una mitad abandonada y la otra ligeramente hundida. Hay en ella un orden y un concierto casi exasperante en ciertas cosas y un caos absoluto en todas las demás. El piso es impersonal y parece estar en mitad de una mudanza eterna. Sin embargo algo en ella grita que una vez, hace algún tiempo, en su rostro los besos fueron reemplazados por lágrimas. Así se lo hace ver y hay en la expresión de Bianca un cambio total en la que los ojos verdes se giran hacia el suelo unos breves segundos para tomar aire antes de decir:

—Es un coñazo tener un hermano sabelotodo.

—No entiendo.

—No tiene importancia, Reza. Ya hace mucho que no paso más de una noche en casa de un hombre. Un corazón roto nunca se termina de unir.

Decir en una risa:

—Nunca me había dado miedo que alguien supiese lo que pienso porque finjo muy bien. Parte de mi trabajo consiste en permanecer impasible mientras traduces con exactitud lo que el otro está diciendo en esos mismos momentos.

Y concluir:

—Pero tú... tú sientes lo que yo siento.

Le pasó la mano por la cara con los dedos abiertos, con una ternura que parecía no provenir de ella sino de algo mucho más lejano, un cuerpo ausente extraviado en el tiempo.

A la noche sus cuerpos dibujan un ojo vertical sobre el enorme colchón. La mirada puesta el uno en el otro, en la misma postura exacta pero reflejada en el espejo del opuesto. Se sonríen en silencio, con los pies unidos por las puntas, conectándose por ese lugar. En ellos hay ese encontrarse despacio con uno mismo pero en un cuerpo ajeno, ese descanso en una búsqueda que ninguno de los dos sabía que estaba aconteciendo. Los cuatro ojos se van cerrando al mismo tiempo con un parpadeo cada vez más lento, como si se resistiesen a la idea de abandonar la maravilla de mirarse hasta el día siguiente.

La primera vez que Pelayo vio a Bianca fue el memorable día en el que apareció el disco de The Smiths en la Plaza convocado por la voz de Violeta; lo que experimentó al sentirla tan cerca, al verla sentarse a nuestra mesa, es algo que tú y yo, Agneta, solo sabemos ahora en el restaurante en el que los camareros ciegos van y vienen esperando admirar cómo nuestros ojos se transforman en los suyos para siempre.

El cielo cambió de color para dar una bienvenida, lo que hizo que todos alzásemos la cabeza en esa búsqueda infructuosa que siempre se da hasta que alguien alza la voz para decir:

—Ahí está.

O:

—Se acerca.

Aunque en esta ocasión fue un plural tan claro lo pronunciado por Takeshi en su propio idioma que hasta pareció que hablaba el lenguaje de la Plaza. Nos volvimos hacia donde él miraba y vimos acercarse dos cuerpos de altura similar, particularmente vestidos con una túnica color azafrán de la que ambos parecían extrañarse, unidos por las manos que oscilaban entre ellos como un solo puño que los atase al mismo tiempo a la tierra de la Plaza. Pelayo sintió un escalofrío inmediato, un estremecimiento que casi podría calificarse con un color: tuvo un estremecimiento anaranjado, oblongo, palpitante. Se sintió ridículo con el jersey de Claire con el que siempre llegaba. Hubiese preferido estar desnudo, desnudo y abierto a lo que venía. Se dice que el amor a primera vista es como un virus que invade todo tu sistema inmune, dejándote a expensas del vaivén del aire, de los temblores de las manos, de un imperioso deseo de ir al baño a expulsar de tu cuerpo todo lo viejo para dejar espacio a lo que se avecina: el insomnio, la enfermedad, la fiebre. Bianca y Reza se sentaron a nuestra mesa y, extrañamente, Basil supo de inmediato que eran ellos dos, los gemelos del artículo nombrado por Pelayo, que dormían en Suiza por primera vez

completos porque se habían encontrado. Bianca acercó una silla y terminó sentada al lado de un Pelayo que parecía desasido de todo. La miraba, sí, la miraba con unos ojos lastimeros, no hambrientos, no expectantes, no deseosos. Parecía saber que aquella batalla estaba perdida de antemano, que no la deseaba, ni la desearía nunca como solía desear a una mujer, porque ella no era largas piernas blancas, ni pelo rojo, ni ojo verde; ella era las manos acariciando la nuca, la tranquilizadora sensación de estar seguro en mitad de la catástrofe, la devolución de la cordura y de los sentimientos. Pelayo sentía, volvía a sentir, como si en un raudal de cruce de piernas y pedida de mezcal para ella y su hermano volviesen las madres con niños muertos entre los brazos, los golpes en el pecho, la miseria y el polvo. La honda emoción de aquello, de que en Bianca llegase la blandura de corazón con solo estar presente, mover así los brazos, sonreír a su hermano iraní, casi hace que se eche a llorar profundamente conmovido. Todo tiene sentido, todo deja de ser una posible noticia, una fotografía que ganará el Pulitzer a costa de alguna que otra muerte. El ojo. Pelayo dejaba de ser el ojo con la presencia de Bianca. Antes incluso de pararse a escuchar su voz ya había dejado de ser el ojo que no se inmuta, que capta y apunta, que observa. El ojo se calmaba, parpadeaba para descansar en una belleza tan hiriente, tan poco habitual como la de aquella mujer que estaba acostumbrada a no mostrarse, a ser solo una mitad. Pelayo la amó instantáneamente con esa misma devoción que Claire le había profesado a él, esa confianza ciega en el mañana, en la carestía de importancia del hundimiento.

No sé en qué momento me di cuenta de que Violeta me observaba fijamente, sin ningún tipo de pudor. Miraba a Pelayo con esa cara suya que decía comprender toda esa piedra de emociones que rodaba ladera abajo por el interior de aquel hombre de jersey a rayas y pelo rojizo. Luego me miraba mí y había en sus ojos una suerte de naufragio, de desbordamiento. Violeta sabía lo que Pelayo ansiaba, comprendía la fiebre que se estaba apoderando de él al reconocer en Bianca un igual, ese igual que ella también necesitaba y temía. Y sabía, no porque pudiese leer en su mirada, no porque hubiese tomado la Droga que Israel todavía no había fabricado, *sabía*, de una forma inmensa que le llenaba los miembros, la mirada metálica, las manos pequeñas y nudosas. Sabía con un saber desbordado, esa clase de saber del que conoce todas y cada una de las sensaciones en las que está fijando la mirada. Supe que me estaba diciendo que ella y yo éramos iguales y que por eso me temía. Y por más que el miedo la paralizase, no podía dejar de amarme como uno se ama a sí mismo, con esa parte egoísta que tenemos todos. Respiró con profundidad y el aire se llenó de un olor a lima que mojaba los corazones, de tal que Basil, que había nacido con el mismo defecto que Lambrakis aún no descubierto por Israel, me miró también y luego bajó los ojos rodeando a Violeta con un brazo en el que ella se acomodó menguando, retrocediendo ante sí misma como quien lo hace ante el horror. Ella supo en ese momento, del mismo modo que Pelayo se estaba dejando inundar, del mismo modo que Basil y yo supimos. La respiración se me estaba cortando y tú, mi Agneta del

alma, siempre compañera comprensiva, mi ángel de la guarda, me diste un beso en la mejilla que me devolvió a la Plaza, a las voces entrecruzadas de los recién llegados con los de siempre.

Luego la borrachera absurda y los brindis, y al final Israel rindiéndose a la evidencia de que, quizá, aquellos dos deberían haber sido gemelos, pero que algo no previsto sucedió en los planes generales de esa gran divinidad que solemos llamar destino. Reza y Bianca se terminaban las frases el uno al otro como si una sola mente estuviese instalada en ambos y la finalidad solo pudiese hallarse escuchándolos a los dos.

—Entonces llegó ella y de pront...

—... o el mundo volvió a ser uno, completo, el...

—... mismo de siempre, el conocido. De algún...

—... modo extraño comprendimos. Luego, so...

—... lo hubo que juntar las piezas y ¡voilà!

Violeta se deshizo del brazo de Basil y se dirigió a mí, directa como una flecha bien apuntada.

—A veces, no siempre, pero hay días, sí, hay días, en los que me recuerdas a una canción de The Smiths. *Asleep* se llama, creo, aunque no estoy del todo segura. Es como una nana para un niño grande que se quiere mecer a sí mismo. No sé. Eso es lo que me sugieres. Eso eres tú.

Y se mordió el labio para no decir «y yo», para no incluirnos a ambos en una frase en la que no cabíamos los dos. Aquellas palabras habían salido de su boca como un torrente, como una continuación de esos pensamientos anteriores que no había expresado en voz alta. Si Basil se puso celoso en esos momentos, no lo demostró. Más bien se inclinó sobre la mesa para coger un cigarrillo y luego acarició el pelo de Violeta mientras lo encendía, como si una inmensa tristeza lo conmoviese desde dentro haciendo que, pese a todo, no dejase de entender aquello a lo que ella se refería.

—¿Qué es eso?

Levantamos la mirada para dirigirla al lugar señalado por ti, Agneta, la que siempre da con todas las señales porque eres la única que no las intenta interpretar, sino que las asume (si me hubieses hablado de tu pesadilla no sé si habría cambiado algo, muchos fueron los avisos que desoí). Y allí estaba, medio enterrado, un single de The Smiths en vinilo. Israel se levantó para recogerlo, limpiarle la tierra de encima y entregármelo a mí, en el fondo el receptor de ese mensaje.

—¿*Asleep*?

—*Asleep* —confirmé.

Miré a Violeta. En los minutos que siguieron, en los que todos intentaron explicar racionalmente el porqué de ese disco allí, ese precisamente, en ese momento en la Plaza, miré a Violeta, que estaba como plena en sus ojos, llena de toda la tristeza del mundo, de todo el terrible presentimiento de lo inevitable. La brecha estaba allí, entre

ella y mi amigo. No había pronunciado su nombre, el del primer hombre que señaló la tortura con el dedo, y eso la había alejado de la bondad, del lado de los buenos, de Basil. No necesitaba unos brazos salvadores, pálidos y calientes, un lugar donde alimentarse, donde vivir, no necesitaba un refugio sino un agujero, un infierno, la inquietud de un ser infeliz, un ser contrario al círculo, un cable de funambulista del que colgar sus secretos; me necesitaba a mí, en toda mi inmensidad inabarcable. Necesitaba a alguien a quien no pudiese amar porque no se sentía digna de un amor tan perfecto, tan cálido y blando como el de Basil. Y yo la entendía. Me había pasado todos los días de los últimos meses soñando con abrirla. Bajé los ojos. Volvió el sonido. Basil decía algo sobre la perdurabilidad de la materia.

—Todo en la vida deja un rastro, una señal rastreable, algo como una huella de aquí he estado yo, esa silla se rompió en aquella zona, un aleteo de pájaro dentro de una jaula que lleva vacía cinco siglos. ¿Me entiendes? En ocasiones yo mismo siento ese rastro, huelo algo que pasó hace mucho tiempo, sueño un acto de hace unos cientos de años probablemente real, creo reconocer los sentimientos y pensamientos de los demás como si los recogiese del espacio que nos separa, es difícil de explicar...

—Es como si estuviesen físicamente en el aire —completan Reza y Bianca a la vez—. Sabemos perfectamente de lo que estás hablando.

—Yo solo los tengo que recopilar. Me pregunto si eso que se siente, lo que se percibe y que muchos denominan intuición, por acumulación o por intensidad puede crear eso de que se está hablando, o no crear, ya que en realidad alguna vez existió, sino recuperar su materia como también se recuperó su rastro. —Lo que Basil decía no carecía de sentido, pero el disco era extrañamente real, corpóreo, en mis manos.

De pronto Israel tirando la silla al suelo y corriendo atropelladamente hasta los columpios donde habíamos enterrado a Lambrakis. Y las uñas arañando la tierra, levantándola poco a poco hasta que la rata blanca en su ataúd improvisado y aquel científico que solía parecemos tan serio, triunfante y sudoroso, con las gafas empañadas y la caja en las manos gritándonos que, de nuevo, Basil le había dado una gran idea.

—Sería maravilloso —fue lo último que dijo— que se pudiese recuperar la memoria colectiva, la verdadera historia del hombre. Y que solo hubiese que excitar de forma correcta una parte del cerebro que no utilizamos completamente.

Sueño: Se pueden sentir las venas del cuello del caballo al que estás agarrado, la respiración desacompasada entre las piernas, la vibración de sus resoplidos. El realismo es tan grande que el pelo se escurre entre los dedos, blanco, sorprendentemente áspero, corto. La oreja pegada a la cabeza permite que el sonido del corazón agitado llegue hasta ti como un eco del tuyo propio, desabrido, descompensado; es la carrera. Pero tú sigues tranquilo a pesar del galope, del sonido

de los cascos, laxamente agarrado al cuello, como si fuese esta parte de ti, una extensión de tu oído, de tu cuerpo, de tu mismo crepitar. A los lados de tu montura ves pasar las gentes hambrientas de brazos alzados, los monjes budistas de cabezas bajas y brillantes. Las patas del caballo golpean al ejército, a los soldados que arrastran gente por el pelo, que disparan a tu amigo periodista en medio de la calle sin pudor. El honor manda sobre el horror esta vez cuando te percatas de las proporciones del caballo blanco que montas, enorme como una habitación, de cascos del tamaño de mesas redondas. Sus golpes hacen que el dolor se fragmente como vidrio. Los trozos de soldados caen al suelo con un tintineo. No miras hacia atrás. La casa ya casi se presenta frente a ti como una fortaleza. El dragón es largo, rojo y amarillo, protege a la mujer, no la mantiene encerrada como en los cuentos occidentales. Es un dragón de la suerte, de la China de tu madre, inocuo, vigilante. Está de tu parte pero no puede hacer nada por la mujer. Cuando estás más cerca, ves a los soldados como hormigas que se abalanzan contra las patas del caballo, organizados, temibles, absurdos. Las notas del piano salen de la casa, la mujer está allí, con la mirada serena y el pelo recogido con flores frescas. Lleva el vestido amarillo que simboliza la sabiduría y está guardada por un dragón amarillo y rojo, el rojo del valor, la perseverancia, el amor; tu caballo es más fuerte que las hormigas. Las pisotea bailando, como si le resultase cómico que algo tan pequeño intentase atacarlo. Luego, como parte de ti que es, golpea con la pata derecha la fachada de la casa que al instante se hace añicos, quedando tan solo ella y el piano podrido que deja de sonar. La estrechas entre tus brazos cuando la ayudas a subir a tu corcel; es pequeña, es frágil y huele a mar. Ella se agarra al cuello junto a ti, los rostros pegados contra la piel caliente. Juntos, galopáis en dirección opuesta al sol.

Realidad: Takeshi despertó inundado de esperanza. Los ojos se le abrieron mucho, tanto que apenas distinguía en la lámpara su lámpara, en el techo el techo de su habitación. Midori lo estaba mirando llenarse de aire.

—¿Te pasa algo?

—¿Por?

—Gritabas como cuando gana tu equipo.

—Un sueño, nada más.

El sueño. Desde que lo echaran de Birmania, el sueño es el mismo con pequeñas variaciones dramáticas y cromáticas. Si el sueño acababa bien, que no siempre era así, el caballo era blanco y los colores que rodeaban a la mujer, amarillos y rojos. Sin embargo, si las hormigas lograban hacerse con el caballo lo dominante eran tonos oscuros y fríos. A veces el caballo era negro y resultaba ser un espía de las hormigas, aunque era una variación bastante extraña ya que los caballos son animales nobles.

Pobre Midori. Ella no podía saber del sueño, ni del horror vivido en Birmania. La inutilidad de los miembros del hombre ante la injusticia, lo flácidos, lo flojos que resultan. A Takeshi no le divierten los juegos de las hormigas con la prensa, con la cerrazón. Ya nadie habla de Birmania cuando hace unos meses estaba en todas las

bocas, en todas las primeras planas. Ni siquiera él habla ya de Birmania. No puede desde que se vio obligado a volver a Japón porque la expresión blanca y pulida de Midori se descompone, se tuerce en un gesto de disgusto que no puede soportar. La verdad siempre resulta incómoda.

—Es como verse obligado a tomar asiento sobre un cactus —había dicho aquel amigo periodista que perdió la vida por querer informar—. La verdad siempre molesta, la gente prefiere los cojines a los cactus. Y no los culpo. No puedes obligar a nadie a mirar en la dirección que tú quieres. Pero intentarlo nunca está de más, ¿no? Nuestra vida es cómoda, nuestras costumbres, comer anguila una vez por semana, nuestro *chakai*, las tardes estudiando caligrafía, todo nos empuja a mirar a otro lado, a ser condescendientes con el que sufre. No estamos hechos para comprender el verdadero dolor. Así que lo evitamos con nuestros pequeños actos de compensación de karma, aquí lo llamar *kan*, creo.

En Birmania se llama *kan*. Qué mal *kan* deben de tener en la Junta Militar.

Televisión: Las noticias sobre Birmania son escasas, espaciadas. Solo ahora se ha vuelto a hablar de ella, ese país femenino, abierto, herido gracias al huracán que está matando sin contemplaciones. Los fenómenos atmosféricos son curiosos. A veces funcionan como metáfora de lo político, del ansia de libertad. Opresión-tifón. Takeshi bebe su té verde mirando las noticias. Se preocupa por el estado de la mujer del piano. En el fondo sabe que no le ha pasado nada salvo el estar encerrada. Cree con fervor que hay una unión entre ellos. Mientras esté encerrada, Takeshi sentirá siempre ese nudo en el pecho, esa especie de cárcel en sí mismo; aunque pueda caminar por la calle libre, siempre el collar de perro al cuello, con esa cadena tan corta que hace que al llegar al final te ahogues en tu ansiedad de seguir adelante. Por lo que si la mujer sufriese físicamente, imagina terribles dolores reflejos en su cuerpo como respuesta; no quiere imaginarla muerta, no puede, ya sus ojos, su sonrisa, la calma de sus movimientos de revolución pacífica son el calor y la paz de la muerte. Muerta es demasiado a soportar.

Maldición: Hoy los colores del sueño eran amarillos y rojos, debería ir todo bien en la herida interior que significa ese país para Takeshi, todo lo bien que pueda ir. Sin embargo ya van diez mil muertes. El drama: dicen que pueden arreglarlo solos. Takeshi sabe que eso no es cierto. Ni siquiera un niño de cinco años, rey absoluto de su microuniverso, sería tan orgulloso. Los dictadores son así, siempre creen que pueden prescindir de todo lo demás. La autosuficiencia los termina matando, y eso es una ventaja a veces. Takeshi siente la esperanza del pueblo hambriento, enfermo, herido, moribundo, muerto, viudo, sin nada que perder, ardiendo de revolución. La gente a la que se lo quitas todo, a la que tan solo le dejas arrastrar su vida, pierde el alma con facilidad. La fiebre de la carestía absoluta vuelve a la gente peligrosa. Grandes líderes de la autosuficiencia murieron en manos de la jauría.

Pero no. La libertad debe llegar de forma pacífica en honor a ella. En honor a los monjes de pies embarrados que protestan con su silencio.

Ridícula resulta la otra noticia que sale en la sección de sociedad, esa cara amable con la que al final se queda uno porque es la que resulta a veces simbólica, a veces cómoda, en ocasiones anecdótica. La plataforma *Unplayed piano*, liderada por famosos músicos, modelos de todo el mundo, escritores y diferentes personajes del mundo de la cultura, lanza su single del mismo nombre con el fin de sacar a la mujer del vestido amarillo de su encierro. A Takeshi se le ilumina el rostro cuando la presentadora anuncia con voz inexpresiva que tras meses de duras negociaciones con la Junta Militar, especialmente estricta desde las revueltas, se ha logrado enviar un piano a la Nobel de la Paz.

Piano: Igual a resistencia pacífica, a música que mantiene fuerte el alma frente a la tormenta, frente a la muerte. El *Canon* de Pachelbel volverá a sonar entre los aullidos de hambre, vibrará como un grito más ante las enfermedades del agua estancada. Y será un aliento fresco como las flores de su pelo, tendrá la fuerza de todos los monjes que salían en las imágenes intentando mover árboles arrancados, y será hermosa como la sonrisa imborrable de esa mujer pequeña.

Takeshi se echa a llorar con los ojos observando la pantalla entre los dedos, porque no quieren perderse nada de ese momento. Ni los ojos ni los dedos ni él. Imágenes del momento en que la concesión de los permisos y esas expresiones de júbilo, y abrazos y un grito generalizado entre ellos, los impenetrables, los famosos inalcanzables que se venden a la primera acción benéfica... por un piano. De pie entre ellos, Paul, el hermano de Violeta, se ha roto en unas lágrimas gruesas de felicidad, primera en mucho tiempo, que ruedan hasta empapar su camisa de Valentino y su traje cruzado Príncipe de Gales.

Basil besa a Violeta con esa pasión que da la sencillez en ciertos momentos brillantes.

—Tuya es la culpa, pequeña. Solo tuya. Has hecho feliz a Takeshi, a tu hermano, a tanta gente. Se te ocurrió recurrir a él, sabías que haría suyo el tema del piano. Lo has conseguido, pequeña bruja. Eres maravillosa.

Se están despidiendo porque empieza la gira europea de la compañía. No lo hacen con pena. Se verán en la Plaza. La Plaza es todos los sitios. España es la primera parada. Primero Madrid y luego Sevilla.

—Qué coincidencia si te encontraras con Antonio. ¿Imaginas?

Violeta imagina, sí, y su pequeño cuerpo fibroso recibe como una descarga de drama que tira de ella hasta alejarla unos pasos de Basil, perderse en el refugio que significa la acera, bajar los ojos hasta las profundidades del subsuelo. Enumera. Maldiciones reconquistadas en forma de voluptuosas canciones recogidas en magia, taxistas cabreados conduciendo por la derecha, escritores trastornados que jamás han escrito una palabra propia, apropiadores simultáneos de pensamientos ajenos que caminan con paso sudoroso por calles empedradas con calaveras, máquinas de escribir transformadas en fiebre de color azul y tinta, blancos humanos que revientan

como manzanas a las que se ha efectuado un disparo de flecha que en realidad iba dirigido al espacio terminal entre los ojos de desconocidos corpóreos que piden absolución por el sinsentido del castigo no realizado, Peter Richardson, Antonio, el amor perfecto, confiado y absoluto de Basil.

—¿Qué te pasa?

—Pensaba en Hank.

Basil sabe que hay una mentira que no quiere investigar en estas palabras de lima. Siente el recorrido que hace esa mentira y el rastro de la verdad por debajo, como un río de lava, ardiendo con un fuego propio, incorruptible. Pero no dice nada. Sigue con los ojos el rastro de la mentira hasta que casi la cree. Piensa en Hank.

El día antes habían ido a verlo a la residencia para enfermos mentales donde vive. Daba miedo pensar en Hank y compararlo con Paul. El otro hermano estaba sentado en una silla de madera pintada de blanco, en pijama, con la cara cuadrada fija en una expresión bobalicona, los grandes ojos, exactos a los de Paul y Violeta, vacíos de significado. Violeta no dijo mucho. Se sentó a su lado. Le dio un beso al que él no respondió. Le cogió la mano grande y pesada y se la puso en su regazo. Le cantó *Like a bird on the wire* mientras le arreglaba el pelo con los dedos. Le dijo que seguía siendo el más guapo de los tres. Sonrió con una tristeza bellísima. Era increíble comprobar lo hermosa que era la tristeza en ella (*eso es algo que se te acaba de ocurrir a ti, no a Basil, Antonio*). Luego: es porque se agrade que lo tienen tan drogado, no porque sea peligroso para los demás. No lo es. Mi hermano es un cielo, es el mejor de los tres, siempre lo fue. Pero si lo dejan se hace daño, así lo dicen los médicos. Ha intentado suicidarse varias veces. A veces pienso que deberíamos permitir que lo hiciera. Me da la terrible sensación de que lo mantenemos vivo por egoísmo. Drogado hasta las cejas no vive y si no lo está no es nada feliz, ¿qué clase de vida le estamos dando? La mierda que toma le hace vivir en un globo, pero no pierde la tristeza. Aquí, muy dentro, lo siento sufrir.

—Si fuese cierta nuestra sospecha, Basil, si de verdad uno cuando muere vuelve a la Plaza, quizá deberíamos dejarlo ir, que volviese a ser un camarero ciego hasta que tuviese que empezar otra vez. Sería menos cruel.

Violeta se marcha de gira con esa mirada taciturna que precede al desastre. Esa mirada que tienen los que se van a morir a primera fila aunque digan que están orgullosos de dar la vida por una causa o por un país. Basil se enciende un cigarro calle abajo, entra en Notting Hill pensando que es Antonio esa guerra a la que va Violeta y que si la protege será un egoísta, un egoísta de la clase de esos que mantienen con vida a un suicida. Respira hondo. No soportaría perderla. La idea de perderla le hace daño como si respirase cristales. Siempre había creído en un amor tan racional, tan medido y justo. Basil cuando ama lo hace de verdad y para siempre, pero nunca hizo distinciones entre el amor que le profesaba a su madre y el amor que le profesa a Antonio y el amor que siente por Violeta.

—¿Nunca has sentido esa clase de amor que convierte al otro en un órgano vivo,

en parte de tu organismo, en una parte que se necesita para vivir? ¿Nunca has sentido ese sufrir si el otro sufre, ese estar alegre porque el otro lo está?

—No, la verdad es que no.

—Yo te amo —había dicho Violeta—, como se puede amar al propio hígado, al propio corazón, a las manos con las que tocas o los ojos con los que ves. Yo te amo de una forma en la que todo se convierte en ti desde el mismo instante en que estás respirando, estés lejos o cerca. Pedirme que te abandonara sería como que me pidiesen renunciar a la vida, a la supervivencia.

Basil se sintió entonces incapaz de responder a ese sentimiento. Se sintió tan lejos de ella, tan racional, tan filosófico que no podía convertirse en emocional de la noche a la mañana. Había renunciado a la fe por culpa de su padre, ahora debía renunciar a la racionalidad para llegar a Violeta, a ese grado de amor suyo tan descarnado.

Pero se alejaba de camino al barranco. Basil sabía. Y de pronto sintió un inmenso dolor, como si una mano enorme, hábil, se hubiese introducido sin la menor dificultad en su pecho y tratase de encontrar el órgano correcto para arrancarlo. Se apoyó en la columna de una casa victoriana enorme para coger aire, pero no llegaba a conseguirlo, como si la mano aplastase los pulmones en su recorrido. Se dejó caer en las escaleras sin aliento. Allí iba su órgano, Violeta, fuertemente agarrada por la mano de Antonio. La risa, la carcajada última, consentir que se marche sería lo más opuesto al egoísmo. Pero qué injusto ahora que comprendía, ¿no? Qué injusto ahora que sabía que también ella era parte de su cuerpo físico, necesaria para seguir con vida.

Mientras, la cabeza morena de Violeta se apoyaba en la ventanilla camino a mi perdición, o la suya, la nariz pegada al frío del cristal, la mano por encima de la cabeza, no sé si tú la ves, Agneta, casi casi una postal de lo bella, de lo perfecta en esa fragilidad del taxi que la lleva al aeropuerto, los rayos de sol cruzando su pelo tan absolutamente negro como mi alma.

La muñeca acabó en Angola robada por unos piratas del barco de pesca donde había terminado regalada por la fulana a un visitante poco usual, cupido en forma de hombre de mar fornido y reseco. Se amaron rápido y mal. Más tarde él pereció en el mar por negarse al atropello de los piratas y se llevaron la muñeca a las manos cándidas de una niña que murió por una fiebre hemorrágica poco después. Luego casi la quemaron. Pero no ocurrió semejante cosa porque las manos poco expertas de una joven doctora de Médicos sin Fronteras la echaron al bolso tras leer la nota atada al pecho de trapo de la muñeca.

Margaret Johanson, de veintisiete años de edad, rubia fuego, de compleción amenazando anorexia y poco estómago para pasar mucho más tiempo allí (a veces la buena intención no vale para nada si te das de bruces con la realidad), decidió de golpe que la buena acción de su vida sería devolver esa muñeca, o al menos encontrar a alguien que la mereciese. Lo cual no era más que una excusa para marcharse del

país con la conciencia a medio tranquilizar. A veces hay gente así, que varía el mundo en función de lo que quieren hacer para quedar lo mejor posible de cara a ellos mismos. Volvió a Nevada con la seguridad de que la autora de semejante juego debía ser estadounidense, *y-si-no-de-dónde*, cargada de piropos hacia su persona. Pero le perdieron el equipaje gracias a un maletero llamado Carlos Suárez, natural de Tijuana, que la llevó confundida con algo que debía robar por encargo y no se dio cuenta hasta llegar a su casa con su mujer, su madre y sus tres hijas, Marisa, Remedios y Paulita, que pestañearon muchas veces cuando vieron la vieja muñeca, aunque no tantas quizá como su padre, que casi se descuajaringa allí mismo del disgusto, preparado para recibir un balazo en pleno pecho. Con lo que se volvió el pobre hombre al aeropuerto maldiciendo en español a ver si llegaba a tiempo para coger lo que debió coger de entrada. No se le ocurrió, sin embargo, devolver a la señorita Johanson el placer de su ropa, y tiró la maleta por la ventanilla a la cuneta donde horas después acabaría muerto un perro atropellado.

De cómo la muñeca salió de la cuneta para acabar sentada en el lugar del puente de Colonia donde Agneta solía ponerse a mirar los trenes, sabe la vieja Lolo, una negra mendiga y enjuta que ha perdido hace tiempo la cuenta de los años de su vida. Ahí la vio tirada, mientras buscaba al perro que salvó de la inundación de Nueva Orleans, casi enroscada alrededor del cuerpo del animal muerto, milagrosamente intacta. La vieja Lolo escupió y maldijo por la suerte del perro, superviviente de tantos desastres anteriores, y luego cogió la muñeca y la miró fijamente. Había algo en ella que le resultaba familiar, como una canción oída hace años o un rostro visto en la Plaza, pero en una mesa ajena. Cuando desató la nota para leerla, se dio cuenta de que era la letra, las palabras escogidas, la cadencia del juego de alguien de la Plaza. Sonrió con su boca de pato, se colocó las gafas ahumadas y echó la muñeca al saco donde llevaba las velas y las plumas de pollo para hacer rituales. Se aseguraría de que llegase a su destino, sí, maldita sea, la echaría a un buzón después de hacerle unos cuantos abracadabras, como solía decir su difunta madre, que Dios la tenga en su seno, y llegaría a donde tuviese que llegar. Al fin del nuevo mundo si hacía falta.

Espolón de pata de gallo, agua de romero, tierra, tierra, elementos. Agua de mar para la muñeca de los ojos grandes, de los ojos de cristal, un pelo al fuego. Escupe, tararea, silba, dice palabras que solo ella entiende, sangre de una gallina clueca, humo, humo, humo. Coge la muñeca, la zarandea en el aire. Ríe a carcajadas. Camina por la carretera hasta llegar al primer buzón. La suelta dentro despidiéndose de ella con la mano y aparece en la Plaza, donde es una señora de moño y perlas, donde nunca ha perdido su vida entera en el agua, donde no importa que las indemnizaciones nunca lleguen porque aquí el mezcal lo siguen sirviendo de la misma forma desde hace siglos, donde nunca la llamarán vieja ni loca ni bruja, donde su sabiduría se valora porque se valora el tiempo allí donde no transcurre.

De la lejanía de Bianca sabe más que nadie Pelayo, que ya conoce sus gestos y su sonrisa, tan escasa, como si formasen parte de él.

Forman parte de él.

Nadie sabe lo que ha cambiado desde que la conoce, desde que supo que era ella a la que estaba buscando en infructuosas sesiones de terapia con ese psicólogo tan absurdo. Se condensa en la melena pelirroja el aire contenido del desierto, su fiereza, la guerra insostenible, la invención de la batalla en sus ojos verdes. Pelayo siente en su interior los coros de eso... eso estaba buscando yo, una respuesta, un volver a sentir, a sentir de verdad. El dolor hace que uno se sienta vivo. Y Bianca duele como un hierro al rojo quemándose contra piel tersa. Duele su distancia de mujer sola, duele su mirada inteligente y un poco miope. Duele esa manera suya de apartar la mano cuando Pelayo le pasa el vaso, esa indiscreta sonrisa que dice muchas veces lo que en el aire se está pensando. Paradojas. El jersey de Claire acabó enterrado donde estaba la rata Lambrakis antes de su precipitada exhumación. Ahí quedó también enterrada la frialdad de Pelayo para la ceremonia de recepción de sentimientos. Pelayo mira a Bianca como si Bianca fuese una botella de un licor incendiario y él la copa, abierta sin poder hacer más que recibir la quemazón.

Bianca ni siquiera se ha percatado de que Pelayo existe con la suficiente intensidad como para saber. Quizá si le hubiese prestado un poco de atención se habría dado cuenta. Pero no. Ella bebe su mezcal con sus manos grandes y pecosas rodeando el vaso sin comprender que Pelayo es ya esa caricia, ese dejar de estar sola, ese calor del refugio ahora que es capaz de sentir dolor.

Siempre pensé que la mujer era un ser incapaz de crear. Hasta aquella tarde pensaba que ellas, vosotras, solo podíais hacer nacer objetos sentimentaloides sin ningún tipo de valor cultural real. Me parecía que la hembra estaba mejor dotada para la síntesis, para la crónica, para la práctica en sí, en comparación con el hombre creativo. De hecho, nunca creí que la danza fuese una forma creativa de expresión. Imaginaba a aquellas muñequitas con tutú dirigidas siempre por un hombre, el coreógrafo, el verdadero creador. Para mí, todo lo original que podía rodear al *ballet* estaba tocado por lo masculino. El compositor de la partitura, el director de la orquesta, el coreógrafo, el director de escena y montaje, todos hombres. Poco me importaban aquellas palomitas de rasgos lánguidos que paseaban por el teatro envueltas en tul. Ellas eran solo el piano en el que se estaba interpretando una obra. Un piano que no podía tocarse solo. Ellas, como todas las mujeres que, para mí, representaban algún tipo de papel en el mundo de la cultura, ponían el cuerpo a otros cerebros más creativos.

Pero todo aquello fue antes de ver bailar a Violeta.

Había comprado la entrada en el mismo momento en que la vi en el telediario, en unas imágenes rodadas de ensayo, haciendo unas piruetas para calentar. Me senté al ordenador y reservé por internet borracho de conocimiento: al final la blusa de rayas no era un uniforme. Camino al teatro las manos me sudaban, sentía un frío que en nada se correspondía con el tiempo que hacía en Madrid. Ignorante. No tenía ni idea de que Violeta fuese tan famosa, ni conocía las razones de su fama que todas aquellas cabecitas que se veían desde mi palco sí conocían. Me sentí un desconocido, un ajeno, un extraño, cuando aquel pájaro frágil vestido de negro salió a escena y el público se deshizo en una ovación. Me encogí en mi silla, como si pudiese verme entre tanta gente y tanta luz. Ella hizo una reverencia tan amplia como su sonrisa y quedó así, inclinada con los brazos abiertos, mostrando las puntas de los huesos de su espalda, perfectamente distinguibles incluso desde la distancia a la que me encontraba.

Hete aquí, Agneta, por qué aquella mujer de peinado demodé y ojos inmensos se había hecho tan célebre en el mundo de la danza: antes de comenzar el espectáculo de la compañía, fuese este cual fuese, Violeta, en una extenuante demostración de generosidad, bailaba sin música una pieza coreografiada por ella misma. Una pieza que no era dos veces la misma porque, y aquí está el detalle importante del asunto, cada noche representaba con su diminuto cuerpo vestido con un sencillo mono negro, un sentimiento concreto, perfecto, irrepetible. Tanto es así que podría jurarte que, mi noche, provocó en los corazones de todos los asistentes el sentimiento del deseo irrefrenable que te ves obligado a controlar. ¡Era sencillamente brillante! Su cuerpo, convulso, se debatía en profundas contorsiones y giros terminados en un salto que parecía ir a acabar en los brazos del público, para luego apartarse en un frenesí de contención que la arrodillaba y la elevaba de a ratos con las piernas abiertas para luego tumbarla, ligera como una pluma, de manera delicada en el suelo. En ningún momento se la veía pequeña, ni frágil, ni ninguna de esas cosas que ella era. Y de pronto comprendí que era porque también ella era estas otras cosas. Ese ir y venir de su cuerpo era el amor de Basil, era mi propio deseo. Y Violeta, erguida entre ambos, elevaba las piernas por encima de la cabeza en un salto imposible, un salto tan abstracto como una palabra, tan cargado de significado como una palabra.

Y ocurrió, aunque al describirlo suene absurdo, te puedo asegurar que ocurrió. De pronto la música empezó a sonar en mi cabeza. En todas las cabezas, según creo, una música que ella estaba construyendo con esa manera de expresar un sentimiento tan complicado de describir incluso en términos habituales. Es imposible narrar la música si no es por medio de lenguaje musical, y es un lenguaje que no domino, pero puedo recordarla a la perfección. Podría tarareártela, es igual, no importa, no sería capaz de reproducirla. Pero no puedo quitármela de dentro. Desde ese día no puedo. Violeta despertó en mí esa música y no puedo detenerla.

—Quizá es porque Violeta tenía la capacidad de despertar bailando la música del alma de cada uno. Somos música, Antonio, ¿lo sabías? En el fondo es lo que somos.

De pronto me sentí un monstruo por haber pensado que la mujer no podía ser creadora. Eso que ella hacía era la creación primaria. Estaba vivo, tan intensamente vivo como nada que hubiese visto o leído antes. Violeta, la dadora de vida. Violeta, que terminó en una mueca irreproducible, una expresión sintácticamente perfecta del horror que produce tenderse ante el deseo y ofrecerse a él. Rendición incondicional.

Bailaron luego *El Quijote* todos juntos. Pero mis ojos no podían apartarse de ella. Aunque no estuviese en escena, sentía el palpar de sus futuros pasos de baile. Y cuando entraba a bailar lo llenaba todo con sus brazos y sus piernas, con su esternón definido asomando en el escote de su traje rojo. No puedo, y quizá no debería, describirte la inmensa emoción de verla bailar, volar para luego posarse. Ella que no era nada guapa, convertida en toda la belleza del universo.

La espera en la puerta trasera del teatro se hizo mucho más larga de lo que en realidad fue, de eso puedo estar seguro. La impaciencia de verla fuera de la Plaza, tenerla entre mis brazos, estrecharla en un fingidamente fraternal abrazo, era insostenible. Luego aquellos hombres bajitos, hablando en inglés con mujercitas de juguete, todas tan delgadas y frágiles como Violeta, todas con moño y los pies en las tres menos cuarto. Y casi al final ella, sujetando el portón con unas manitas mucho más pequeñas de lo que habían parecido siempre antes, sonriendo para luego quedarse helada al verme, quieta delante de mí, expuesta como en un escaparate.

Solo pude decir algo así como que había visto la función. Y ella, que no sabía que yo fuese aficionado a la danza, ya ves las sorpresas que te depara la vida, sí, nunca acabarás de sorprenderme y tal. El caso es que las calles de la ciudad abriéndonos su fuego y su brillar. Nunca me pareció tan brillante Madrid como aquella noche en la que Violeta y yo anclando de camino a su hotel, charlando de nada, solo incongruencias cuando la puerta y bueno, podríamos vernos por aquí un día de estos, sabes que me quedo casi un mes y Violeta, no te subas a tu cuarto, así no.

—Así, ¿cómo?

—Dejándome así.

—No comprendo qué quieres decirme, Antonio. Por cierto, tu inglés es muy bueno.

No sé por qué ni cómo la agarré del brazo con tanta fuerza que sentí su mueca de dolor como si fuese mía.

—No puedes engañarme. El disco aparecido por tu deseo, el baile de esta noche... Lo deseas tanto como yo.

—No, no te equivoques. Deseo la destrucción que representas. No a ti.

Luego la luz de la ciudad se apagó y nos encontramos a solas en el mundo, sus ojos inyectados en una desesperación exhausta. Creo que la besé en contra de su voluntad hasta que su resistencia se fue convirtiendo en blandura y se dejó hacer entre lágrimas no sé si tuyas o mías.

Israel encontró en Lambrakis lo que andaba buscando en el mismo momento en que, en el otro lado del mundo, Violeta se abría a Antonio completamente resignada al desastre, tan parecido a aquel antiguo de la niña que no eligió ser.

La rata, la maldita rata, guardaba ese secreto casi filosófico que ya Basil había sugerido, pero convertido esta vez en ciencia, comprobable, factible. Lambrakis sencillamente utilizaba una parte del cerebro que las demás ratas no, que ni siquiera los hombres, todos los hombres ahora resumidos en uno solo, abrazado a un pájaro que se abría desde lo más hondo de sus huesos para dejarse morir, para ser aquella que se sabía: la digna inmerecedora de Basil. Qué es un hombre cuando le arrancan esa parte de sí que lo convierte en humano, en blanda calidez, en bondad. Lo que es Basil en su piso de Londres, limpiando la moqueta con aire desabrido porque él, también es como Lambrakis, también utiliza esa parte del cerebro, por lo cual sabe, y si no intuye, lo que sucede en España en una cama de hotel con lejano olor a colonia barata de simpática limpiadora de cuartos con uniforme gris. Y el alma se le va en cada pasada de aspirador, con ese saber de lo que sucede en Violeta, que toma a Antonio entre sus brazos-alas y se niega a besarlo por no haber dicho *PeterRichardson* cuando ella se había convencido de que era tan sincera, tan buena con Basil como él, el único hombre bueno, había sido con ella aunque no la amase con ese dolor inmenso (que sí la amaba, pero ella no sabía, y las cosas que no se saben no existen, no suceden) de Pelayo, que vuelve al trabajo y a Irak y llora cuando escribe sus crónicas de la mentira, que algún día se convertirán en un libro escandaloso pero digno. A veces lo que importa es ser digno, solo digno. Como Mary Anne intentando redimir sus pecados insinuándose a Israel, que la tapa con una mano cálida y una sonrisa triste y le dice que es homosexual. Y que es la primera vez que lo dice en voz alta.

—Mi abuelo se hubiera vuelto a morir si se hubiese enterado.

Cada uno y su particular mentira. La ironía, Agneta, es que los roles se fueron rotando en aquel hotel, de tal forma que ahora era Violeta mía en la realidad donde el tiempo transcurre y de Basil en la Plaza. Y yo, pobre títere, a veces me encontraba en brazos de ella en Madrid, a veces entre tus piernas y tus risas rotundas en el cuarto cambiante del hostel. De tal forma que cuando encontraba carne y fuego sabía que estaba girando contigo en la Ciudad, y al tener aire y huesos me hallaba volando entre la brisa de Violeta. Si no cerraba los ojos no veía, no era capaz de distinguir con los órganos con los que se suele ver. Tenía que ser negándome la vista que viese a través del tacto, de lo aterciopelado de Agneta a la que le contaba la verdad, siempre la verdad para ti que abrías las piernas y me sentabas entre ellas:

—Niño, mi pobre niño. Que siempre estás amando a ese pájaro que va a volar. Sé que te va a dejar solo porque conozco ese batir de alas en sus ojos. Es lo que yo haría si pudiese huir de aquí. Pero resulta que te amo en la Plaza. Y de la Plaza no se huye.

Y un millón de mentiras para la mujer a la que asaltaba tras la función y las puntas y la perfección de los movimientos. La tocaba y sentía un frío dentro de los huesos, un frío inconsolable. Temía, al acariciarla, que brotasen plumas de su piel. Como temía Bianca que Reza, inclinado hacia la Meca, la volviese a dejar partida sin revocación. Reza, sin embargo, solo oraba, convencido de que su hermana necesitaba a Pelayo tanto como Pelayo a ella. Porque ambos habían olvidado, a través de la Ciudad y la experiencia, lo que era la calidez. Mientras, Israel intentaba sintetizar lo que luego sería la Droga en su laboratorio, mucho más ligero de corazón, alucinado, borracho de sí mismo. La cuestión era esta: todos tenemos en nuestro cerebro la capacidad para seguir ese rastro que dejan la historia, los actos y los objetos, como había dicho Basil, solo que no la utilizamos. Sin embargo, el cerebro de Lambrakis, dañado como estaba, en combinación con la medicina experimental para las enfermedades neurológicas degenerativas que le habían suministrado, había logrado segregar una hormona que hacía que esa parte de la mente se pusiese en funcionamiento. De tal forma que Lambrakis sí, era capaz de saber, y esa es la palabra: saber, lo que habían aprendido sus compañeras. Con lo que era Lambrakis, algo en el cerebro de la rata, la clave del asunto. Si lograrse mezclar la vieja medicina con algo que provocase la pequeña mutación de Lambrakis en una persona adulta, quizá lograría encontrar el modo de que la memoria histórica jamás se perdiese. Perseguir la utopía, no perder de vista el objetivo.

Takeshi haciéndole el amor al cuerpo de porcelana de Midori, sin curvas, mientras la gente de Birmania muere por televisión. Los trabajos de reconstrucción de una nación herida por el petróleo mientras las revueltas se narran en Pelayo, que también llora por los soldados muertos, que también llora por las madres sin niños, por los hijos de mirada oscura y apenada que se han quedado sin madre. El libro de la mujer rusa se está convirtiendo en un éxito de ventas y lo que pasa en ese país clama al cielo. La culpa soterrada también es culpa. Y luego tú, luego yo, y Basil y Violeta que se reencuentran en la Plaza y a él le duele y ella lo ama más que nunca porque ya tiene lo que quiere. En mí buscaba el castigo y lo encontró. En Colonia nunca parece que se vaya a acabar el frío y tú, apoyada contra el puente con una cerveza, observas una muñeca que ha quedado sentada en la baranda. Demasiado disparatado para ser cierto.

Pero es disparatado el mundo y lo construimos cada día (aquí Agneta levanta la copa en el restaurante y brinda conmigo, con la sombra de Violeta alargada contra la bañera, con la mirada tumultuosa de Basil del otro lado de la pared, observando. Mirándome). Bianca que mima a su hermano porque no tiene hijos a los que mimar y es la primera vez que los echa de menos, Reza que se deja, Pelayo que llora todas las lágrimas ahorradas, Agneta que coge la muñeca y camina sobre el Rin como quien camina sobre las aguas, Violeta de cabeza al infierno, Basil que se ve de nuevo en pesadillas interminables no pudiendo parar la espada, Israel condensa el mundo en una pastilla roja y azul y yo como, lamo, amo, huyo, huyo, huyo de la realidad que es

Violeta alejándose agua adentro, Violeta terminando su estancia en Madrid, Violeta saliendo del agua en los brazos de Basil, Violeta en la puerta del hotel con rostro de despedida eterna. Todo eso es el mundo, como después supimos. La vida en un instante. El fondo del mar en un grano de arena.

VENCEDORES Y VENCIDOS

Vuelvo a pensar en la incurable herida abierta del tiempo, supurante en su inmensidad acuosa, tan maleable según su continente. Vuelvo a pensar en todo eso mientras aquí se ha hecho de noche, la grulla ha dejado claro nuestro crimen. Mi crimen. La historia causa en todos efectos distintos. Saber la verdad puede enganchar hasta destrozar tu vida. La mano abierta de Israel con las pildoritas rojas y azules.

Dijo que había hecho un descubrimiento, que eso creía, pero que no lo había probado con personas adultas y sanas. Que era el último paso.

—El grupo de control, que está en mi laboratorio, tomará un placebo. Pero quisiera saber si os prestáis voluntarios para probar la real. Me gustaría que la tomasen personas de sexos y culturas distintas, para saber qué efectos causa en ellos.

La pregunta era qué se suponía que hacía. La respuesta, mucho más disparatada de lo que habríamos imaginado. En principio recuperar los rastros. Ser capaces de leerlos con la facilidad con la que se acaban leyendo los libros, sobre todo si son buenos. La lectura de la memoria colectiva. Sin tapujos. Sin mentiras.

El ser humano es mentiroso por naturaleza. El que diga lo contrario es porque miente más que el resto. A cualquiera le supondría un esfuerzo terrible exponer su alma a la visión del mundo. Pero en esos momentos, Agneta tú lo sabes, en esos momentos lo único que te viene a la mente son los secretos de los demás. Saber de los demás. La curiosidad eterna, baldía, absurda, que conduce a decir sí, yo la tomaré y te digo qué me hace. Cogimos todos. Algunos por cobardía, otros por verdadera curiosidad, Basil porque yo la había cogido el primero y no pensaba quedarse atrás.

—He visto a Antonio —empezó a decir su voz— matar a Violeta a través de los tiempos, siempre de una forma cruel y sin que yo pudiese evitarlo. He visto cómo moría una y otra vez en diferentes pesadillas a veces vividas con los ojos abiertos. La impotencia me hace creer que yo ya tengo lo que tenía esa rata. Sigo los rastros. Veo. Sé.

Pero nosotros ya estábamos lejos, hundidos en la blandura. Las sillas se hicieron líquidas hasta absorbernos, la tierra se deprimió hasta tragarnos. Luego, nadar en gelatina caliente a través de la información para recoger la que se nos antojase, si es que de verdad aquello estaba sucediendo. Y lo estaba. Bruto jamás apuñaló a su padre, diga lo que diga la historia. Vimos: sendas columnas de hechos que se nos habían ocultado, sensaciones que se nos habían negado, curiosidades que nunca tuvimos. Nadando en dirección contraria al transcurso natural de las cosas descubrimos templos que se hundieron hace miles de años, la ubicación exacta de las tablas de la ley y que estas no fueron dictadas por Dios, sino que se construyeron a partir de una mentira de Moisés, que no podía mantener bajo control a su pueblo por más tiempo. Vimos quemar a hermosas mujeres por herejía sabiendo que su único pecado fue no ceder a los impulsos lujuriosos de un juez. Conocimos los pecados inconfesables de hombres santos, la justicia impuesta por hombres injustos, el dolor del parto, la promiscuidad imparable del escritor que otrora admiramos. Pero era una situación extraña, ya que no podíamos agarrarnos a nada, no lográbamos adentrarnos

en los acontecimientos, sentirlos vivos en nosotros. Veíamos pasar a toda velocidad las acciones de los hombres sin ser capaces de sujetarlas, de retenerlas lo suficiente. Volvimos exhaustos y descontentos al calor intacto de la Plaza. Y entonces Israel empezó a hablar y comprendimos.

Era él, como alucinado, el que contaba el terror de los campos de concentración, lo que había sufrido hasta encontrar a su abuelo, milagrosamente sano porque se había hecho amigo de los guardas que querían aprender inglés. Él sabía inglés, por eso comía con decencia, por eso vio morir a muchos, por eso nunca iba a las duchas. Podía trabajar porque estaba fuerte. Incluso después, en los vagones del tren, cuando cogió el tifus y los demás iban cayendo muertos a sus pies, mantuvo la calma, bebía nieve, confiaba en un mañana tan lleno de interrogantes debido a su raza, debido a lo que había pasado para llegar hasta allí. Sentía en las ulceraciones de su piel un dolor que más provenía de la incertidumbre que de otra cosa. Si no lograba ver el mañana, ¿qué sería de él? Hay gente que solo sigue viviendo por curiosidad. Él vivió para ver el mañana. Paradójicamente acabó perdiendo el ayer.

La clave estaba ahí y no la habíamos visto: verbalizar. Las cosas que no se dicen es como si no fuesen, las verdades seguían siendo tan abstractas como siempre si no se decían en voz alta. Cuando Israel fue contándonos de su abuelo lo vimos, lo sentimos, escuchamos sus pensamientos, su dolor sordo, su hambre. Sentimos su esperanza y cómo esta se frustraba cada vez. Conocimos a la abuela de los sueños de Israel y, tan vívidamente como en sus sueños, sentimos los cuidados de ella en la carne enjuta del enfermo, la piedad, una amiga tan valerosa. Concluimos que ese acto de amor generoso se había sublimado para convertirse en todos los actos de amor más o menos grandes del inmenso mundo. Pero luego llegó el miedo a nuestros corazones, pues cuanto más hablamos, más nos dimos cuenta de que en este universo, el real, el que no es la Plaza, todo tiende a ser la sublimación de su tendencia. De tal forma que cada beso es todos los besos y así el beso. Cada odio es todos los odios y así el odio. Y después, en un cambio de temperatura anímico brutal, la náusea al ver los ciclos del tiempo, claros como espirales dibujadas a nuestros pies, provocados por los inventores de la historia.

—Cada cierto tiempo —dijo Violeta como quien narra un cuento—, el hombre hace algo terrible, algo que desea borrar a toda costa, sin saber que el borrar solo sirve para cometer de nuevo los mismos errores. De tal forma que en los colegios cada vez se estudia la historia más reciente, llevándose a cabo una notable pérdida de información sobre el pasado; luego las bibliotecas hacen desaparecer los libros que informan sobre estas épocas, los medios las olvidan, se queman las ideas opuestas al presente hasta que no queda más que eso: presente. Más tarde el ciclo se invierte y el hombre involuciona a través de los siglos hasta sus formas más básicas y de nuevo, un día, vuelve a bajar del árbol y a recomponer su historia. Esta es la tercera vez que la vivimos. Ya hubo otros dos holocaustos nazis, otros dos Julio César conquistando otras dos Galias anteriores. Hubo otras cuatro bombas atómicas antes de nuestras

Hiroshima y Nagasaki, otras guerras del Peloponeso, otros dos Gandhi y otras dos Aung San Suu Kyi. Todo lo repetimos tal cual una y otra vez, olvidando nuestros errores para volver a cometerlos con pequeñas variaciones. Así Cataluña, la última vez que llegamos al dos mil ocho, pertenecía a España y no a Andorra, por lo que Pelayo hubiese sido español como Antonio. Y las revueltas de Birmania no coincidieron espaciotemporalmente con las protestas por la liberación del Tíbet. Pasaron meses entre una cosa y la otra. Hubo antes otros nosotros sentados a esta mesa, con nuestros mismos nombres, tomando la misma medicina que les hizo *saber* por encima del horror que estaban sintiendo.

Su voz de lima se iba deslizando entre nuestras mentes y nuestros corazones. La cara de espanto de Basil, tan consciente de que Violeta en su trance no mentía, los ojos como páginas en blanco, el humo inconsistente de los cigarros. La Plaza siempre había sabido todo esto y nos lo estaba intentando decir. Tú pensabas en la muñeca escondida en tu bolso, pero eras incapaz de moverte para sacarla. Yo empecé a sentir un deseo incontrolable, como cada vez que hacía un descubrimiento importante: hambre. Ese deseo que produce el éxtasis de la verdad, que en mí funciona como un afrodisíaco, y solo empecé a pensar en hambre, en devorar un cuerpo mientras me durase el cuelgue. Y Violeta era tan inaccesible en ese momento... Quisiera haber salido de la Plaza a tirones, arrancarme la piel para llegar a Madrid y saber que todavía no se había marchado, arrancarle gritos una vez más, arrancar, arrancar. Eso era todo. El arrebató de furia por el engaño, de lujuria por la Droga, de felicidad absurda por la verdad. Y te besé. Lo hice porque solo a ti podía sentirte cercana allí donde todo era abstracto, en aquel lugar que sobrevivía a todos los círculos en los que el hombre se metía, siempre tan equivocado. Una mentira pequeña se acababa convirtiendo en todas las mentiras en un efecto bola de nieve que hería de pensarlo por lo verdadero. Y de golpe andábamos rumbo al hostel de los cuartos cambiantes, con sus cortinas de terciopelo y su sexo indistinto, flexible, cruel.

Nunca había sentido nada tan intenso como cuando tu cuerpo desnudo aquel día en el hostel. Las paredes giraban a nuestro alrededor y por fin sentíamos su movimiento, su desequilibrio. Tú gemías bajo mi peso, acordonada a mis piernas, enredada en movimientos de serpiente, y yo estaba tan cerca de la verdad como se pueda estar. Es la ternura un objetivo ausente en todo momento, Agneta, en tu recuerdo de selva plástica, ahogada en ti misma. El amor en su más grande expresión se retorció debajo de mí —*así, Antonio, podrá parecerse un capricho absurdo, pero quiero sentir tu peso entero, no te apoyes en nada más que en mí*— y yo estaba presenciando cómo la vida era tan insignificante como nunca habría concebido. En la amplitud del mundo la historia daba vueltas y más vueltas sobre sí misma con un limitado número de cuentos que contar. De tal modo que repetíamos las mismas acciones como autómatas, sin tener elección. Yo no soy un animal fácilmente resignable, lo sabes

muy bien. No podía aceptar sin más como tú estabas haciendo. No podía detenerme ante el hecho de que no había elección posible, que no había libre albedrío, que no existía la bifurcación de caminos. Y en cierto modo, en cierto momento, sería inútil. Hiciéramos lo que hiciéramos, más tarde o más temprano, vendría un ajeno, un indestructible, uno de esos que mueven las cuerdas, y reinventaría la historia a imagen y semejanza de las historias desconocidas anteriores. De tal forma que, a ojos del espectador inexperto, volveríamos a repetir los mismos errores y los mismos triunfos de manera idéntica a nuestros predecesores y nuestros yoes futuros.

Qué irónico resultaba entonces todo. Incluso tú eras una ironía desnuda, absorbiéndome desde tu centro, llevándome a tu terreno calmo. Qué extraño comprender de una forma nerviosa, carnal, física, que tú, la mujer que no amaba, representabas toda la cercanía, todo lo cálido, lo alcanzable. Agneta es una santa, pensaba yo, siempre tan preocupada por mi bienestar, por mi calor y ¿estás bien?, cielo, ¿qué necesitas para estar mejor?, te ayudo en lo que quieras, tan conmovible por mis sufrimientos, por mi búsqueda del conflicto, por mi alma de escritor que nunca ha escrito una palabra. Comprensiva Agneta, mi amante, mi dulce, mi madre, todas las madres. Agneta, el enorme y cálido útero del universo. Me gustó pensar eso. Tu humedad, tu protección siempre delicada, tierna, digna, amándome sin pedir nada a cambio, era un regalo inesperado que no creí merecer. Me refugié en ti cuando la realidad me atraía a la perdición. Me metí en tu cuerpo y en tu alma. Tú, tan familiar desde el primer momento, tan acoplada a la circunstancia pese al miedo, lo más próximo a mí; y sin embargo Violeta.

Había ironía también en Violeta, la mujer que amaba con desesperación y que sin embargo era una extraña, una silueta en mitad de la calzada, una desconocida. No conocía nada de ella. No me permitía acercarme. Y de algún modo estaba seguro de que jamás me lo permitiría. Lo más que puedes hacer con un pájaro es enjaularlo. Tú eras mujer y ella ave. Y yo amaba al ave cuando deseaba a la mujer. Deseaba que el ave fuese mujer por mí. Pero ella nunca lo sería por nadie y eso lo comprendía yo tan bien... Podía ver con claridad a las Violetas anteriores, su rechazo, su amor dedicado a otros, su castigo buscado en mí. Pero ¿por qué? ¿Cuál era su pecado? Siempre el mismo e indistinto: ser la perfecta víctima. Y yo rabiaba, Agneta, rabiaba mientras te giraba y te mordía y tú solo me pasabas la mano por la cara con un gesto de amor que más me hería que otra cosa. Porque la Droga de Israel era una droga de verdad. Y la verdad duele.

La verdad como cuchillo afilado en mitad del desastre, como piano podrido en mitad del salón, como muerte de la resistencia en Birmania. Se entera la mujer del vestido amarillo del huracán y de las muertes como quien recuerda el pasado al mirar una fotografía. ¿Qué está haciendo allí cuando debería estar fuera, con el barro hasta las rodillas, rescatando niños de debajo de árboles arrancados? Está presa por defender lo

que ahora el clima destroza, hundida en una semirrealidad que se ha transformado en nada. Nada absoluta. Flores frescas marchitándose en su pelo. Se siente más esclava que nunca, más triste que cuando su marido murió sin que le permitiesen verlo. El deseo de salir hiere en los ojos, en los dedos que ya no tocan el piano porque está muerto. Las paredes son rejillas, pantallas las ventanas en las que se van pasando las diapositivas de la destrucción, de las enfermedades y el hambre que vendrá. Se sienta en el suelo, sobre los pies, las rodillas juntas, las manos sobre el regazo. Desde que murió el piano lo hace muchas veces, buscando la calma en el gesto, en la entrega a la casa como cárcel, rogando por la paz de su pueblo de la única forma que le queda sin música. Pero nunca encuentra el sosiego buscado, el trance que le daban las teclas. El orgullo de hacerse oír. Se reprende por ese exceso de ego, por ese apoyo encontrado en el instrumento. No se debería depender de nada nunca. Pero esta vez sí siente el viento en sus oídos, la vibración casi imperceptible en los dedos, la fuerza de la musculatura de las piernas tensándose hacia arriba, muy arriba, la energía del universo que entra por la cabeza y la conecta al suelo por los pies, la elevación como grito y de golpe... nada, serenidad, calor en el rostro, el suave roce de la arena bajo las piernas, el color naranja del cielo de la Ciudad, abrir los ojos y saberse en la Plaza a la que hacía tantos años que no iba y Takeshi, drogado por Israel, que la ve aparecer frente a sus ojos rasgados y siente el colapso en el pecho, la angustia de decirle todo, de alejarla del encierro; si al menos el caballo blanco, todo sería más fácil. Ella, como flor amarilla arrodillada en la arena pasando la mano por el suelo fascinada de estar fuera, de haber conseguido llegar hasta allí de nuevo, sonrío de forma abierta mostrando sus dientes pequeños y brillantes. La Plaza ha enmudecido. La mesa ha quedado en silencio. Todos miran a la mujer del vestido amarillo y a Takeshi alternativamente. Takeshi sabe, y por eso dice en voz alta, cada vez más clara, lo que la mujer del vestido amarillo piensa allí, de rodillas en la arena:

—*Caz bosef ce fos te frigan en mijadpelsilemcio se var afriendo* paso en mi mente, el sufrimiento de los que carecen de libertad. Su cárcel no es distinta de la mía, aunque sí más grande. Si pudiese estar allí fuera, atravesar las ventanas, llegar hasta el abismo que separa sus vidas de la mía, protegida por las rejillas invisibles que son las paredes, mi voz calmaría las heridas, mi música frenaría el dolor. La revuelta pacífica del tifón, la muerte soterrada de la censura...

Todos miran a Takeshi, que de pronto está bien codificado y es capaz de hablar el idioma de la Plaza tan bien como cualquiera solo con verla. Es como si aquella mujer hubiese desatado un viejo nudo del alma del japonés que se reflejaba en la lengua como un espejo refleja otro hasta el infinito.

De golpe el silencio se corta por un galope sordo que resuena sobre los adoquines de piedra de los paseos de la Ciudad. Israel alcanza a cogerle la mano a Takeshi porque ya sabe, como todos gracias a la Droga, del sueño, del caballo blanco que hace su entrada como una aparición, y Takeshi que se deja coger la mano a pesar de ser reacio al roce, sin poder dejar de hablar el pensamiento del vestido amarillo.

—... como una loca que pide lo que es justo, resistencia pacífica, sonrisa ante la represión, silencio ante los golpes de efecto, libertad y justicia a través de la paz...

Y él que se agarra al cuello del caballo y monta sin ninguna dificultad, aunque es bastante probable que sea la primera vez que hace algo semejante. La silla cae con un ruido metálico. Los dedos de Israel se desenlazan y es como si se perdieran en el viento cuando el caballo se dirige a su objetivo como si fuese a aplastarlo. Ella que sonríe ante la inminencia de los cascos ya tan próximos y la mano de Takeshi que la coge por la cintura y salen de la Plaza al galope, hacia una libertad ficticia de cartón piedra, la única posible en la Plaza hasta el golpeteo de los nudillos en la puerta y ella que abre los ojos con el corazón nuevo, como si esos segundos ausente se hubiesen transformado en abrir de puertas y acceso a las gentes que lo han perdido todo. Los militares traen algo enorme en una caja de madera, algo del tamaño de un piano. No intercambian muchas palabras, pero parece ser que han permitido que entre la ayuda internacional; ella sonríe ante el palpitar de las venas del caballo blanco bajo la palma de la mano, aún presente, tan real como todo lo de aquel lugar. La caja se abre y el piano nuevo. Las notas de ánimo han sido requisadas. El guardián que lo dice siente cierta simpatía por la mujer del vestido amarillo y se le nota la pena en la cara.

—Eran hermosas —concluye simplemente.

—Está bien. Gracias. Muchas gracias.

—Es porque usted aguante que lo hacen.

—Lo sé.

—¿No hubiese preferido un billete de avión?

—No. Un piano está bien, la verdad.

La caída de la mente dentro del cuerpo, como si se hubiese estado sin respirar demasiado rato, con un golpe seco la vuelta al techo pintado de blanco y a los muebles lacados en negro, con una pérdida de equilibrio súbito dentro de la horizontalidad. La perturbación del sueño de Midori que pregunta de nuevo si estás bien, Takeshi, te veo muy agitado últimamente. Y él, que ha perdido el caballo al atravesar el muro de la Plaza, que ha sentido cómo el vestido amarillo se deshacía entre sus dedos sin poder retenerlo, que ha perdido el efecto de la Droga y ya no tiene ninguna certeza absoluta, sino una resaca terrible que se traduce en náuseas y dolor de cabeza de la categoría terremoto, él, es absolutamente feliz por haber sido capaz de ver en un último instante a la mujer sentarse al piano y tocar el *Canon* como solía, a través de una pared que había decidido, como último regalo, hacerse transparente como el cristal.

A ti que eres la experta en selvas se te preguntan cosas absurdas, siempre relacionadas con la cultura del machete.

—Mi abuela solía decirme que tuviese cuidado, que nunca fuese ni el primero ni el último en nada. Es por las culebras que lo decía. Mi abuela tenía un pánico terrible

a las culebras porque era de campo y más de una le había dado un susto. Ahora sé que lo decía por las culebras, ¿no es gracioso? Toda la infancia escuchádoselo decir, «Antoñito, tú siempre en el medio, ni el primero ni el último», y es ahora gracias a la Droga que sé que lo decía por las culebras. Me he preguntado durante muchos años el porqué de esa obsesión de mi abuela por los puntos intermedios y ya ves, era porque cuando era una niña las serpientes siempre asustaban al que iba delante o al que se quedaba rezagado. Lo curioso es que esa filosofía sirve para todo. El primero suele ser rechazado y el último relegado. Antes me gustaba ir por caminos de tierra cuando iba al pueblo y solía preguntarme cómo se libra uno de ser el primero o el último si va solo.

Esta disertación mía, con los ojos muy abiertos por la Droga, viendo claramente a mi abuela frente a mí asustada por las culebras, «las bichas» que decía ella porque ni nombrarlas podía, despertó en ti un tragar de saliva desnuda, un sentarte a mi lado en la cama del hostel Magnífico, un acariciarme la cara y contarme que tú hace años que caminas sola por la selva.

—Si vas solo de lo único que puedes fiarte es de tus ojos. Mirar al mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo sin perder de vista el objetivo en cuanto lo veas. Y tener mucha suerte.

Sueño: Vas caminando por la selva como siempre, el machete en la mano, abriéndote paso entre las hojas, caminando hacia atrás en el tiempo y en el espacio sin saberlo. La humedad se pega a tus piernas fuertes y desnudas, cubiertas solo por encima del muslo por unos pantaloncitos de color de tierra. Y de golpe la variación, quizá causada por la Droga de Israel o porque te has quedado dormida en la Ciudad y qué pasa cuando uno sueña en el lugar donde va cuando sueña. El mundo del hombre ha dado la vuelta en tres ocasiones y tú ya has estado allí una y otra vez, con distintos cuerpos, con distintos nombres, cometiendo los mismos errores, variando el color de tu espíritu. Por eso es que, quizá, sabes por primera vez que hay un claro cerca, que estás llegando a donde querías ir.

Un último machetazo y ves el lago negro, calmo, de agua densa como alquitrán caliente. En su mitad una barca intenta avanzar con un hombre encima que, de pie, introduce una y otra vez sin éxito el enorme remo en el agua negra. Es un nativo americano, de piel curtida por el sol y camisa a cuadros como la que tú llevas. Me preguntas después, cuando te aseguras de que he accedido a tu sueño a través del saber que da la Droga, si significará algo que llevéis la misma camisa. En la orilla parece ser que yo discuto acaloradamente con Violeta, ajeno a que la barca del indio se hunde y a que tú estás desesperada porque nadie va a ayudarlo.

—Mi marido —gritas—. No sabe nadar. Va a ahogarse en el agua negra del lago.

Pero yo no escucho. Corres hasta mí, intentas llamar mi atención, pero desistes cuando ves que la selva se ha cerrado a tu espalda y que ni Violeta ni yo tenemos ni ojos ni orejas. No te vemos ni te oímos. Así que te desnudas, agitada aún más que cuando la selva, y te tiras al agua. El líquido que compone el lago pesa en tus

miembros, caliente como si tuviese fuego debajo, espeso. Te mueves con dificultad, avanzas lentamente pero con un ritmo constante. Tu experiencia en el sueño te dice que todo depende de mantener el ritmo. Poco a poco te acercas hasta que el brazo poderoso del hombre te coge por la cintura y te sube a la barca que se hunde. Tiene un rostro dulce, surcado de líneas como un campo recién arado. No está incómodo por tu desnudez, ni tú tampoco. Te pregunta por qué has dicho que era tu marido. Te encoges de hombros.

—No soy tu marido. Soy un dios —dice—, no tienes por qué preocuparte. No me ahogaré. Los dioses morimos y resucitamos constantemente. Generalmente nos matan los hombres por confundirnos con ellos mismos.

De pronto te percatas de que la barca ya no se hunde, sino que de alguna manera asciende. También eso es una cuestión de ritmo según parece. Tu mirada se queda fija en las botas de piel de serpiente que lleva el dios. Las cabezas de boca abierta de las víboras hacen de hebilla. Te sorprende más eso que comprender que la barca sigue elevándose hasta componer la parte más alta de una pirámide maya, cuya base de descomunales dimensiones cubre el lago por completo al dejar de crecer. El remo, cuya empuñadura es una serpiente con la cabeza rodeada de plumas, cae al suelo ruidosamente. Violeta y yo parecemos diminutos insectos que se alimentan el uno del otro hasta perecer ambos al unísono, condenados a un infierno de ausencia mutua. Miras al indio, pero ya no tiene el aspecto que solía, sino que está desnudo, cubierto tan solo por unos trapos sostenidos por una cuerda que se ciñe a su cintura. Los músculos del cuerpo, tan antiguo como el tiempo, brillan debajo de la piel tensa y pintada. En la cabeza, un tocado de plumas rojas vibra con el viento de la tarde. Se hace de noche en la barca-templo. Él se frota las manos y extiende las palmas hacia arriba, también hacia ti. Las antorchas se encienden a tu alrededor gracias al fuego que escupe la boca del dios, que tiene ahora los ojos amarillos pero dulces. Se dirige a ti de nuevo. Te acaricia el rostro. Te besa los labios fríos.

—Soy tan viejo que te he visto muchas veces. Tengo esta forma porque es la de tus sueños y fantasías, pero normalmente soy la Plaza, la humanidad, todas las realidades. Escúchame, Agneta, a tiempo estás de salir del lago.

—No. Sabes que no puedo. No se puede huir del dolor en el lugar del que no se huye.

—Lo suponía —dijo él sonriendo.

Luego el agua negra al cuello y de nuevo la barca lejana, con el indio de las botas de serpiente moviendo el remo como si no te viera. Demasiado agotada para volver a la orilla, demasiado difícil llegar hasta la barca. Y de todas formas, si la barca se hunde, ¿de qué serviría? Intentas volver a Violeta y a mí, que seguimos enzarzados en una discusión sin fin. Nadas con desesperación por tu vida.

Cuando logras alcanzar la arena estás extenuada. Te arrastras hasta mis pies y te agarras al bajo de mi pantalón en el mismo momento en que mi cuchillo ritual de piedra labrada cae sobre el pecho de Violeta y la deja sin aliento para siempre. Gritas,

pero de tu boca no sale sonido alguno. Me vuelvo hacia ti, pero no tengo rostro, mi cabeza es como un borrón de carne inquisitorio, mis manos un puñado de sangre que ya no se contiene. Y de nuevo la selva a tu alrededor, corriendo con la asfixia a flor de piel, el verde enredándose en tus piernas, el machete abriéndose paso con ahínco, mantén el ritmo, lo importante es mantener el ritmo, la cadencia, el machete cayendo sobre las ramas con un silbido y tú subiendo y bajando encima de mí en el hostel cambiante, con el pelo hacia detrás. Si abres los ojos estás allí, sobre mi aliento entrecortado, pero es el tuyo el que se sofoca si los cierras, la humedad te golpea el pelo, mis manos te arrancan un grito al rodear tus pechos pequeños y apretarlos con toda la furia de la historia oculta que ahora corre por mis venas porque veo a Violeta tendida en el suelo, huelo la carne quemada, veo sus ojos desafiantes, me escupe y yo subo la espada porque no soporto su ausencia de rendición; sé que Basil está a mi espalda, pero también sé que su pánico no me lo impedirá. Cuando la bajo hasta atravesarla, siento un intenso placer que me recorre la columna y tira de mí hacia arriba, hasta ti, hasta eyacular en tu interior con un grito en el que me abrazas conteniendo las ganas de llorar y él me ahogo, Antonio, me ahogo en la selva, las ramas me asfixian desde dentro y de aquí no se huye. No se puede salir de la Plaza. Ya es tarde para nosotros dos.

La comprensión de ese llegar tarde para huir de la Plaza o del lago, como mejor quieras verlo, llegó con Violeta intentando salir de Madrid sin despedirse. Por desgracia tuve que adivinarlo animado por las píldoras rojas y azules de Israel, que se habían convertido en una obsesión en Violeta, por y para Violeta. Ya estaba en la puerta cuando salió con las maletas acompañada de otra bailarina que comprendió de inmediato aquel esfumarse de sonrisa en el rostro de Violeta y dijo algo de que iba delante, que tenía un par de horas antes de facturar.

Le tendí mi regalo sin ninguna palabra intermedia, una caja de caramelos de la violeta, que probablemente no conocería, pero que inevitablemente me recordaban a ella. Sus ojos de pájaro se abrieron mucho, luego se entornaron y finalmente se cerraron con un suspiro, como si ese conjunto de gestos ya indicase lo que iba a decir. Así que hablé primero.

—No puedo creer que pretendieras irte sin decirme nada.

Ella contuvo el aire, eligiendo las palabras con cuidado como quien habla con un niño de algo que no está seguro de poder explicar.

—Es mejor así. Además te veré en la Plaza.

En realidad debería haber estado preparado para eso. Desde que tomaba la Droga solo verbalizaba a Violeta, de tal forma que me llegaban todos sus movimientos, sus deseos más íntimos, sus pensamientos más profundos. Supe antes que ella que no me amaba, que siempre amó a Basil, que yo era su mal acto para sentirse menos víctima. Que al no decir *PeterRichardson* se había introducido en una espiral de mentiras en la

que yo era la última vuelta, la cumbre de los despropósitos. Y ahora volvería a Basil, al que detestaba por ser bueno, por no crear y no comprender la creación, por ser racional y no desearla con las entrañas como yo la deseaba; y sin embargo al que amaba por todo eso. Porque yo tenía todo lo que a Basil le faltaba: era imperfecto, un escritor, un artista, un maníaco oculto y la deseaba como se desean las cosas que hacen daño, de una forma enfermiza. Y ella necesitaba probarme, tenerme para castigarse por todo lo que no había hecho. Tenía que demostrarse a sí misma que también podía ser mala, que podía rendirse al impulso para poder perdonarse de una vez y para siempre. Para no volverse loca persiguiendo a rubias delicadas por las calles de Londres. Violeta no me amaba. Y yo debería haber estado preparado para ello, debería haber estado preparado para verla volver a los brazos de Basil, al calor de su cuerpo moral, sin fisuras, de una entereza que asustaba.

—¿Crees que Basil no lo sabe? ¿De verdad has pensado que va a darse la vuelta y mirar hacia otro lado?

—Sí, debe saberlo. Y si lo pierdo tendré que aguantarme. Pero no por eso voy a quedarme contigo.

De golpe una Violeta distinta, enorme, fría, como una madre que encuentra la travesura de su hijo y lo reprende sin hacer caso de sus lágrimas. Me vi pequeño al pie de las escaleras con los caramelos en la mano. Utilizado. La ira subió por mi cuello, el camino inverso de una gota de sudor helado. Hice un último intento.

—Pero tú me deseas. Querías esto, yo... no puedo... no debes...

—No te quiero, Antonio. Nunca podría quererte. A ti no se te puede amar sin que rompas huesos propios o ajenos. Eres un creador, un escritor que busca el conflicto para poder escribir. Yo te venía bien porque no podías tenerme. Ahora que me has tenido me olvidarás como a tantas otras antes.

Ella también había estado viendo en mí, mis aventuras con diversas muchachas fascinadas por mis traducciones, indefensas ante mi ansia de revulsivos, mi deseo soterrado de sufrir o hacer sufrir para escribir con eso. Me sentí humillado por su decisión, por la fuerza con la que se mostró ante mí, diosa-pájaro, inalcanzable, de otro. Me dio un beso en la mejilla que me supo a mentira, a humillante mentira de lima, y la miré marcharse a Sevilla, a un festival de danza cuyo nombre decidí olvidar de inmediato. Debí haberlo sabido, ya ves. Y sin embargo me sentí helado, herido, roto y furioso.

De todos los dolores, la humillación es el más barato, lírico y estúpido que existe. Es el que más despierta ese instinto de supervivencia que representa, oculto, el asesinato. Por más que nos empeñemos en lo contrario, el acto que supone ser humillado (no nos engañemos, en el fondo la humillación es activa, no pasiva) es el que despierta en mayor número de ocasiones al asesino somnoliento que llevamos dentro. A veces la humillación depende de un acto no esperado de otra persona. A veces de una paranoia que solo tiene entidad en nuestra mente. Lo que tienen en común todas las humillaciones es la raíz que existe de ellas en nuestro interior,

acentuada en mi caso por los efectos devastadores de la Droga.

Es esa intuición a la que no quisimos dar crédito, es ese volver la cara a lo evidente que una vez supimos, es esa confianza ciega en la persona o personas que nos dan la puñalada, es ese sentir que (para mayor gloria del rompe egos) lo que nos está humillando es cierto y que, en el fondo, siempre lo habíamos sabido.

No todas las formas de asesinar son la misma forma de asesinar, pero sí todos los asesinatos son el mismo asesinato.

Lo que hay de verdad en una humillación es lo que nos hace actuar de una forma violenta o fría y medida o cruel en cualquiera de sus mezquinas formas conscientes o inconscientes. Es la ironía de la humillación (la ironía universal, mística, divina o humana, tan humana, que significa la humillación) lo que hace que nuestro cuerpo moral, lleno de valores y sentimentalismos inútiles, no la acepte. El humano que hay en mí se despedaza al mismo ritmo que camino por las calles de Madrid. Empieza a llover y no tengo paraguas. No importa. Me he estado mintiendo a mí mismo, eso es la verdadera tormenta. Me siento un hipócrita total, tan perfecto en su cometido que logra engañarse a sí mismo a pesar de tener la verdad en el puño cerrado de uñas que se clavan en la palma con auténtica furia.

Lo que más me sorprende es la maldad que requiere ser hipócrita y lo hipócritas que somos todos.

La consecuencia, el ser consecuente, no existe por más que nos empeñemos en encontrarla en nosotros mismos. La universalización del falso pecado es mediocre. No se puede ser sublime sin interrupción por más que hubiese que serlo. Los héroes de papel son siempre papel mojado. La explicación de los pecados no es posible, siempre seguiremos pecando y de la forma más estúpida: contra nosotros mismos. Pienso, sentado en un portal con toda la ropa empapada, que podría escribir una novela con todo esto. Que incluso podría hacer una historia del mundo, escribir lo que pasó en verdad, ya que soy un escritor que no escribe porque carece de imaginación, y todos lo tomarían por una novelización histórica por carecer de referentes reales. Tan hipócritas, tan malditamente hipócritas que somos capaces de inventar nuestra propia historia con tal de que no se sepan nuestros errores como especie. Tres veces, tres, ha dado la vuelta nuestro mundo conocido para llegar al mismo punto, a mí, sentado en la puerta de un bar hawaiano maldiciendo a Violeta por tener razón, por ser todo lo lógica que se puede ser en una situación así. Me tomo una de las pildoritas de Israel y la lluvia se difumina, se deshace el mundo a mis pies, puedo ver lo que sucederá, lo que ya ha sucedido otras dos veces antes, o miles, como decía Basil. Siempre yo, matando a Violeta a lo largo de las tres historias, las dos olvidadas y la nuestra, en diferentes situaciones pero siempre a causa de la humillación que no soporto. Espada, fuego, máquinas impensables de tortura, frío y calor, cuerda, estrangulación, siempre la misma cosa, ella me humilla y la mato frente a los ojos de Basil, que es incapaz de mover un dedo porque está demasiado aterrado por mi locura.

Hay una mediocre tendencia humana a la preocupación generalizada por las guerras ajenas en detrimento de las propias y audaces, que logran colarse entre los bordes de los ojos de aquellos profundos pacifistas propios que desprecian todo enfrentamiento con ellos mismos. Yo soy de esos. Mediocre, burdo. Desatiendo la guerra propia alegrándome por la mujer que vuelve a tocar el piano en Birmania. A través de las pastillas sé que por fin Takeshi se sentirá en paz dentro de unos años, cuando la suelten. En la historia anterior maté al vencejo apretándolo en mi mano hasta que dejó de retorcerse, pero también lo encontré después del error que cometió Violeta al no amarme. Por efecto de la Droga soy capaz de verme con claridad matando al pájaro. Viajo por la gelatina del tiempo y recorro el espacio hacia atrás hasta la primera vez que llegó el hombre al dos mil ocho. El vencejo nunca entró por mi ventana porque ese día llovía y la tenía cerrada. Chocó contra el cristal y cayó al patio donde el gato de la vecina cometió con él una de esas matanzas sangrientas que acostumbraba. La gente pasa y solo ve a un pobre adicto sentado en un portal, desvariando apocalípticas visiones de una historia repetida a intervalos regulares.

Pelayo no duerme. Pelayo apenas come. Pelayo es una sombra de periodista que llora a lágrima viva mientras escribe lo que ve, lo que siente. Lo que por fin siente. Pelayo mira con ojos nuevos las pequeñas historias de los hombres y mujeres que viven en una miseria constante. Pelayo redacta informes de sufrimiento. Pelayo viaja a la Plaza y mira a Bianca que mira a Reza que mira el vacío existente entre ambos y lo valora como una transición al infinito. Pelayo bebe mezcal en tragos largos y toma la Droga de Israel en cantidades poco recomendables. Pelayo es adicto al papel y escribe con largas letras casi dibujadas sobre las historias que logra verbalizar en los trances azules y rojos. Tiene ojeras, la piel ha palidecido, pero la resaca no llega nunca porque para entonces ya tiene otra píldora en la boca. Pelayo sale por televisión diciendo que dentro de poco el Apocalipsis llegará y no en la forma que todos creemos, sino en cuerpo de desinformación estudiada.

—El mundo se ocultará a sí mismo. No quedará de nosotros recuerdo hasta que volvamos, ignorantes de que ya hemos estado aquí.

Pelayo se hace famoso por sus particularidades, lo llaman de todos los medios, publican su libro. En los programas de fenómenos paranormales, que se han puesto de moda, hacen leña del árbol vivo que es Pelayo divulgando que esta es la tercera historia que nos inventamos. Cuenta verdades que suenan a locura. Da pruebas de la existencia de un tal Odiseo que tardó diez años en regresar a casa tras una guerra. Ubica con precisión geográfica inimitable el templo de Salomón. Explica, para quien lo quiera escuchar, que el momento de retroceso ya ha empezado, que pronto se empezará a estudiar solo historia moderna en los colegios hasta que ya no se estudie el pasado, sino que solo se analice el presente. Y luego volver atrás en el tiempo hasta el árbol. El árbol como principio y final de todos los ciclos.

Bianca lo traduce en una entrevista en directo y sonríe porque lo conoce de la Plaza, pero no cruzan más que:

—Me alegra verte.

—A mí más.

—¿Crees que es correcto ir contando la verdad por ahí? Te toman por loco, ¿sabías?

—No creo que sea importante lo que piensen de mí. Si logro que no se olvide, maldita sea, si consigo que por una vez no se olvide...

—Estamos en el aire en cinco segundos.

Pelayo cree en lo que hace. Quisiera que Israel comercializase la Droga lo antes posible. Pelayo piensa que el ser humano tiene derecho a saber. No se da cuenta de que lo que menos quiere el hombre es eso: saber.

Bianca traduce a Pelayo en unas conferencias y esta vez cruzan más de cinco frases diplomáticas. Reza está allí; colocado de la Droga de Israel acaba de descubrir que no existe ningún dios y que al mismo tiempo todos son el mismo: una invención del hombre para que le sea más fácil olvidar. Él, que era un fervoroso creyente, sufre una crisis que se traduce en una conversación con Pelayo que acaba con Bianca poniendo paz. Por primera vez desde que se conocieron, los hermanos no se terminan las frases.

—¿Y no sería mejor vivir en la ignorancia? El saber hace sufrir. Israel debería destruir la Droga. Si el hombre se ha tomado tantas molestias en borrar no debe de ser gratuito.

—¿Y qué hay de los derechos fundamentales? Nos engañan, Reza. Unos pocos son los que deciden qué debemos saber y qué no.

—No creo que debieras gritar esas cosas a los cuatro vientos.

—¿Has descubierto que nunca hubo dios?

—Sí. Es un descubrimiento desolador.

El miedo hace que Reza se recluya en el piso de Bianca. Sin dios, el mundo parece mucho más aterrador de lo que solía. No hay esperanza. Nadie nos salva ni nos condena. La mayor parte de la vida pierde el sentido que tenía. ¿Qué es del hombre que no se dirige a ningún fin? Peor, el hombre se dirige a la ausencia de pasado como víctima de un hipnotismo colectivo. Pelayo piensa que sería justo que todos supiesen, que pudiesen elegir qué recordar y qué no. Pero el hombre prefiere olvidar para tener derecho a equivocarse de nuevo. La ausencia de memoria hace que los errores sean perdonables. Pelayo pierde la voz, pero su libro es récord de ventas. Ponen precio a su cabeza. Reza cierra los ojos en mitad de la resaca de la Droga, decidido a no tomarla nunca más. Suda en la cama de Bianca, despótica sobre el fin del mundo. Ve:

Niños degollados que tienden sus manos al vacío, olor de ratas abiertas en dos mitades, el dedo de dios señalándolo, un cuadro de Tiziano que cobra vida (y se pregunta cuántas veces y cuántos Tizianos pintarían ese cuadro), sálicas mujeres que

vuelven a la vida, ojos de los que brota una sangre espesa y negra porque vieron lo que no debían ver, el saber en forma de libro hambriento de grandes colmillos afilados, un bastón cayendo en mitad de una fiesta, la habitación inundándose con un líquido brumoso y pestilente, un cubano tuerto que representa la muerte, la cicatriz de su costado abriéndose para dar paso a un hermano siamés no deseado que se alimenta de lo que él intenta comer.

Bianca, en el estudio de grabación donde tendrá lugar la última aparición pública de Pelayo, se empieza a encontrar mal y vomita lo que ha comido su hermano en casa. Pelayo la agarra por los hombros y le aparta el pelo de la cara, sorprendido porque es la primera vez que la toca.

—Gracias, Pelayo. No sé qué me ha pasado. Me encuentro fatal.

—Creo que es el mono.

—¿El mono? No puede ser, si yo solo he tomado la Droga una vez, no me da para engancharme.

—El mono de tu hermano. Supongo que Reza, desesperado por la muerte de su dios, ha decidido dejar de saber.

—Si sigues diciendo esas cosas por ahí te van a acabar matando. No a todos les conviene que el mundo sepa.

—La gente no debería vivir con miedo. El saber elimina el miedo.

—O lo aumenta. Mira a Reza. No sabe vivir sin religión. Prefiere olvidar.

Pero era su elección, respetable se mire por donde se mire. Cada uno debería poder elegir qué saber. Pelayo habla por última vez en televisión de las coincidencias arquitectónicas de diferentes partes del mundo en simultáneas épocas, inexplicables hasta ahora.

—El hombre no pierde del todo la memoria, sin embargo. Es capaz de seguir levemente los rastros que otros dejaron, de tal forma que las pirámides pueden construirse en África y América sin mayor problema y con técnicas similares porque ya se hicieron antes, porque otros ojos humanos las han visto. Los historiadores tienden a hacer lazos espaciotemporales para explicar descubrimientos o hechos que aparecieron en diferentes partes del mundo de forma espontánea. Inventan, para excusar las coincidencias, aquellas historias que luego se estudian como verdad absoluta. No tiene por qué haber comunicación entre culturas para llegar a las mismas conclusiones sencillamente porque la memoria histórica está ahí, aunque no sea tangible, y hemos vivido esto tres veces. Solo hay que reconstruir el puzle, del que tenemos todas las piezas.

Y las pistas están en la Droga que se niega a salir del organismo del Reza, extenuado como un trapo húmedo, mirando al techo con terribles dolores. Borrar la memoria es un proceso lento y doloroso. La ignorancia hace feliz, pero llegar hasta ella es arduo y complejo.

Basil se da cuenta de que ama a Violeta como se ama a un bello recuerdo, a una parte del propio cuerpo, a los valores fundamentales en los que se construye la vida. La abraza cuando se ven en la Plaza como se abraza uno a la posibilidad de salvación en mitad del naufragio. Sabe de Antonio, de todo lo sucedido en Madrid, y a pesar de las ideas preconcebidas que siempre tuvo con respecto a la infidelidad, le resulta de golpe absurdo perderla por eso. Hubiera querido matar a Antonio cuando sus dudas al respecto se disiparon, hubiese deseado entrar en el cuarto de Madrid, humillarla, romper muebles con el puño cerrado (el aparador del salón del piso de Londres tiene un agujero poco disimulable en forma de puño. Los nudillos de Basil están despellejados pero misteriosamente intactos), pero todo eso carecía ahora de importancia. Ella estaba de nuevo abrazada a él en la Plaza, el cuerpo pequeño y huesudo envuelto por los brazos grandes y rubicundos. El resto era olvidable. Todos cometemos errores. Nada importa lo bastante como para romper eso. La pequeña ave había vuelto a posarse en su cuerpo, estaba aquí. No hay traición si se olvida. Sin embargo Violeta se echa a llorar. El perdón de Basil le hace más daño del que le hubiera hecho que la repudiara. El único problema de estar con alguien bueno es que pone de manifiesto que tú no lo eres en absoluto. A ella le hubiese gustado al menos una discusión, un grito. Pero no, él perdonaba sin preguntas, abrazaba la traición con una lealtad terrible, una lealtad que sonaba a perro guardián que regresa al que le da de comer sin poner en duda que volverá a recibir alimento. La frágil Violeta se resquebraja. Dice que va a dejar la compañía, que vuelve a Londres, que no está bien, que no puede más. Basil comete el error de dar soluciones cuando lo único que ella quiere es consuelo. No puede evitarlo, es superior a él. No le gusta ver llorar a Violeta, le pone violento y piensa en lo que querría para él si estuviese en esa misma situación.

Aclaración: A un animal racional lo mejor que le puedes proporcionar es posibles alternativas a su sufrimiento cuando se da de narices con él. Un animal pasional busca el abrazo o el castigo, la reacción desmedida, ningún punto intermedio entre el *tú te lo has buscado* y el *todo va a salir bien, no te preocupes*.

Pero de Basil salen planes de futuro, soluciones para que ella descanse, incluso una proposición de mantenimiento, no te será necesario seguir bailando si no quieres, yo me ocuparé de todo. Incluso podría pedir el traslado a algún pueblito pequeño donde estemos tranquilos y solos. Violeta pone cara de querer gritar, pero no lo hace. Basil no ha entendido nada y sin embargo, inexplicablemente, lo ama. ¿Dejar de bailar para siempre? Podría morir antes sin ningún problema, pero eso es algo que no sabe alguien que no crea. ¿A un pueblecito pequeño? Perderse en Londres, en el ruido, en las calles, en la multitud, ayuda a no pensar, a seguir hacia delante, a tomar aliento. En mitad del campo sería ahogarse, ir marchitándose poco a poco y sin remedio. ¿Sabe eso Basil? ¿O quizá solo piensa en lo que él considera una vida

tranquila y deseable? Violeta odia la monotonía. Y esa vida sería monótona. Basil sigue hablando, cada vez más emocionado porque ha conseguido que Violeta deje de llorar. Pero no se da cuenta de que las lágrimas en ella son necesarias, humedecen su tierra para dejar paso a nuevos brotes de alegría. Sin ellas la felicidad no lo sería tanto. Mira a su irlandés y de pronto siente por él una pena terrible. Basil no siente nada intensamente. Piensa demasiado y eso terminará por sacarlo de la Plaza. Gracias a ello no siente demasiado dolor, es capaz de perdonarla a ella porque vuelve, a Antonio porque ha sido vencido en la batalla que él mismo se había buscado. Pero tampoco siente el amor en toda su amplitud, la pasión arrebatadora que puede producir algo que te gusta, la ilusión de la sorpresa.

Violeta: Bienaventurados los que viven en una montaña rusa porque son los únicos capaces de disfrutar el vértigo de la caída.

Sin embargo, aceptar esa pieza fundamental de su naturaleza significa renunciar para siempre a Basil y a su tendencia al equilibrio. Así que no se atreve a hacerlo. Le dice a todo que sí, con esa inclinación de cabeza tan suya, tan de volver de nuevo al papel de víctima, a la desconfianza en sus miembros y en su estabilidad. Tomó de la mano a aquel hombre bueno que hacía planes que sonaban a chapoteo en los oídos de Violeta, que llevaba algunos caramelos de Antonio en el bolsillo. En el fondo ya sabía que nada que planeara con Basil se realizaría. Ya no.

¿Y qué hacer con todo eso que sentía? ¿Rendirse?. Se daba cuenta, y no quería hacerlo, de que había amado en Basil todo ese tiempo al hombre bueno que solo quería lo mejor para ella, había amado que fuese lento, racional, equilibrado, que fuese un filósofo y no un artista. Y ahora, de golpe, echaba de menos en él la emoción, la aventura, el deseo, la creación, que comprendiese (no solo que le emocionase) el trabajo de ella sobre el escenario. Si que Violeta dejase de bailar era una posibilidad, es que él no había entendido nada. Y lo peor, nunca lo haría.

Y sin embargo lo amaba. Lo amaba como se aman los olores que se conservan de la infancia, de la parte feliz de esta. Y pese a ello quería destruir toda esa tolerancia, esa paciencia que lo caracterizaba. Deseaba echarle en cara que no fuese un creador. Y sin embargo algo la mantenía callada, aprisionada en un silencio construido con ladrillos de tiempo siendo la víctima perfecta.

La caída que suena a levantarse y tomar un café acompañado de una píldora roja y azul, aféitate y lávate los dientes, de camino al laboratorio sentir los primeros efectos y ver que los malvados no son siempre tan malos como los pintan y los buenos absolutos son fantasmas recortados por los historiadores. Los héroes también son cobardes y tienen miedo. Los papeles amarillos con los resultados del experimento se acumulan en la mesa de contrachapado, Mary Anne los revisa y los

mecanografía con cara de no comprender algunos pasajes. No sabe que el señor Fisherman es el sujeto uno y que lo que se narra en las páginas que a él respectan no son alucinaciones, sino lo que ve cuando toma la Droga. Material de primera mano, un sacrificio por la ciencia. Y también el ansia de saber más, de comprender más al hombre con sus pros y sus contras, que acaba enganchando. El saber ocupa lugar, pesa, es adictivo. Israel se echa colirio en los ojos porque apenas duerme, pasa los días en el laboratorio o escribiendo lo que ve en sus trances históricos o en la Plaza bebiendo mezcal que no emborracha. Y las noches son las que desatan esa parte oculta de su ser, la confesión de su homosexualidad y la búsqueda de citas no comprometedoras, muchachos que saben lo que se hacen mejor de lo que él sabrá nunca.

Se ve a sí mismo entrando en el pasillo húmedo y caliente, las luces bajas, los cuerpos retorcidos los unos contra los otros en posturas imposibles causadas por el calor y el rotar de la tierra. Antinoos de cuellos poderosos inclinados al servicio de jóvenes delgados de pelo engominado. Y las manos que suenan a deseo ajeno aumentado por el propio. A ellos no les importa que Israel recite los nombres de reyes olvidados por conveniencia mientras disfrutan de sus piernas y sus manos y sus brazos y sus nalgas y mira que eres rarito, papi, dice el cubano flaco que le da placer en español esta noche. Antes de la Droga, antes incluso de Lambrakis, había tenido unas cuantas citas por internet con chavales que querían *conocer gente*, pero nunca nada así. A veces ayuda saber de primera mano qué es amar el equilibrio en el cuerpo, el *menssanaincorpore sano* ajeno, tomando azul y rojo, viendo cómo se amaron otros, ocultos o abiertamente. Le divertía sobremanera espiar la vida sexual de respetables hombres del pasado, casados, con hijos, y encontrar en ellos la pasión irrefrenable de un David de Donatello de rizos rubios y mirada turbia. Verbalizaba estas visiones para hacerlas intensas, vividas, para llegar con ellas a un éxtasis de comprensión universal que se traducía al final en cubano atragantado y en ataque de risa de ambos cuando pasa el sofoco y hay que volver a ducharse, al café, al desayuno, al día a día, a Mary Anne que ya tiene a su niña en un colegio de pago y miente por él y no sabe nada de nada la pobre.

El rotar del hostel seguía su ritmo lento y yo fumaba cigarrillos de marihuana mientras las noticias, de nuevo África y desmembramiento a machetazos, y la cara de Israel en la televisión que acabábamos de descubrir en una de las vueltas que dio la habitación, de tal forma que se le acusa de escándalo público en América a la usanza de los guardianes de la moral y lo púdico. Me preguntaba yo a quién puede importarle con quién se mete uno en la cama o se deja de meter. Parece que al famoso joven científico e investigador le podía caer una buena multa por estar en un lugar equivocado con alguien de su mismo sexo. Redada. Redada por la conducta recta y la moral edulcorada de anuncio de sonrisas luminosas y chicas rubias comiendo helado

con cara de bobas inocentes. Pobre Israel. Al descubrir el pasado del mundo estaba redescubriendo su propio presente, su cuerpo, sus deseos, sus necesidades. Y eso era reprobable. Aquí de nuevo la gran mentira del hombre y sus circunstancias. Los buenos mentirosos, los grandes mentirosos, los que más tarde o más temprano abrirían la herida y harían desaparecer la memoria para borrar sus huellas, inculpan al homosexual por buscar placer en la parte trasera de un local (mala suerte la de Israel, comenta Agneta moviendo el pelo con esa mano suya que me tiene despistado, lo de que el local no tuviese permiso para abrir a aquellas horas y lo de las drogas y también lo de los chaperos que acabó por alertar a los vecinos). A mí se me antojó una desgracia mientras hablaba de la ciudad de oro de mis mitos favoritos de la infancia, aquel dorado que muchos españoles a la conquista del Nuevo Mundo perdieron de vista por culpa de su propia codicia. Siempre me había preguntado si de verdad existió aquella ciudad de oro de los incas y sobre todo si era de oro realmente. Así averigüé, averiguamos, que realmente solo algunas cosas eran de oro, como siempre en estos casos, no los edificios hechos de grandes bloques del preciado metal como había pensado yo siempre que soñé ser un arqueólogo explorador descubridor de tesoros de la antigüedad. Se aplacaba la ira de los dioses lanzando oro al agua, perdiéndolo para siempre. Y luego el ejercicio de buceado histórico que tanto nos gustaba hacer a ti y a mí mientras estábamos en la cama del hostel. Tirados y desnudos hablando de la personalidad de personalidades con el descaro del espía. Y vimos a Freud y su cocaína, y a Henry Miller y su debilidad; escuchamos el pesado caminar de Cortázar por las calles de París descubriendo de golpe que se ha quedado sin tabaco y es tarde (hecho que influyó directamente en la invención de la tercera *Rajuela* del hombre y quizá también de las dos primeras, nunca se sabe); comprendimos la cara de sorpresa de Borroughs al disparar a su mujer entre los ojos porque ambos éramos en ese momento Guillermo Tell; amamos con fiebre la infancia de la niña Alicia que más tarde viajaría a través del espejo y las carnes redondas de las modelos de Rubens. Y después, cuando nos dábamos cuenta de que estábamos colocados y de que no sabíamos en cuál de las tres historias del mundo estábamos espionando, nos daba la risa y tú me conmovías con tu melena clorada de leona, resulta que con eso de que todos existimos y existiremos infinitas veces no sabemos, Antonio, si ese Lewis Carroll es el nuestro. Y te deshacías en una profunda carcajada que no terminaba de hacerme feliz porque entonces se me cruzaba Violeta entre los ojos y ya no veía nada más, ni siquiera a ti. El juego consistía en decir un personaje y que el otro dijese una frase sobre él, cualquier estupidez que se le ocurriera, que terminaba por hacerse real en imágenes y ya no sabíamos si la historia la estábamos también inventando nosotros, como los grandes mentirosos que harían desaparecer la memoria colectiva, o si realmente las frases estúpidas no eran tan estúpidas y terminábamos por ver la verdad o por verbalizar lo que íbamos a ver.

—Telémaco.

—Paradójicamente acabó encamándose con Circe, a pesar de lo que muchos

piensan, y Latino fue hijo suyo, no de Odiseo como se cantó después. A ver, a ver, Luis XVI.

—Esa es fácil, Antonio. Ven a ver lo más característico de su vida, que no fue la guillotina.

—No, supongo que eso hubiera sido lo más característico de su muerte.

—Fue su operación de fimosis a los quince años. Mala edad para algo semejante, creo yo.

—Para ya, Agneta, que me está doliendo.

—Creo que con la Droga te metes demasiado en el papel. Ten cuidado, mira cómo está Pelayo.

—Bueno, sácame de Versalles, haz el favor. Propón personaje.

—Vale, vale. A ver... Goethe.

—¿El escritor?

—Y botánico, anatomista, físico, economista, diseñador...

—Vale, deja de cantar las alabanzas de los alemanes, haz el favor.

—Qué burro eres. Las de este hombre eran cantables.

—Goethe camina por las calles empedradas con cara taciturna y cenicienta. No sabía al escribir *Werther* que tanto joven estúpido lo iba a tomar como modelo. Los suicidios se multiplican por toda Alemania y Johann suspira buscando el equilibrio en sí mismo, que es donde siempre lo ha encontrado. Se maldice por ese ansia de saber que lo caracteriza. Se mira en el cristal de una ventana y ve al diablo, pero se espanta y retrocede. Años después piensa en qué hubiera pasado si hubiese metido las manos en el cristal para firmar un pacto. Saberlo todo por encima de los demás, aplastando a los débiles que lo tomaran en serio sin pensar en las consecuencias reales. El doctor Fausto con los ojos inyectados en sangre se le vuelca en el espejo, los alemanes se vuelan la cabeza por amor.

—Es hermoso y terrible.

—Lo mejor sería que todos fuésemos estúpidos. La ignorancia hace feliz a la gente.

—Tu personaje.

—A ver que pienso. Túpac Amaru.

—¿Sentimientos de culpa setecientos años después?

—Puede. Los sentimientos de culpa retroactivos con respecto a lo que hicieron tus antepasados es una cosa interesante, la verdad.

—Pues bien, ahí va el gran hombre, el último Sapa Inca, montado en una mula con la soga al cuello. El dolor de la gente hace que se oscurezca el cielo. Sus lamentos traen las nubes. Pero él piensa en su esposa, la última vez que la vio estaba calentándola en su huida y los atraparon sin miramientos. Está a punto de dar a luz, es como una fruta redonda, hermosa, y quizá muera también. Solo los españoles saben. Algunos no son malos del todo. Intuyen que no maté a ningún misionero a pesar de que ellos envenenaron a mi hermano y por eso ruegan que no me asesinen. Pero no

hay remedio. Ya no. Ellos trajeron el caos y la corrupción a esta tierra que no pertenecía a nadie, sino que la custodiábamos y la cuidábamos con un orden. Ellos querían todo, sin respeto, por encima de cualquier regla, de cualquier cosa, sencillamente todo, sin preguntar si estaban rompiendo el equilibrio.

—Mira cómo los lamentos de la gente oscurecen el cielo, sus lágrimas, sus gritos de dolor por el Sapa. Y sin embargo él está sereno, no pierde el pulso con los conquistadores, no humillará la cabeza cuando lo maten.

El olor a miseria ha llegado con los españoles, las miradas tienen el color mate del que se ha acostumbrado a que le rompan la felicidad. Tomar el poder por la fuerza, no comprender, no compartir lo enriquecedor que hubiera sido. Parte el alma ver cómo ese hombre que es como un dios levanta la mano para acallar los lamentos. Duele oírle decir lo que dice como testamento:

«Madre tierra, atestigua cómo mis enemigos derraman mi sangre».

Y se duele la tierra, se estremece el mundo y él muere ante nuestros ojos. Agneta me toma de la mano y me lleva frente a Marco Polo, para probar que no fue él quien introdujo la pólvora en Europa.

—Me encanta descubrir esas pequeñas mentiras del mundo. Se descubrió espontáneamente, como ya se había hecho en China. Quizá recordando la fórmula que ya tenía dos veces antes en dos historias diferentes, ¿verdad, Antonio? Se le impuso ese estigma asesino, cuando él vio lo que se hacía en Oriente, pero no quiso traerlo adivinando su poder destructivo. Los historiadores miran los hechos y dicen, oh, bien, bien, por época y tal seguramente trajo la pólvora Marco Polo porque fue de los primeros de los que tenemos noticia que hizo la Ruta de la Seda, así que diremos a todos que fue él. Obviaremos que el primer registro occidental que tenemos del uso de pólvora es en la batalla de Niebla en 1262 y Marco Polo era demasiado joven.

El libro del millón no era tan milonga como se creyó en ocasiones. Marco Polo en su lecho de muerte asediado por su familia, que le pide que confiese que miente. Pero él dice, manteniendo su personaje hasta el final, que solo contó una parte de lo que vio. Y es cierto que está tocado el relato por su fascinación ante aquellas civilizaciones prácticamente desconocidas, pero qué gran autobiografía no está retocada por la imaginación de lo que fue, la universal subjetividad del que cuenta su propia vida.

Con una timidez poco propia de mí, digo el nombre de mi periodista rusa. Hasta este momento me había negado a saber más de ella, a arriesgarme a comprobar que mi traducción no era del todo correcta, que mi ego no había respetado su espíritu, aunque eso era algo que venía intuyendo desde las primeras páginas. Pero este día estoy rabioso, ya me lo habías dicho antes, cuando hicimos el amor y te negaste a decirme el porqué de tu cara de horror. Te limitaste a un breve:

—No te conocía tan violento.

Que me dejó insatisfecho para retarte a competir con la diosa pájaro que me había humillado. Odiaba a Violeta, por eso quería ver cómo asesinaban a mi rusa.

En unos segundos estamos en el pasillo que da al ascensor donde la van a reventar. Casi preguntaste qué hacíamos allí, pero paraste a tiempo. Supongo que el parecido entre ella y Violeta se te reveló tanto como a mí se me había revelado mientras traducía. No era algo físico, sino otra cosa, esa mirada del que va a morir, ese moverse despacio como si todo el universo fuese accesorio, esa altura de barbilla, orgullosa dentro de la resignación, esos disparos sordos en el ascensor y a la vez los ojos como dedos acusadores. Pude sentir su dolor por no poder hacer más, supe que la habían intentado envenenar antes para acallarla, pero que su voluntad fue más fuerte, pero ¿qué voluntad puede contra las balas? Ahogaste un grito y de nuevo las paredes girando y tú y yo tumbados en la cama del hostel con *Brazil* versión de Pink Martini sonando en el televisor que había quedado encendido en alguna parte y que ya no apagaríamos, porque no lograríamos encontrarlo entre los muebles rotantes y porque en un último segundo descubrí que también ella, desde Londres ella, había estado allí de alguna manera viendo morir a la que para mí era su homóloga. Y había sentido la excitación de mis miembros y se había sentido frágil, de nuevo víctima y de nuevo Violeta, lejana y tocada, prácticamente hundida en el rojo y azul, en la ausencia de seguridad, en Basil que la llama desde el dormitorio porque hace demasiado que está en el cuarto de baño.

—Violeta, ¿estás bien?

No, no lo está. Sería justo mentirle, engañarlo, decir que sí, que lo está, que no pasa nada, que solo es una ligera náusea, protegerlo. Pero no se puede proteger a alguien de eso por mucho tiempo. La verdad amenaza como una de esas torturas medievales que ha estado viendo colocada de la Droga, una de esas en las que el tipo está tumbado boca arriba y una cuchilla va bajando poco a poco, como un péndulo oscilante, hasta cortar al preso por la mitad. Lento, muy lento. Violeta se agarra el vientre y se sienta en el borde de la bañera. Respira, trata de respirar despacio, muy despacio. Pero le resulta casi del todo imposible. Hace un día y medio que está de nuevo en Londres, pero su mente está muy lejos desde hace tiempo. Se ha quedado en el espacio intermedio, en el ningún lugar. Una mujer siempre intuye esas cosas. Las mujeres no han perdido el contacto con esa naturaleza salvaje del tigre, la rata y el antílope. Saben de alguna manera, la naturaleza se lo revela. Por eso la prueba de embarazo escondida y la punzada cuando el positivo y luego la Droga, evadirse, buscar otra época para caminar sobre la tierra con los pies descalzos, sentir el contacto con el mundo directamente, sin piel intermedia. Salir de allí tan solo. Pero el espejo y mirarse a los ojos, bajar la vista un segundo y ver el libro de Politkovskaya que está leyendo Basil y que ha quedado sobre el aparador del baño en el reflejo, con las letras vueltas del revés, la portada inversa y la cara de esa mujer de frente, muriendo en el ascensor, las manos para taparse la boca del impacto, el miedo y mirar el infinito buscando otra cosa que verbalizar, otro lugar mejor donde ir, y ver a

Antonio un segundo, de la mano de Agneta, de pie en el ascensor junto a ella, disfrutando con la escena, con el dolor, con la muerte y la destrucción. ¿Cómo traer al mundo al hijo de un asesino? Se deja caer sobre la tierra donde están construyendo el Partenón griegos convencidos de que es la primera vez que lo construyen. Ictino y Fidias desconocen el futuro de aquellas piezas que tratan ahora con mimo, recluidas en un museo, en una isla, tan lejos que ni siquiera es el Mediterráneo. Violeta intenta ver la belleza de aquello, pero solo puede pensar en la ejecución, en Antonio, en que está embarazada. La Acrópolis se diluye a su alrededor.

—Violeta, ¿estás bien?

El silencio. Luego un sonido de edredón nórdico moviéndose, las gafas posándose en la mesilla, unos golpes en la puerta precedidos de un paso arrastrado.

—¿Violeta?

—Sí, sí, ya salgo. Un momentito.

¿Cómo traer al mundo un niño que no siente como suyo? Un pequeño diablo agarrado a las entrañas, dejar la danza, formar una familia con un padre que no es real, que es tan bueno como Basil puede llegar a ser. Que amaría al niño ajeno como si fuese propio. Pero la cuestión es que no lo es. El padre es Antonio, es la ironía, el castigo, la autoflagelación, hasta es Peter Richardson, cuya esquela aparece hoy en el periódico. Quita el pestillo, abre la puerta. Basil está preocupado, su rostro es como un libro abierto.

—¿Has estado tomando la Droga?

—Sí, bueno, eso no importa demasiado, quería saber. Solo saber.

—Violeta, ¿estás bien?

La mano se abre sobre la de Basil. Un gesto sencillo que lo puede cambiar todo. La prueba en positivo cae sobre la palma abierta.

Volar, viajar, ser un ave, cruzar los cielos pintados de turquesa, hundirse en las nubes, ser de todo menos humana, menos una adulta con responsabilidades, todo menos ser ella, la mujer que Basil abraza en un gesto de completa felicidad. Él no preguntará si es suyo. Si lo preguntara no sería Basil, sería cualquier otro menos Basil. Basil da por hecho la bondad como concepto. Él es bueno. Cada vez que descubre que alguien que ama o admira no lo es, logra difuminarlo, ocultarlo. Aquel niño católico descubrió que su padre odiaba y mataba en vez de poner la otra mejilla y se vengó perdiendo la fe y dedicándose a la filosofía. Cuando sintió que Antonio podía imponer su deseo a la amistad que los unía, lo perdonó por adelantado porque comprendía su adoración por Violeta. Cuando ella lo engañó en España nada más empezar la gira, volvió la cara solo porque regresó a sus brazos pudiendo haberlo abandonado todo. Y ahora, ante el próximo niño, no pone en duda que es suyo porque cualquier otra opción sería inconcebible. Violeta jamás le haría eso, no se quedaría embarazada de otro hombre.

Violeta, como ser perfecto imaginario, es una chica frágil, dulce, que jamás hace daño a nadie y es extremadamente sensible, por lo que resulta muy fácil de romper.

Pero Violet Moore, la Violet Moore mujer, no es perfecta.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Basil?

—Sí, dime.

—Como tú eres perfecto, ¿asumes automáticamente que todo el mundo lo es?

—No comprendo qué quieres decir con eso.

—Es igual, no importa.

El niño como virus. Lo siente moverse dentro, aunque eso no sea posible todavía, crecer, alimentarse de lo que ella se alimenta, invadir sus miembros, hinchar sus pechos, ser como un parásito que se alimenta de ilusiones, de vida, de Violet. Y ella no quiere ser nunca más una víctima, no del niño también. El niño debe morir. Crear vida para luego destruirla. Se dirige a él y se da cuenta de que es posible que todavía no pueda sentir, ni escuchar, ni nada de nada. No debe de ser mayor que una habichuela. Aun así no puede tener el hijo de Antonio. Y menos después de haber visto la cara que ha puesto al ver morir a la rusa del libro de Basil. Es cruel, eres cruel antes de nacer, pequeño garbanzo, eres un monstruo. Tienes la sangre ácida y la mirada turbia como un cristal húmedo. Eres malvado en ti mismo porque nunca debiste estar ahí. Soy una mujer y tú el hijo de un niño, un niño de esos que maltratan a los gatos y matan pájaros a pedradas solo por hacer daño, por el oscuro y denso placer que produce hacer daño. No nacerás. No puedes ver la luz. Es necesario que tú mueras para que el mundo viva. No hay pequeño crimen que no esté justificado.

Aquella noche Violeta tuvo una terrible pesadilla que se prolongó hasta hoy mismo, hasta lo que hemos vivido este día que se ha transformado en noche para ti y para mí, quizá también para el mundo, no sé. Soñó con aquel monstruo creciendo dentro de ella, agarrándose a sus órganos con dientes afilados y uñas negras. Ya nadie podía llegar hasta su mente, ni siquiera Basil podía salvarla de sí misma porque entonces, la amenaza para Violeta era Violeta. Tanto lloró en los días siguientes que Basil pensó que tendría que escurrir el colchón de la cama de la que no salía, naufragando en lo que era un mar de pesadilla, ahogándose en la mentira, en la ocultación de lo que Basil debería saber. Pero no podía decir que el niño no era suyo. Si hubiese podido hacerlo desaparecer lo hubiera hecho. A veces deliraba profundamente, hablándole de fuegos eternos y espadas cayendo sobre su vientre, la espada de fuego del ángel exterminador, decía. Basil se sentaba a mirarla sin comprender qué le sucedía a aquella mujer pequeña que tanto amaba. No comprendía las transformaciones que se llevaban a cabo en su cuerpo y mucho menos en su mente, donde el niño la mataba poco a poco, alimentándose de su carne y de su sangre. A veces tenía terribles dolores imaginarios provocados por la mala costumbre del bebé de comérsela desde dentro. Aquel día en la Plaza, a la que ella hacía tiempo que no accedía, Basil estaba asustado.

—La he pillado con una aguja de hacer punto metida en la cama. No sé de dónde la cogió, pero sí que pretendía sacarse al niño con ella. Está enloquecida. No hay forma de arrancarla de debajo del edredón. Me grita, me insulta, no sé. No sé qué voy

a hacer.

Desde luego yo no sería quien le diera la solución. Ni siquiera por un momento pensé que aquel niño pudiese ser mío, no lo valoré como posibilidad e incluso me divertía la idea de Violeta sufriendo. Lo único que lamentaba era no estar viéndola. Si no me hubiese rechazado yo la habría sabido entender, pensaba, podría haberla cuidado.

—Lo mismo es el mono de la Droga —aporta Bianca, cuyo hermano Reza está tan recuperado que ha decidido volver a Irán a buscar su fe.

El mono de la Droga. Israel se ríe de esas palabras. Está resuelto, despeinado, sonriente. No le ha importado pagar la multa porque se siente otro, distinto, fuerte. A él el saber le sienta bien. Si decidiera dejarlo podría hacerlo, porque el conocimiento no lo consume, sino que lo alimenta, le hace crecer, ser feliz. Israel no cree en el síndrome de abstinencia. Le parece que un brote psicótico es una opción más aceptable.

—¿Has intentado que la vea un psiquiatra?

—No, la verdad. No quiere ver a nadie. A veces me admite a mí en el cuarto porque dice que soy el último hombre bueno.

Ante estas palabras no puedo por menos que soltar una carcajada cínica. Ahora mismo, aquí, me gustaría dialogar con el yo de entonces y pedirme que mida las consecuencias. Pero eso no es posible. A mí (a ese yo) el saber me ha deformado. Mi síndrome de abstinencia sería alucinar con la cama de Violeta, con su dolor como propio. Me ha enganchado el dolor humano porque pienso que el niño es de Basil y que ella sufre por eso, porque no es mío y que yo tenía razón, que ella era como yo, que me había reconocido como igual.

Bianca solo tomó la Droga una vez y sin embargo ha escondido a Pelayo y su adicción en su casa a falta de hermano, que ha tenido que superar los límites del mono para creer de nuevo en un dios inventado. Por eso, de golpe, sus manos se encuentran en la Plaza y siento una especie de asco inmenso por culpa de ese entendimiento que ha nacido entre ellos. El adicto y la mujer de hielo, qué tierno. Siento desprecio por ellos porque es cierto que han llegado a un entendimiento mudo. Siento desprecio por Basil porque es verdad que es bueno. Desprecio a Israel porque el saber le hace feliz. Desprecio a Violeta porque ella me despreció a mí. Desprecio a Takeshi porque ha logrado conectar hasta tal punto con la mujer del vestido amarillo que ya no necesita la Droga. Está bien codificado, habla el idioma de la Plaza, se ha puesto a estudiar Periodismo de repente, cuando era algo que nunca antes le había interesado.

—Pelayo es un buen ejemplo —dijo cuando lo anunció.

Y Pelayo esbozó algo parecido a una sonrisa, porque el saber de la Droga se lo está comiendo. Ha convertido en obsesión el conocimiento. Le ha dado una vena mesiánica que está acabando con él, con su salud, con su cordura. Quiere que todo el mundo sepa, conozca. A veces, en mitad del desprecio, siento pena por él. Todos los

profetas que se me ocurren tienen finales poco felices. Pelayo tiene entradas para ver el circo de los leones en butaca de arena.

—Es como si Violeta se muriese de dentro hacia afuera y yo no pudiese hacer nada por frenar ese desgaste, ese dolor.

Aquellas palabras de Basil me golpearon profundamente. Me di cuenta de repente de cómo afectaba la Droga a Basil. Y me preocupé por él. De golpe, todos mis resentimientos, mi dolor, mis celos, se disiparon por unos segundos y solo quedamos nosotros, frente a frente, dos hombres desnudos y heridos unidos por una amistad de años. Enfrentados vete tú a saber por qué. Quería a Basil. Quiero decir, quiero a Basil, Agneta, siempre lo he querido. Ese hombre puro, incorruptible, entero, tiene ese algo insoportable que hace que lo ames sin reservas y sin unas razones explicables. A veces ni siquiera plausibles. La Droga en él era como un cauce. Basil siempre había sabido cosas, intuido lo que había sucedido en tal o cual lugar o con tal o cual persona, pero de una forma leve, casi soñada (*a veces incluso soñada, sus pesadillas contigo matando a Violeta, recuérdalas, Antonio*). Sin embargo la Droga redirigía sus intuiciones y las intensificaba. Me miraba a mí al decir esas cosas porque sabía que en mí, en cierto modo, estaban las respuestas. Pero yo desconocía que las tenía, que era yo el que la dañaba, que yo había bajado la espada y que solo me quedaba verla morir. No podía responderle.

En el camino que lleva a ningún lugar hay calles desiertas, húmedas y frías, con casas blancas de arquitectura mezclada que rotan por dentro. El suelo está empedrado y de vez en cuando un galgo despistado camina por él cojeando, con una mirada lastimosa. Lo más común es que los muertos que habitan la Ciudad tengan los ojos blancos, ciegos hermosos que ven en el corazón de la gente, sirven sus mesas, recogen sus coches, dan llaves para habitaciones que giran sobre sí mismas. También hay habitantes ocasionales que hacen fiestas de disfraces en capillas con enredaderas y niños que juegan con balones desinflados. Así era yo la primera vez que entré en la Plaza y durante años no salí de sus límites. Solo contigo, Agneta, cuando me seguiste por los callejones de mi deseo, cuando te entregaste con facilidad a mí, sentimos la brisa de las calles vacías, llenas de olvido, adoquinadas de memoria. El camarero trae los postres y supongo que el hechizo se deshará al dar las doce, Cenicienta, me convertiré en calabaza y perderás un zapato de cristal. La incertidumbre me mata. Me gustaría saber cómo es la vida de los que se quedan donde el tiempo no corre. ¿Qué es lo que nos espera?

En la Ciudad sin nombre no hay límites conocidos. No hay nada más allá de sus contornos, no existen carreteras que lleven a otros lugares. La mente se aventura y deja que tengamos cuerpo en este espacio dedicado al pensamiento, a las ideas. Tú y yo lo dedicamos a la carne casi por accidente, embebidos en nuestro egoísmo (perdona, mi egoísmo, tú solo caminabas perdida en la selva). Ahora llega el tiempo

de los cobardes, cuando el espacio que ocupamos como pensamiento de nuestros cuerpos, a dos horas de avión de distancia, se pliegue sobre sí mismo como castigo por nuestros juegos. Por mi capricho, por la deformidad que me había salido en el alma por el hecho de saber, de conocer que en el corazón de Violeta ya vivía otro cuando nuestras miradas se cruzaron. Por pretender tanto, ahora la grulla dorada se ha vuelto del todo negra y la noche, de la que nadie parece asombrarse, cae sobre nosotros, chorrea sobre la Plaza en la que ya no estamos porque hemos salido de ella y sin embargo seguimos en la Ciudad, comiendo el postre, bebiendo el último mezcal, brindando por el asesinato.

Queda un rastro de paranoia porque le quieren tapan la boca como a tantos otros antes por señalar con el dedo a los que no les importa la vida en cualquiera de sus formas. Suiza está bien. Dicen que es un país al que le cuesta meterse en líos. Y luego está lo del chocolate, que siempre es una ventaja y que se deja comer a pesar de la ausencia de apetito de Pelayo. Observa que la casa es fría, medida, absurda, inmensamente limpia (esto deduce que es cosa de Reza y no de Bianca), como ella. Se siente un poco intruso y un poco sustituto del hermano huido.

—No me lamento demasiado. Aún lo veo en la Plaza con lo que, espero, no se me vuelva a perder la mitad del mundo.

Pelayo percibe que nadie está cerca de Bianca nunca y sonrío porque le recuerda al que era él cuando vivía con Claire. Dos desconocidos bajo el mismo techo, dándose la espalda incluso de frente. Bianca siente por Pelayo una especie de conmiseración entre abierta y silenciosa. Le gusta que sea un luchador, que grite lo que otros tienen miedo de gritar, que acuse, que exhiba lo que la Droga le cuenta *la historia del hombre tres veces repetida y dos veces borrada, volverá a borrarse porque tendemos a repetir infinitamente nuestros errores, no nos permitimos aprender de ellos* y al mismo tiempo siente una inmensa pena por él, enganchado al verbo saber cómo se enganchan otros al alcohol o al juego. Consumido, con los ojos hinchados, más delgado y hasta parece que más pequeño, tembloroso pero valiente, el dedo extendido como el de otros que señalaron antes, que gritaron antes con la fuerza de todos los terremotos y luego se extinguieron por haberse excedido en su energía, en su arrebato.

—Solo hay una cama, tendrás que dormir conmigo, pero no te preocupes, es grande. Es posible que ni notes mi presencia.

Ojalá notase su presencia ella, mientras cambia las sábanas, ella, que le ha ofrecido quedarse en aquella fortaleza de mujer sola y al mismo tiempo no lo ve, solo se apiada del cansancio, de la delgadez, de la adicción. Sola y buena, pero demasiado medida, demasiado fría. Pelayo quisiera que Bianca tomase con él la Droga, que viajasen juntos por el pasado de la humanidad. Él podría enseñarle tantas cosas, guiarla por lo más interesante de las vidas ajenas. Pero sabe que ella no la tomaría. Es

fuerte, es hermosa, pero tiene miedo. El saber le da pánico en la misma medida que a él le excita.

Pelayo se tumba vestido en la cama recién hecha. Está agotado.

—¿Quieres que te traiga algo?

La vida es irónica, Bianca, muy irónica. Si pudieses traerme deseo, yo lo aceptaría, te envolvería con él para después comerte. Pero ya no puedes traerme eso. Es curioso que antes, de todo lo que podía sentir solo me quedara el deseo, el deseo como una especie de hambre que me movía, la única señal de que estaba vivo. Sin embargo ahora, ahora que he encontrado en ti lo que quería, la capacidad de emocionarme de nuevo, ahora el deseo se ha muerto por sí solo. La Droga ha sustituido al sexo, al consuelo de pelo y piernas y piel. No podría tocarte.

—No, gracias, estoy bien. Solo quería tumbarme.

Bianca mira a Pelayo y ve los ojos color miel que antes brillaban con picardía perdidos en lo más profundo de sus cuencas. El pelo, abundante y rizado, ha dejado paso a unas preocupantes entradas. Su color empieza a ser gris. La piel ha perdido todo su lustre en mitad de la delgadez. Pelayo tiene un aspecto terrible. Bianca piensa en el típico ratón de biblioteca, enjuto y amojamado, con el color ceniciento del que no recibe jamás la luz del día. Y quisiera abrazarlo porque sabe que es el conocimiento el que hace todo eso, el conocimiento que devora. Pero teme que se deshaga, como un bloque de arena unida tan solo por el agua de la playa al apretar el puño a su alrededor.

Por la noche están en la cama vestidos. Hablan del poder y de la lengua en un francés común fluido y calmado.

—¿Tienes miedo alguna vez?

—Ahora ya no. El conocimiento me ha hecho fuerte por dentro y frágil por fuera.

—Yo sí que lo tengo. Antes de Reza era independiente, fuerte. Me sentía capaz de todo. Pero ahora tengo miedo a estar sola. A no tener a quien cuidar, a necesitar que me cuiden y no poder recurrir a nadie. Tengo miedo de no ser consciente de que vuelvo a ver solo la mitad del mundo.

—¿Puedo abrazarte?

—Claro.

Se abrazan en silencio en mitad de la enorme cama de sábanas verdes. Pelayo esconde la cabeza en el pelo de ella y siente su olor, su peso, su calidez. Bianca se estremece.

Es por la mañana. Pelayo sigue dormido. Se ha desabotonado la camisa durante la noche porque tenía calor. Las costillas se le marcan en los costados cuando respira. Bianca se incorpora lentamente y sigue con la yema del dedo índice el curso de los huesos con la curiosidad de un niño que ve algo por primera vez. Y de pronto sucede. El descubrimiento hace que aparte la mano con un pudor del que creía carecer. No es posible, pero ahí está, clara, vertical, brillante, un símbolo, un dibujo minimalista de piel cerrada sobre sí misma. Vuelve a acercar la mano, pero esta vez posa toda la

palma sobre la cicatriz del costado, una cicatriz exacta a la de Reza, en el mismo lugar, con la misma extraña forma que la que ella tiene. La encuentra caliente. Sonríe. Se levanta despacio de la cama y busca las pastillas de Israel en el cajón de la mesilla. Entra en el cuarto de baño y las tira por el desagüe una a una. Disfruta al hacerlo. A veces uno sabe lo suficiente. La magia, a veces, reside en no saber.

Entra en la cocina, prepara café y tostadas. Se pregunta si a Pelayo le gustará la mermelada de naranja amarga. Luego aparta esa pregunta de su cabeza. Sabe que a Pelayo le gusta la mermelada de naranja amarga.

En *el arte de la guerra* de Sun Tzu, se enseña cómo vencer al enemigo sin llegar a la batalla, simplemente mostrando una moral dominante. No requiere mucho esfuerzo llegar a la conclusión de que, en el estado de Violet, eso era algo sumamente sencillo no solo para mí, sino para cualquiera. Y de que mis actos carecieron por lo tanto de cualquier poso de honorabilidad.

Habíamos caminado desde la terraza hasta el Hostal mucho más despacio de lo que solíamos. Tus pies se iban arrastrando por el empedrado jugando a una suerte de juego invisible dibujado entre las piedras. Yo te seguía con la mirada, sintiendo que desde el primer momento tú me conociste y yo te conocí. Supimos ambos lo que había en el otro, como si de nuestros cuerpos brotasen cajones y solo hubiese que tirar del pomo y mirar dentro. Aquí el cajón de la felicidad, aquí el cajón de las pesadillas, aquí el de la infancia, aquí el de las pequeñas perversiones que todos nos permitimos, aquí la fuente de nuestras obsesiones, en ti el cajón de la selva, en mí el de la oscuridad. Te sentí cercana en tu inmensa comprensión de lo que yo era. Me di cuenta de que eras la única persona que se había salvado de mi desprecio. Quizá porque nunca me dijiste:

—Te lo dije, sabía que volaría de tu lado.

Simplemente te quedaste tras de mí, intentando curar mi humillación con juegos, uniéndote en mis exploraciones con la Droga, acariciando mis heridas. En ese momento, mientras saltabas sobre un adoquín suelto y perdías el equilibrio, me imaginé que te amaba y logré sujetarte antes de que llegases al suelo.

—Antonio...

—¿Sí?

—Nada. Era una tontería.

—Vamos al hostal, hoy no parece que vaya a venir nadie.

Qué diferente hubiera sido todo de haberte amado a ti como amé a Violeta. Ahora tampoco la amaba a ella, el odio se había apoderado de mis huesos y de mis sentimientos. Pero si hubiera logrado amarte, todo habría sido distinto.

—No te martirices. Ya no tiene remedio. No hubiésemos resuelto nada. Sigue sin

poderse huir de la Plaza. Te amé porque no cabía la esperanza de que me correspondieras. Te amé porque tu obsesión no se podía centrar en mí, por eso no me resultaría peligrosa y no sentiría en ningún momento la necesidad de huir por la selva, con las hojas pegándose a mi cuerpo.

—Supongo que tienes razón. Mira fuera, qué espectáculo. Es la primera vez que veo que se haga de noche en la Ciudad.

—La Plaza solo se oscurece cuando se comete un crimen en ella. Eso era lo que Basil creía.

Luego, en el cuarto rotante, sentados en la cama, recordaste la muñeca. La sacaste del bolso como si nada y me la mostraste mientras me quitaba los pantalones.

—Mira, Antonio, me olvidé de enseñártela. La encontré en Colonia, en el puente. ¿Crees que alegraría a Violeta? Quizá ver que su juego ha funcionado le devuelva la sonrisa y la cordura. ¿No te alegraría eso?

Miré a aquella personita vestida de blanco a los ojos y me estremecí. Precisamente la muñeca era la única pieza que había regresado, la muñeca de Violet Moore. Y estaba entre tus manos, Agneta, como una niña inocente vestida para una fiesta. Tuve que controlar mi ira. Pero ella estaba allí, era tan evidente, el pelo negro, los ojos violetas y grandes, el aire de pájaro indefenso.

—Deberíamos devolvérsela a ver qué pasa —dije.

Luego te besé en los labios con dulzura, una dulzura que me conociste por primera vez. La calma que precede a la tormenta.

Israel decide que no va a sacar a la venta su descubrimiento. Se ha dado cuenta de que el saber no sienta a todos por igual. Él se encuentra bien, más vivo que nunca incluso. Ha conocido al hermano de Mary Anne, Jerry Lee, y le gusta. Es un chico encantador, bien educado, que acaba de llegar al centro porque ha tenido algunos problemas de aceptación sexual en su Nueva Jersey. Mary Anne los presentó con cierta picardía. No hay nada de momento, ni siquiera hay que hacerse demasiadas ilusiones, pero ese paso, salir del ostracismo, amar, es algo importante para él. Y no lo habría conseguido sin la Droga. Saber que hombres que admiraba vivieron su homosexualidad en secreto por temor, que otros lo dijeron abiertamente y acabaron sus días en una cárcel, que la gente vive de sus esperanzas y sus miedos (del enfrentarse a ellos con más o menos valentía), le ha ayudado a saber qué quiere para él mismo. Pero no es para todos igual. Reza perdió la fe y con ella la esperanza. Fue un duro golpe para él. Pelayo está enganchado, cree tener algún tipo de misión divina, evangelizar al mundo en el pasado o algo así. Violeta está sumida en una desesperación de la que podría tener parte de culpa la Droga, o no, pero es un riesgo que a cada uno le influya de diferente manera. El conocimiento alimenta, daña, hace feliz o mata. No hay términos medios ni forma de saber cómo le va a afectar a uno. Sería estupendo que pudiésemos saberlo todo sin provocar daños colaterales. Pero

parece que eso es imposible.

Y Antonio... Israel no sabe qué pasa por la mente de Antonio, pero su mirada se ha ensombrecido, su ironía se ha tornado en cinismo, sus labios han adoptado un rictus cruel. Es como si estuviese a punto de explotar, de generar una onda expansiva de odio a su alrededor. Y sería bastante factible pensar que también eso es cosa de la Droga.

A Agneta y a Basil no parece haberles hecho daño, pero es que ambos tienen en común ser parte de la tierra, del aire, del fuego y del agua. Son de otra pasta, una hecha de confianza, de dejarse llevar sin oponer resistencia. La Droga solo debería ser recetada a gente como ellos, pero eso ya sería coartar la libertad, dar privilegios a unos por encima de otros, hacer con el poder lo que hacen los poderosos: tergiversarlo. Israel no quiere que eso suceda. Hará desaparecer todos los estudios que ha hecho sobre el tema, el experimento al completo quedará enterrado junto a Lambrakis. El mundo volverá a sumirse en la ignorancia feliz, la historia se reescribirá después de borrarse.

—Empezaremos de nuevo el círculo hasta dar con las respuestas para ignorarlas de nuevo.

Midori acaricia la espalda de Takeshi. Sábanas blancas, paredes blancas, muebles negros, un espejo de pie frente a ellos. Si la madre china lo hubiese visto habría dicho que aquello era mala suerte. La felicidad entra por la puerta, se refleja en el espejo y vuelve a salir. Sin embargo, Takeshi no cree en esas cosas. A sus oídos llega el *Canon* de nuevo en el otro piano, situado tan lejos como la ventana que representa un espejo pueda llegar. Las manos posándose en las teclas, blancas, pequeñas, nudosas, tocando de nuevo por la resistencia desde el encierro y él, cierra los ojos y los abre otra vez para verla del otro lado, con flores frescas en el pelo y un vestido amarillo y la piel de Midori tan cercana, con la cabeza apoyada en el hombro, el pelo recién teñido de caoba haciendo cosquillas en el pecho. Y transpórtate hasta sus sentimientos, Takeshi, no es solo un piano, es lo único real entre esos muros de cárcel, en ese hogar de pozo, de agujero sin fondo, en ese país de mentiras.

Las mentiras pueden tejerse, cruzarse unas con otras hasta hacer una tela resistente a la que se puede dar forma de calles, de chozas, de gentes, de hambre, de diamantes en el cuello de la hija de un general, de miradas de socorro mientras todo se cae y se destruye. Las mentiras también se derrumban, pero luego la música. La música como esperanza, como vía para llegar a hinchar el corazón de los que siguen vivos después del desastre. La ayuda internacional ha llegado y todos tienden brazos al aire. Las manos se multiplican. Takeshi ve a través del espejo que si uno puede hacer cinco significa que hará diez. El milagro de la multiplicación de las manos. Se tumba, abraza a su mujer, le dice que cuando sea periodista dejará la economía. Que la economía le deprime porque en el fondo es como no hacer nada. Los números

están huecos, no hay caras detrás de ellos. Pero hay rostros tras las palabras. Y manos tras las notas musicales. Le pregunta si entiende. Ella dice que sí.

De golpe decide contarle a Midori lo de la Plaza, lo del piano y la mujer del vestido amarillo. Lo de la Droga de Israel. Decide que es hora de contarle todo aunque ella no vaya a creerlo, aunque piense que es una tontería. Aunque lo tome por loco. Si lo hace, quizá no merezca la pena la verdad nunca. Pero ella entiende. Dice que a veces hay secretos entre ellos, como entre toda la gente. Le explica que ella se pagó los estudios dejando que ancianos la mirasen dormir. Que nunca se lo había contado. Y que cuando lo hacía, a veces soñaba con una Plaza, con camareros ciegos que servían mezcal a gente que conversaba. Pero que en esos sueños ella era un hombre, un hombre alto vestido de gris. Takeshi la abraza y la mece entre sus brazos. La lleva junto al espejo. Le da la última píldora roja y azul y le dice:

—Tómala y mira dentro.

Me llevé a Madrid la muñeca. Estaba al lado de mi ventana, sentada en el escritorio, con cara de burla. Con ella allí me sentía como un tigre enjaulado, dando vueltas sobre mí mismo, paseando arriba y abajo por la habitación. Me llevaba las manos a la cabeza, me preguntaba dónde andaría mi pin de Yvonne de Cario, me regodeaba en la idea de que en la historia hubiese habido tres Yvonne de Cario e infinitas reposiciones de la familia Munster, volvía a mirar a la muñeca, me volvía a llevar la mano a la frente a ver si aquel objeto me provocaba fiebre, me tomé una pastilla y rastreeé el recorrido de mi objeto cruzado hasta llegar a una alcantarilla donde lo perdió accidentalmente el poeta postmoderno británico que casi lo abandona en la puerta del piso de Basil y Violet. Por qué poco no lo logró también mi objeto.

De pronto se me ocurrió una idea maliciosa. Una venganza perfecta contra Violeta. La muñeca se parecía a ella, era como ella en versión ojos de cristal y pelo artificial. Debía devolvérsela, claro que sí, pero no de cualquier forma. Busqué unas tijeras y unas maderas que tenía para hacer una estantería que nunca hice y me puse manos a la obra. No sabía cuándo regresaría ella a la Plaza, no tenía ni idea de que en menos de una semana le devolvería la muñeca y nos veríamos tú y yo como nos vemos, mirándonos a los ojos cuando queda tan poco, cuando ya hemos cenado y tendremos que regresar a la calle en algún momento, a enfrentarnos con que no volveremos a salir de aquí nunca más.

Paul llegó esta mañana y Violeta parecía estar más recuperada. Basil le abrió la puerta con un té en la mano y qué tal está la enferma y bueno, ha pasado buena noche pero tampoco sé si es buena señal, la verdad, últimamente no sé nada de nada de ella. Desde lo del piano de Birmania, Paul había descubierto su lado más humano y estaba poco a poco sustituyendo la cocaína por los actos benéficos y el sexo asiduo con

modelos por viajes a la India o Camerún. Se le veía con buen aspecto, mucho menos engalanado y hasta con barba de dos días. El descuido en el planchado del pantalón es un buen signo en él, pensó Basil.

Para sorpresa de ambos, al llegar al dormitorio, Violeta se había dado una ducha y estaba de pie junto al espejo cepillándose el pelo. Al ver a su hermano se lanzó a sus brazos y se dejó estrechar con una sonrisa. Paul, mi pequeño Paul, estás guapísimo, ¿qué te ha pasado? La historia del piano ha cambiado mi vida, niña, eres un ángel. Basil no podía creerse lo que veían sus ojos. Violeta reconocía a su hermano, hablaba con él con normalidad, lo tocaba con cariño. Se sintió de golpe fuera de allí, fuera de la vida de la mujer que amaba, muy lejos, casi en el confín del universo, sin poder acceder a ella, sin poder acceder a la Plaza. No tenía ninguna explicación que de golpe sonriese, fuese como siempre había sido. Y sobre todo, dolía sentir que él no había tenido nada que ver en ello. Pero se tomó el té a sorbos cortos y disfrutó de ese cambio de situación.

Al final, qué importancia podía tener la causa de que Violeta volviera mientras volviese. Le hubiera gustado ser la pieza fundamental en la que ella se apoyase. Pero si no lo era, podía transformarse en objeto decorativo. No importaba realmente.

Ella le dijo a Paul todo sobre la Plaza. Basil creyó que el hermano pensaría que Violeta se había vuelto loca, pero no fue eso lo que pasó. Al contrario, Paul se mostró contrariado por el hecho de no poder acceder a ella. Había cambiado su vida, ahora respiraba por el prójimo, ¿qué más se suponía que debía hacer? Si aquel lugar daba paz, era un lugar al que él quería ir. Violeta bajó los ojos un segundo, uno de esos segundos eternos en los que parece que la tristeza va a volver a aflorar y a llenarlo todo. Basil contuvo el aliento. Pero no, no sucedió eso. Ella abrió su sonrisa de nuevo.

—Supongo que algo se podrá hacer. Basil, ¿puedes traerme un té a mí también? Tengo sed.

El interpelado inclinó la cabeza y se giró en dirección a la cocina, circunstancia que aprovechó Violeta para contarle a su hermano todo, lo del bebé y Antonio y la gira y Basil aceptando con su silencio y la jaula donde se había metido ella sola.

—Una jaula de amor y de cuidados sigue siendo una jaula, Paul. Una jaula con un niño que no quiero, de un hombre que no es el que me ama, en un lugar apartado y sin poder bailar. Tengo que matarlo, lo entiendes, ¿verdad? He visto a la muerte en el espejo mientras me cepillaba el pelo. Ese niño es como una enfermedad lenta que me está robando el alma, que va a terminar conmigo si yo no termino con él. Es como la culminación de todos los horrores que he tenido que sortear para seguir con vida. Dime que lo entiendes, por favor, dime algo. Me estoy volviendo loca.

Paul se quedó unos segundos callado. Luego sonrió abiertamente y la tomó de las manos.

—No soy nadie para aprobar tus decisiones o intentar quitártelas de la cabeza, hermanita. Sabes que siempre te entenderé y apoyaré, hagas lo que hagas. Lo único

importante es que seas feliz.

Pero ya no era posible serlo. La locura amenazaba desde dentro, como un animal salvaje apostado tras un matorral. Violeta era muy consciente de que, quizá, no hubiese más tiempo, no hubiera más lugares comunes, ni momentos de cordura y decisión como aquel. Estaba enferma, enferma de un dolor que no podía eliminarse. Ella, la gran creadora, iba a eliminar su creación. Y por muy necesario que pudiese parecer eso, no era posible deshacerse de la sensación de que la vida y la muerte eran la misma cosa.

Cuando Paul se acercó para besarle la frente, tuvo que retroceder sorprendido a medio camino. Una brisa cálida y amarilla le golpeó la cara, el aire, naranja como el cielo, se abría paso entre ellos, la cama se había vuelto fría y rígida, tomado el aspecto de sillas de metal en la terraza de la Plaza. Se quedó muy quieto, mirando despacio lo que su hermana le mostraba, con el temor del que cree alucinar a que la belleza desaparezca. Y de golpe una voz aterciopelada de mujer diciendo:

—Pues mira por dónde no soy la única que llega aquí por primera vez.

Y los ojos rasgados de Midori escrutando las arrugas del pantalón de Paul.

—Si lo sigues mirando así me voy a poner celoso.

—¡Takeshi! ¿Cómo has podido pensar que yo...? ¿Quién será?

—A lo mejor Violeta ha cambiado de acompañante. Habría que ver qué ha hecho con el pobre Basil.

—Antonio, no creo que debieras...

—¿Que no debiera? Es guapo, Agneta, admítelo. Lo mismo con eso de la locura espontánea le ha dado por darle un giro a sus gustos. Lo mismo hasta es el padre.

Los ojos de Violeta se posaron en mí unos segundos antes de decir que era su hermano, su hermano mayor, Paul, el del piano de Birmania. Paul, por educación más que nada, se ahorró el «¿quién es este gilipollas?» que estaba pensando y nos estrechó a todos la mano. Así supo que yo era el padre de la criatura y entendió a su hermana más de lo que la había entendido antes.

—¿Qué tal estás, Violeta?

Las palabras de Israel fueron acompañadas de una mano en su pierna bastante conmisericordiosa.

—Mejor. Hoy estoy mejor. En realidad he venido a despedirme. No creo que pueda volver a la Plaza nunca. Seguramente me quedaré fuera de ella por culpa de todo esto. Al menos hasta que solucione un par de cosas. Y eso me puede llevar mucho tiempo. ¿Qué tal por aquí?

—Bueno, hay de todo. Israel ha decidido que no habrá más Droga para nadie. Cuando has llegado le comentaba lo mal que me parecía.

—Pues mira por dónde yo pienso que es mejor para ti, Pelayo.

—No le hagas caso, Bianca se ha propuesto hacerme de madre hasta que me desenganche.

Y así fue pasando el rato. Cuanto más tiempo pasaba, más se notaba en Violeta un

asomo de recuperación. Su voz iba tomando la consistencia de la tarta de lima de nuevo, sus gestos se hacían más precisos, su sonrisa se volvía a abrir de vez en cuando como solía cuando estaba protegida por Basil, por sus brazos blancos y fuertes. Por un momento dudé de mi cruel decisión. Ahora con lo que ha pasado, sabes lo que siento. Ojalá hubiese sido ese tipo de persona que se vuela la cabeza por amor, ese tipo de hombre impresionable que lee *Werther* y lo imita, en vez del que se deja tentar por la venganza. En esta guerra abierta era ella o yo, y me decidí a aplastarla sin miramientos.

—Tengo un regalo para ti —dije—. Para ti y el bebé, quiero decir, para que me perdones los comentarios. Sé que no he estado muy apropiado. Pero ya sabes lo que siento por Basil y verte aparecer con tu hermano... En fin no me negarás que parece sospechoso. Espero que te recuperes.

Esto último lo decoré con una gran sonrisa y un apoyar la caja envuelta con papel de regalo rosa, lazo incluido, en la mesa frente a ella. Todos me sonrieron menos Violeta. Ella tenía en los ojos un dibujo de desconfianza. Lo vi formarse, condensarse y diluirse para dejar paso, por fin, a la inmensa sonrisa que yo esperaba.

—Gracias, Antonio, no tenías por qué.

—No me des las gracias todavía. Ábrelo.

El lazo se deshizo entre sus dedos, ¿puedes verlo de nuevo? Yo lo veo lentamente, como si esos pocos segundos se convirtiesen en horas en las que yo podría haberme arrepentido, haberle quitado la caja, haber dicho que era una broma de mal gusto, haber hecho algo por evitarlo. Y luego, ante mi ausencia de reacción, la tapa levantándose para dejar paso a la mueca de espanto, a los ojos tan abiertos, a las manos cayendo a los lados del cuerpo. Había trabajado mucho para ese momento, esperando que ella me tirase a la cara el regalo, reaccionase de forma violenta, se echase a llorar. Pero no hizo nada. Se quedó mirando el interior de la caja donde un ataúd abierto dejaba ver a la muñeca, con el pelo cortado como ella y una diminuta blusa de rayas con la palabra *Violet* bordada. Se quedó muda, sorda, ciega, solo tenía ojos para el ataúd, para la blusa, para el corte de pelo, para el castigo y el dolor. No escuchaba los *¿qué es?* ansiosos de la gente, ni vio cómo Paul, tras asomarse a la caja, me encajaba un puñetazo en la nariz que me tiró al suelo.

El dolor intenso subiendo hasta el borde mismo del cerebro, donde habitan los pensamientos, y la sangre brotando, llegando hasta mis labios, tiñéndolos de carmín. Tus manos, que ya no parecían en ese momento dos sino una, asiéndome para levantarme, la carcajada gutural que sale de dentro del pecho, alzándose en el aire de la Plaza con más tristeza que sensación de triunfo. Verla ir con la caja en las manos, alejarse de la Ciudad, saber que vuelve a Londres, donde Basil le llevará el té sin saber nada. Intuir a Paul sacudiendo la mano que empieza a hincharse, siguiéndola con los ojos llenos de desprecio, atender a las preguntas de los demás, ver sus caras de reproche al conocer lo que había en la caja, sentirlos ajenos ya, como si no hubiesen tenido nunca nada que ver conmigo, saber que volverán a su lugar en el

mundo y me quedaré solo contigo, obsesionado por ver la caída definitiva de Violeta. Si yo hubiese sido como aquellos alemanes, me hubiese pegado un tiro. Es deleznable pegárselo a otra persona.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, Paul, no te preocupes.

—Maldito capullo, lo hubiese matado.

—Ya basta, de verdad, no es nada, es una niñería. Te dije que estaba embarazada de un niño. Los niños no deberían tener niños.

—¿Quieres que me la lleve?

—Sí, será mejor. No quiero que Basil la vea. No quiero que Basil odie a Antonio.

—Eres demasiado buena, niña. Deberías dejar de preocuparte por los demás y dejar que te cuiden un poco.

—Paul... quiero que te marches. Espero que no te importe, quiero estar sola.

—Pero está Basil.

—Ya me entiendes. Llévatela, que no la vea. Venme a ver mañana si quieres. Ahora necesito descansar.

—Está bien. Dame un beso. Si te decides a acabar con esto conozco una clínica donde te tratarán como a una reina.

—No te preocupes por eso ahora. Ya te llamaré. Te quiero, hermanito.

Y el beso que no denota que el cuerpo de Violeta está ya vacío, que el daño es irreparable, que el monstruo se extiende por sus miembros con una rapidez que no era esperada. Ahora ya es como la muñeca, una mentira vestida para el entierro, una loca de piel de vinilo.

Luego el ataque de risa que no se me pasaba, quizá influido por el dolor del golpe y por los nervios. No estaba del todo satisfecho, aún no. Me hubiese gustado disfrutar más de su espanto. Y al mismo tiempo me arrepentía ya de haberle dado la muñeca. Me apoyé en ti y fuimos a caminar por la Ciudad. No decías nada, pero yo sabía que te dolía lo que había hecho. Tomamos juntos la Droga en silencio y seguimos caminando. El cielo anaranjado de la Ciudad empezó a oscurecerse, tornándose casi del color de la sangre. Empecé a verbalizar lo que quería saber.

Violeta se mete en el cuarto de baño y abre los grifos de la bañera. Luego entra en la cocina, Basil ya tiene el té en la mano. Lo besa, le pasa la mano por el pelo, lo mira con un amor inmenso, que se me clava en el corazón y casi me impide seguir caminando. Le dice que lo quiere, que lo quiere tanto como nunca se va a poder imaginar. Que el té se lo beberá después, que le apetece tomarse un baño relajante. Que la espere en la cama. Él sonrío con una confianza llana, sin impurezas de ningún tipo, redonda. Y de golpe me encuentro gritándole a un edificio cambiante, ¡no,

joder!, Basil, no dejes que se dé un baño, maldito imbécil. Te miro, estás aterrada porque la Droga y ambos sabemos y no podemos hacer nada, porque aunque lográsemos salir de la Ciudad, llegaríamos a nuestras respectivas ubicaciones, Colonia, Madrid. Pero me niego a aceptarlo, maldita sea, tiene que haber una forma, alguna salida que dé a Londres, al piso de Basil y Violeta. Te cojo de la muñeca y te arrastro por las calles de la Ciudad, estás demasiado asustada como para negarte. El cielo ya no es naranja, ni rojo, se está cubriendo de un tono negro y dorado, un atardecer inmenso, oscuro, asesino, en forma de grulla. Corremos delante de la grulla por el laberinto de calles empedradas viendo cómo Violeta cierra la puerta, se desnuda, se mete en el agua, se sumerge hasta el cuello. Uno. Dos. Tres. Las persianas de los párpados caen. Corremos, pero no lo hacemos hacia un lugar en particular. Las calles están desiertas, comienza a hacer frío, un frío que abre la piel, un frío como el que nunca hace en la Ciudad. Incluso empieza a llover. Te quedas parada al ver cómo coge ella la cuchilla. Vuelvo a agarrarte y a tirar de ti. No es momento de pararse, Agneta, por Dios, debe de haber alguna forma de que Basil nos oiga y entre ahí, maldita sea. Los cortes verticales, paralelos, y las rosas de sangre brotando como las que ya había visto antes, mucho antes, no sé dónde. El vaciado completo, la muerte del alma. Y otra vez la asesino delante de los ojos de Basil y él vuelve a no hacer nada y seguiremos dando vueltas a través de los siglos, ¿comprendes? Siempre la misma cosa. Siempre ella termina por ser mi víctima. ¡Joder! ¡Basil! ¡Entra en ese puto cuarto de baño! Los ojos violetas se abren a intermitencias, serena a pesar de todo la mujer pájaro. La muerte tiene esas cosas cuando se elige. Pero no quiero que ella elija, yo no quería esto, solo quería escarmentarla por no amarme.

Corremos. La grulla casi nos da alcance en ocasiones, pero logramos darle esquinazo variando la ruta, escogiendo callejones cada vez más intrincados hasta que, finalmente, una pared de ladrillo nos bloquea el paso. El fin de la Ciudad y de todo. Estoy empapado. Mis lágrimas se pierden entre la lluvia. Me abrazas extenuada, conmovida, horrorizada. Pienso en Basil, concentro toda mi energía en que entre en el baño y la saque del agua, todavía está viva, débil pero viva, no es tan fácil desangrarse. Y de pronto funciona. La taza se escapa de su mano, el té inunda el suelo. Ha sentido mi voz, mi miedo. Golpea la puerta con los nudillos, pero ella no responde. Ya no está casi en la bañera, su alma se derrama. El pánico. Dejarse caer sobre la puerta una y otra vez con la esperanza de desencajar el marco, de destrozar las bisagras. Por suerte Basil es como un muro, en cinco embestidas y una patada salta dos bisagras y parte del marco, la puerta se queda medio descolgada y no es difícil de empujar. Contenemos la respiración bajo la lluvia, miramos. El muro se ha vuelto transparente y las dos realidades se comunican, el callejón con la lluvia da a un cuarto de baño iluminado y caliente, nos llega el vapor, el gorgoteo, el caminar pesado de Basil temiendo acercarse a la bañera. En ese momento debí haberte empujado dentro. Hubieses llegado a Londres atravesando el muro y Basil se hubiera

hecho cargo. Pero no lo hice. Te retuve por la muñeca, temiendo lo que vendría. Temiendo estar preso en soledad. Las manos de Basil hundiéndose en la bañera, buscando el pulso, haciendo torniquetes con su jersey y su camisa, besando los labios grises, el pelo mojado, dejándola en el suelo, poniéndole las piernas en alto, buscando el móvil frenéticamente para llamar a una ambulancia y luego el giro, mirar la pared del fondo y ver que ya no es una pared, sino un callejón de la Ciudad donde sollozo hundido, viéndola morir porque quise volverla loca.

Sus ojos azules se transformaron en todos los ojos acusadores, en todos los testigos de mis crímenes, en toda la bondad partida. Se quedó clavado, frente a mí, del otro lado del muro, con los brazos caídos a los lados del cuerpo, sin fuerza para entrar en la Ciudad y estrangularme. De nuevo el peso de los siglos: asesino eterno, víctima eterna, eterno testigo.

Luego de nuevo el ladrillo y huir de la grulla cegado por la culpa. Saber que no voy a poder salir de la Ciudad y que te he condenado conmigo. Que vamos a ser víctimas de nuestra propia batalla, vencidos por nosotros mismos. Te arrastré sabiendo que si la noche nos alcanzaba dentro no habría vuelta atrás, no te dejé volver y ahora el silencio, haber entrado en el restaurante para que al menos no nos pillara en la calle, ver cómo se sigue pidiendo aquí mezcal y que todos ignoran lo que sucede como si tal cosa, dejando que la Plaza establezca su equilibrio y su suerte. Doble crimen. Pedimos mesa. Aquí todo el mundo brinda y sonrío y yo te miro a los ojos y me pregunto por qué te has quedado conmigo si soy todos los asesinos en la misma forma que el joven Werther fue todos los suicidas y tú sonrías entre las lágrimas y me miras y me acaricias y de golpe tu mano izquierda se esfuma para volver a aparecer jugueteando con la cucharilla de café y tu voz, que se rompe porque me amas con un amor sin fisuras, me canta mientras el espacio y el tiempo se pliegan y nos devoran:

—... *por la noche estaré sola en la selva, ¿qué voy a hacer?, esperando que vuelvas. Si me llevas contigo, prometo ser ligera como la brisa...*

Y de golpe sé que el peor castigo para un asesino es la conciencia, el asesinato en sí, la guerra interior, la batalla en la que nadie gana, quedarse en el no tiempo mientras su cuerpo, lejos del universo de lo ideal, expira mientras traduce ignorante de lo que sufre su alma, ausente de los ciclos históricos. Vacío para siempre.

Mis ojos empiezan a volverse transparentes. Llega la resaca de la Droga. Las gruesas lágrimas empiezan a rodar por tu cara y creo que también por la mía porque ya apenas veo.

Se acerca el momento en que la historia se reescribe.

Tú y yo, ignorantes y ciegos, serviremos de alimento a la noche.